



muerte
en abril
José Luis Correa

Lectulandia

A Mario Bermúdez, un tipo oscuro y pusilánime, nadie le echó de menos cuando desapareció, un viernes de abril. Por eso su cadáver estuvo tres días descomponiéndose en el cuarto de baño. Por eso no hubo quien le explicara al inspector Álvarez qué hacía bajo la ducha con un sostén de encaje color teja y bragas y liguero haciendo juego. Pero cuando al viernes siguiente aparece otro hombre con los mismos síntomas de asfixia y también vestido de mujer, y más tarde otro, toda la ciudad de Las Palmas se conmueve.

Segunda novela del Ricardo Blanco, el detective canario amante del jazz, las mujeres, el cine y la novela negra.

Lectulandia

José Luis Correa

Muerte en abril

Ricardo Blanco, 2

ePub r1.0

Samarcanda 28.01.14

Título original: *Muerte en abril*
José Luis Correa, 2004

Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi hijo Carlos

Aunque la acción de esta novela se desarrolla en la ciudad donde nací y donde vivo —ni tengo imaginación ni concibo otro lugar en el que mis personajes puedan moverse con soltura—, los nombres, características y situaciones que se relatan son producto de mi fantasía. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, acontecimientos o instituciones es mera coincidencia.

J. L. CORREA

1

A Mario Bermúdez nadie lo conocía bien. Parece ser que era de pocas palabras, algo pusilánime y, según algunos vecinos, un hombre *de tensión baja*. Por eso ninguno de ellos lo echó de menos cuando desapareció. Por eso se estuvo tres días descomponiendo en la tina de su cuarto de baño. Por eso una gotera del grifo había logrado abrirse camino a través de la piel de su frente hasta pinchar en hueso. Por eso no tuvo a nadie que le cerrara los ojos, que se le quedaron lacios, tal que hielos resecos. Por eso no hubo quien pudiera explicarle a la policía, juradito que aún no podemos creerlo, inspector, parecía tan poquita cosa, tan soso, tan insípido, imposible saber qué hacía bajo la ducha con un sostén de encaje color teja y bragas y ligero haciendo juego.

Representaba, desde hacía más de cinco años, a algunas marcas poco acreditadas de electrodomésticos en el Archipiélago, pero no le iba nada bien: le faltaba lo que se dice *don de gentes*. El caso es que había ido perdiendo clientes a machamartillo. Uno de ellos, Armando Alvarado, acaso el único que seguía tratando con su mercancía porque le merecía la pena colocarles congeladores y exprimidoras a pequeños comerciantes de pueblo, le había oído decir que estaba ahíto de ese trabajo y que esperaba un cambio importante para después del verano. Lo que no sabía Mario era que moriría en abril con macabro aguacero sin poder asistir a su esperado florecimiento.

El cuerpo empezó a oler a rancio un lunes santo. La sorpresa del médico forense, don Ignacio Santa Ana, hombre bragado en refriegas más aceradas, ufano, cáustico y frío como un iceberg, fue mayúscula cuando pudo comprobar que Mario Bermúdez había muerto el viernes anterior, hay que joderse que uno viva en un piso de mierda con paredes de cartón piedra en las que cualquier susurro retumba igual que un trueno y nadie haya oído nada; porque una cosa está clara, señores, este tipo tuvo que agitarse como un cerdo mientras se moría; y el olor, coño, la peste que destila esta jodida habitación se huele desde casa del carajo. El policía encargado de la investigación, el inspector Álvarez, había insistido en que nadie más que el forense y el fotógrafo entrara en aquel baño. En el último caso en que se había visto envuelto, el suicidio de un niño pijo, un tal Toñuco Camember, había tanta gente alrededor del cadáver que parecía que alguien se había dedicado a vender entradas. Y al final no hubo Cristo que supiera a quién pertenecía cada huella.

El problema, en el caso Bermúdez, era justo el contrario: no había huellas. Sólo las del muerto. Eso resultaba, cuando menos, inusual. Álvarez se dirigió al doctor para preguntarle qué opinaba de la muerte.

—La muerte siempre es una putada.

—Ya. Hasta ahí llego yo, nos ha jodido mayo. Pero en ésta en concreto ¿de qué

putada hablamos?

—De asfixia.

—¿Se ahogó?

—¡Qué coño se ahogó! Asfixia he dicho. Este tipo se ha pasado de revoluciones en su último polvo, manía de experimentar nuevas sensaciones, carajo, si en el amor y en la guerra está todo inventado. Pues, ¿ve aquí y aquí estas marcas violáceas? Esto no lo hacen las manos. Tiene el pescuezo quebrado como si fuera un pollo. Busque por ahí y encontrará el cordón de una bata, un cable grueso fuera de lugar o algo por el estilo. Algo ancho porque, si no, hubiese dejado otra cicatriz distinta, un corte mismamente.

—Cojonudo. Un matasanos metido a detective. Lo que me faltaba.

—No se pique, mi teniente, sólo es una idea. Y de matasanos nada. A mí ya me llegan bien muertos.

—Y ¿cómo explica que no haya huellas? ¿Qué clase de mujer folla con guantes?

—Usted es el experto.

Por si la intuición de Santa Ana fuera acertada, mientras levantaban el cadáver Álvarez se dedicó a revolver detrás de la puerta del baño y en los roperos. Investigó las tiras de las cortinas, las bandas de las persianas y hasta los cordones de los zapatos por si faltaba algo, pero no halló nada anormal. La compañera de juegos debió de haberse llevado lo que demontres hubiera utilizado para darle gusto a Bermúdez. Seguro que, en el fragor de la batalla, se le fue la mano, le entraría el pánico y saldría por patas, eso pasaba hasta en las mejores familias. Sin embargo, lo que extrañaba a Álvarez era la falta de signos de violencia, salvo, claro está, en el cogote del muerto. Y lo de las huellas. Toda la casa aparecía limpia, casi esterilizada. Hasta los cojines del salón estaban dispuestos de una manera metódica por tonalidades de color y formas. Ya en la habitación, tanto en la cartera como en la mesilla de noche se encontraron billetes y monedas, una tarjeta de crédito a pique de caducar y hasta un cheque al portador por setenta euros, lo que invalidaba la posibilidad de un atraco. De todas maneras ¿a cuenta de qué iban a vestir de encajes al pobre diablo aquél para limpiarle luego unas perras? Si algo estaba claro en aquel caso es que el móvil no era el robo.

Álvarez dedicó el resto de la mañana a entrevistarse con los residentes del edificio. Esperaba encontrar, en la misma planta, a algún fisgón que hubiera notado algo extraño, que hubiera visto a alguien desconocido o, al menos, que supiera de los hábitos y las costumbres del muerto. De las cuatro viviendas del rellano, dos no servían de gran ayuda: una era la del propio Bermúdez y otra llevaba varios meses deshabitada; su actual dueño había removido Roma con Santiago para comprarla y, luego, no había tenido la delicadeza de vivir en ella, seguro, inspector, que lo hicieron para *enjuagar* dinero, hay un montón de gente que hace eso, no me extrañaría que, si

lo investiga bien, encuentre delito, quién sabe si a lo peor tiene que ver con la muerte de ese pobre hombre. Álvarez atajó como pudo la desbordada imaginación popular y se centró en las otras dos viviendas. En la primera, vivía una pareja joven con dos niños pequeños que no pudo dar cuenta de lo ocurrido. Los dos trabajaban en una empresa de alimentación y pasaban la mayor parte del día fuera de la ciudad. De todas maneras, Mario era un vecino ejemplar que no daba lata, apenas se le oía y jamás se quejó de los ruidos que hacían los chiquillos, un encanto de hombre. El otro piso, el que daba justo enfrente del de Bermúdez, lo habitaba una viuda con un hijo soltero y talludito, profesor de instituto. Doña Olga —a ese nombre respondía la buena mujer— era una madre de las de antes y vivía exclusivamente para su hijo, de modo que pasaba casi todo el tiempo en su casa; por las tardes salía a pasear y a tomarse un té con las amigas del club de la tercera edad y volvía normalmente a eso de las ocho y media, pero el resto del día estaba en casa. El problema era que, aunque de natural cotilla, doña Olga padecía de una ligera sordera, acaso más cerrada de lo que reconocía y, por más que se esmeró, no pudo ser de mucho auxilio. Según ella, a don Mario no lo frecuentaban demasiado; eso sí, pensándolo mejor, resultó que se había topado en el ascensor un par de veces con una chica jovencita, tal vez demasiado para Bermúdez, que entraba en su casa con su propia llave. No podría describirla muy bien porque ese maldito trasto es más oscuro que yo qué sé: sólo puedo decirle que era bajita, morena, vestía siempre con vaqueros y llevaba una de esas mochilas de un solo brazo que tan de moda están ahora, pero si me llaman a una rueda de reconocimiento, a espiar detrás de un espejo de un solo rumbo, le juro que no podría señalarla entre otras cinco. Doña Olga había visto mucha televisión.

Álvarez acabó exhausto. Cuando regresó al lugar del crimen, ya se habían llevado al Instituto Anatómico Forense el cuerpo macilento de Bermúdez. Nadie lo había reclamado, así que quedaría allí en reposo hasta que la policía cerrara el caso. Luego, Dios diría. Santa Ana, ajeno a estos entramados de la burocracia legal, terminaba de recoger los aperos de diseccionar. Estaba sentado en la tapa del retrete. Había encendido un virginio y convertido el baño en una niebla de humo grisáceo y pestilente. El inspector lo miró con desaprobación y le recriminó la indelicadeza, coño, Santa Ana, un poco de respeto para el muerto, joder, mira qué cisco ha montado aquí. El forense andaba más cerca de los sesenta que de otra cosa. Canoso, con el pelo muy corto y gafas de montura de pasta que, treinta años después, volvían a estar de actualidad. La barriga le sobresalía un palmo de los calzones, y respiraba con dificultad. Ante la observación del inspector, levantó la vista sobre sus gafas, cerró el maletín de cuero negro, respiró hondo como quien cuenta hasta diez y le respondió: «No me joda, inspector. ¿No ve que lo que pretendo es camuflar el hedor a muerte? No es falta de respeto, sino todo lo contrario».

Álvarez se volvió a la Jefatura dándole vueltas a la socarronería filosófica del

forense. Para el policía, en la actitud de Santa Ana había algo de contrición, algo de pudor irredento. Se había pasado media vida hurgando en las vísceras amojamadas de gente que una vez estuvo viva, y nadie puede sobrevivir a eso sin una pizca de cinismo, sin aprender a reírse, cuando menos, de uno mismo. En esa profesión, si dejas que te afecten las emociones, estás acabado. Álvarez lo sabía bien. Pero aún no había logrado alcanzar esa frialdad, ese desapego que tan natural parecía en Santa Ana. Lo había intentado muchas veces. Había ensayado ante el espejo, a la hora de afeitarse, muecas sardónicas, gestos de indiferencia, guiños de desdén hacia las cosas muertas, pero su mujer siempre acababa guaseándose de él, déjate ya de regañizas, m'ijo, que pareces un mimo. Ella, por supuesto, no entendía de las exigencias de su cargo, no se las había tenido tiesas con la morralla con la que él lidiaba a todas horas. Susana, la esposa del inspector Álvarez, era calcada a la del comisario Maigret, parecía que Simenon había pensado en ella para afianzar su personaje. O tal vez las esposas de los policías eran igual en todas partes, en París y en Las Palmas, en la ficción y en la realidad. A Álvarez le gustaba Simenon. A veces, cuando llegaba pronto a casa, le leía a Susana algún pasaje en el que aparecía la señora Maigret tan prudente, tan dócil y le lanzaba la puya, ¿ves, Susana?, ésta sí que sabe comprender a su marido.

Cuando llegó a la comisaría, le esperaban varios reporteros de periódicos locales que habían acudido a la lumbre de la sangre como las hienas. Buscaban información sobre lo que ellos creían un asesinato. Álvarez estuvo a punto de preguntarles cómo carajos se enteraban tan pronto de las noticias, pero no quiso darles el gusto. Le hubieran respondido, de todas formas, que era información reservada, que no estaba en su poder hablar de sus contactos y pollabobadas de éstas. De modo que se limitó a contarles lo que sabía. Que había aparecido un cadáver en extrañas y desagradables circunstancias —omitió lo de la pinta del muerto— y aún no podía descartarse nada. Pensó añadir que, detrás de todo, podría haber tanto un asesinato como el intento de batir un récord sexual, pero le dio apuro. Al hombre —eso no admitía dudas— no se le conocían enemigos, parecía un tipo normal y el sumario, por tanto, acababa de abrirse, bla, bla, bla. Uno de los periodistas, Melo Torres, al que el inspector conocía ya de otros casos, le interrogó sobre si las *desagradables circunstancias* tenían algo que ver con tendencias sexuales desviadas, con ropa interior femenina u otra suerte de depravación. A Álvarez le sentó aquello como un tiro. Recordaba alguna de las crónicas del tal Torres y le tocaba mucho las narices la frivolidad con que trataba todo. El periodista no mostraba ningún tipo de respeto hacia la vida y, menos que nada, hacia la muerte de la gente. Todo lo pervertía para darle carnaza a sus lectores. Además se hacía acompañar de un fotógrafo comemierda que era capaz de vender a su madre por una buena instantánea, un cabrón siniestro que siempre vestía de negro y usaba, incluso en pleno agosto, gabardina de vaquero de película mala. El inspector

amagó un exabrupto y le salió una imperceptible protesta, mire Torres, todavía no puedo decirles nada hasta que la autopsia arroje nuevos datos que aclaren el asunto, sólo les diré que Mario Bermúdez, un pobre hombre que no había matado en su vida a una mosca y que no se lo merecía, acabó bien muerto y bien jodido.

—¿Quiere decir que alguien se lo merece?

—Conozco a un par de ellos a quienes nadie lloraría.

—¿Puedo añadir esa declaración en mi columna?

—En este país, Torres, hay libertad de expresión.

—Gracias, comisario Álvarez.

—Sólo soy inspector.

Nada más salir por la puerta los informadores, Álvarez se lanzó a la cajonera de su mesa de trabajo para sacar una pastilla contra la acidez. Le revolvió el estómago los tipos como Torres. Con lo bien que había amanecido el día, con la primavera plantada en el cielo de Las Palmas igual que una siempreviva, todo se había ido a la mierda en dos horas. Tenía un cadáver en un estado lamentable, una viuda negra suelta por la ciudad y una mosca cojonera en forma de periodista revoloteando sobre su escritorio. Parecía todo un mal sueño.

Intentó despertar de él durante la siguiente semana pero no había visos de luz por ninguna parte. Había hecho muy pocos progresos. Media ciudad se había ido de la isla, de vacaciones de Semana Santa y la otra media andaba para la playa. La autopsia reforzó la teoría de Ignacio Santa Ana para añadir tan sólo un dato nuevo: Bermúdez, menuda sabandija, había tenido un final muy movido. Había secuelas en dosis considerables de un barbitúrico, codeína, en su orina, y rastros de semen por todas partes, en cantidades que hacían pensar en, como poco, tres eyaculaciones, o dos después de mucho aguantarse las ganas. Una muerte bien dulce, qué puñetas. Tendría que empezar por encontrar a la muchacha de la que habló doña Olga. No obstante, y según la versión de la vieja, esa chica no podía medir más de uno sesenta, pesaría unos cincuenta kilos frente a los más de ochenta de Bermúdez, una lucha desigual. Aunque, claro, la cama es el único lugar donde las fuerzas se equilibran. La única referencia, por tanto, que le servía a Álvarez era esa joven misteriosa. Tal vez se presentase en la comisaría a declarar cuando los periódicos dieran la noticia de la muerte, tal vez comprendiese que el silencio podría comprometerla más aún, tal vez cogiese miedo y estuviese ahora de camino a su despacho. El inspector no daba un duro por que ocurriera, pero sólo le quedaba esperar a ver si sonaba la flauta. Y, tres noches después, la flauta sonó. Pero tocó otra canción muy diferente.

2

Se llamaba Carlos. Carlos Ventura. Era enfermero y, a diferencia del otro, tenía algunos amigos que podían responder por él. No podría decirse que todo el mundo lo apreciara, pero de nadie puede decirse eso. Llevaba más de ocho años en la *Clínica del Perpetuo Socorro* y jamás había faltado a su trabajo. Vivía solo igual que Bermúdez, pero no siempre había sido así. De hecho, una vez fue novio de Cristina Santiago, una auxiliar de radiología con quien tuvo una historia corta y apasionada que se truncó por un malentendido, o eso confesaba Ventura a sus compañeros, sí, señor inspector, Carlos juró por sus muertos que no había tenido nada que ver con aquella *stripper*, pero Cristina no le creyó y la cosa empezó a agriarse por la desconfianza y los celos de la radióloga. El asunto se comentó en la clínica y todo dios tuvo que ver con aquello. Las compañeras de Cristina, cómo no, apoyaron la decisión de la muchacha, yo tampoco se lo hubiera perdonado, inspector Álvarez, a ver, el muy guarro se lio con una pelandusca que a saber con quién más estaría enrollada, una tipa que no valía un duro, ni siquiera era guapa, a qué decirlo, sí, de acuerdo, tenía las tetas grandes, pero eran más falsas que un billete de un euro, y las cosas hoy no están para bromitas, ya no se trata de que te peguen unas purgaciones, hablamos de algo más serio, el sida por ejemplo, a mí mi novio me hace eso y lo mando a hacer gárgaras más pronto que lo que tarde en bostezar, vamos que si le doy puerta. Por su parte, Íñigo Lozano, enfermero también y su mejor amigo, siempre se alió con Carlos, yo lo conocía bien y no era un tipo que estuviera pichaflojeando con las tías, se lo juro, si usted me dice de otro a lo mejor se lo admito, pero ¿Carlitos Ventura?, si era medio sanaca y, además, estaba de verdad colado por su novia, aquello fue una putada de las gordas, alguien interesado se chivó a Cristina de que lo habían visto en un sitio de éstos, y sólo era una despedida de soltero, creo que la de Benito Padrón, uno que trabaja en la planta de traumatología, habíamos quedado para cenar y, luego, sugirieron lo del *pickshow*; para colmo, el único que le puso pegas a la idea fue Carlos, de eso sí que me acuerdo, pregúntele a cualquiera de los chicos de Trauma, en fin, señor agente, él no se lo merecía.

Otra vez le volvió a la mente a Álvarez la conversación con el periodista Melo Torres sobre lo de merecerse que a uno lo maten. Porque ya no hablábamos de un exceso sexual, *peccata minuta*, joder, sino de un asesinato: a Carlos Ventura, más claro el agua, lo mataron. Era cuestión de atar cabos. Álvarez era demasiado viejo y demasiado desconfiado para creer en las casualidades. Nada de un polvo cósmico. Lo de Carlos Ventura fue un crimen en toda regla. Lo mataron. Igualito que a Bermúdez. También viernes. Salvo en la ropa que le dejaron puesta. Esta vez era un canesú, una especie de camisón festoneado en azul añil que le daba al cadáver un aspecto estrambótico y grotesco. El cuerpo apareció tendido boca arriba en un camastro

antiguo con armazón de hierro, una sobrecogedora pieza de museo que desentonaba cosa bárbara con el resto de la habitación. Más tarde se supo que era lo único de aquella casa que le pertenecía al muerto —todo lo demás venía con el alquiler— y que era el legado de una bisabuela cuarterona que vino de Caracas. Como Carlos Ventura era hijo único, al morir sus padres, se llevó la cama puesta.

Había en el rostro de Ventura un gesto de desconcierto, de confusión, como si no se creyese que aquello le estuviese ocurriendo a él. No era un asomo de espanto ante la muerte. Parecía que al pobre diablo no le importaba morir sino la facha con que le agarraba el último aliento. Álvarez hizo llamar a Santa Ana.

Lo sacó de la cama. La ocasión lo requería. Y el forense llegó con una mala leche de espanto, a ver qué coño pasó esta vez, Álvarez; mierda, otra momia, no vamos a ganar para entierros. Santa Ana se sentó en el borde del camastro con un comedimiento y una delicadeza disonantes en un médico al que acaban de jeringarle la siesta, parecía que quisiera evitarle innecesarias crueldades a un cuerpo tan afrentado ya. Por deferencia al trabajo de Santa Ana, el inspector abandonó el dormitorio y se entretuvo en buscar pistas, aunque sospechaba que poco era lo que iba a encontrar. En efecto, todo estaba en su lugar. Había un orden similar al del piso del otro cadáver: el salón estaba cuidadosamente arreglado, la cocina limpia y recogida, sólo en el baño había rastro de vida, con la bañera tintada de pelos y las toallas embarulladas sobre un cestón de mimbre con ropa sucia. En los estantes que subrayaban el espejo ovalado aparecían algunos trastos de aseo desordenados: un bote de espuma de afeitar, una maquinilla desechable, un frasco de loción que olía a barbería.

Sin embargo, había algo que no se ajustaba a la ley de aquel cuarto de baño: un vaso de plástico anaranjado con un tubo de pasta dentífrica y dos cepillos de dientes, uno rojo y uno verde. Álvarez fue en busca de una bolsa, metió en ella los cepillos y la selló. Hizo una anotación y se guardó las pruebas. Más tarde comprobaría una cosa.

Cuando el policía regresó al dormitorio, el viejo perito ya había terminado con su examen del cadáver, que mostraba los mismos moretones en el cuello que Mario Bermúdez. Santa Ana estaba hurgando, con los guantes aún puestos, en la mesa de noche. «¿Qué anda buscando, doctor?», preguntó el inspector, «¿sigue jugando a detective?». El médico se dio la vuelta para recibir a Álvarez, con un inhalador en la mano, uno de esos pequeños y grises con caperuza azul para el asma, a modo de trofeo, y una sonrisa enigmática ensayada mil veces, para contarle lo que ya sabía, pues buscaba algo como esto, señor mío, o mucho me equivoco o este tipo era asmático y eso lo cambia todo.

—¿Qué cambia?

—La perspectiva.

—Déjese de acertijos, Santa Ana. No me toque los huevos.

—Qué poco aguante tiene, compañero. Me refiero a que este medicamento varía bastante las conclusiones que sacamos de la otra muerte.

—No sé por qué pero me lo temía. ¿En qué varía?

—En que dimos por sentado algo que no es cierto: que Bermúdez tomaba drogas.

—Y ¿no era así?

—No. Este cadáver tiene las mismas secuelas que el de Bermúdez. Estoy seguro de que encontraremos codeína o algo por el estilo en su orina. Pero, por lo que parece, Ventura padecía asma y, siendo enfermero, conocería sin duda las consecuencias: sabía que eso podría matarlo.

—¿Tan fuerte es?

—No es cuestión de fuerza, sino de asimilación: un asmático ya sufre serias depresiones respiratorias (más en un clima como el nuestro) y si encima se toma un barbitúrico de este calibre, apaga y vámonos.

—Y ¿entonces?

—Entonces sólo podemos deducir dos cosas: o el enfermero se quiso suicidar (y no parece el caso) o lo drogaron antes de cargárselo.

Aquello adquiría tintes incoherentes. ¿Para qué los drogaba el asesino antes de llevárselos por delante? ¿Qué ganaba con ello? Sólo estaba claro que el autor de los crímenes era la misma persona. Alguien con una sed de venganza exagerada, alguien que quería hacer mucho daño y sabía cómo hacerlo, alguien a quien no le importaba denigrar a su víctima hasta después de muerto, alguien manifiestamente cruel. O manifiestamente desdichado.

El único hilo conector de ambos asesinatos era que los dos hombres vivían solos. Sus vidas, fuera de esa coincidencia, nada tenían que ver la una con la otra: profesiones distintas, edades y físicos distintos, suerte distinta. Si alguien los quería ver muertos no era por una manía determinada. Álvarez pensó en las películas de asesinos en serie, todos obsesionados con un perfil de víctima concreto, asesinos que odiaban a los hombres con bigote o a las chicas pelirrojas o a cualquiera que condujera un descapotable rojo, sólo porque les redordaba a un padre bebedor o a una madre posesiva o a un conductor que les destrozó la vida cuando se saltó un paso de cebra. Esto era la realidad. Y entre los dos cadáveres no había conexión. Sólo los hermanaba el ridículo disfraz con que los vistieron antes —¿o después?— de matarlos. Sin embargo, tenía que haber algo que al inspector se le escapaba, algo más sutil, acaso más recóndito en las existencias de Mario Bermúdez y de Carlos Ventura. Y sólo tenía la sombra esquiva de una muchachita joven, de entre veinte y veinticinco años, morena y de estatura media, que usaba vaqueros y mochila. Una entre las miles de jóvenes como ella que habría en Las Palmas. Una muchacha asustada tras haber leído en la prensa que ya eran dos las muertes misteriosas y que la policía andaba

buscándola. Una muchacha que estudiaría en la universidad o trabajaría en una tienda de modas, que se llamaría Raquel o Sandra o María Luisa.

3

Su nombre era Lola. Tenía veintisiete años. Estudiaba en la Escuela de Comercio Exterior. Soñaba con dirigir, algún día, su propia empresa. Y, en efecto, estaba muy asustada. Había conocido a Mario Bermúdez, por casualidad, en una cafetería de León y Castillo, a dos calles de la Escuela. Ella desayunaba allí todas las mañanas porque no le agradaba el sitio donde se reunían a tomar café sus compañeros. Prefería caminar un poco y evitar el tumulto. No es que se creyera más que nadie, qué va, jamás había sido una estirada, casi era todo lo contrario: tenía un carácter laso y se dejaba embaucar con gran facilidad. Era una cuestión de edad: Lola era algo mayor que los demás. Había llegado tarde a los estudios porque su familia no podía costeárselos. Se pudo inscribir en aquel curso gracias a lo que había ahorrado de dependienta de supermercado o limpiando casas. Tenía, pues, otras preocupaciones, otras urgencias y se sentía muy lejos de ellos, sin ganas de intimar con ninguno.

Tal vez por eso vino a fijarse en Mario. A Lola le pareció que estaba tan solo como ella. Lo veía en alguna ocasión tomándose un cortado y una palmera de azúcar, leyendo ávidamente *La Provincia*, en la zona más sombría de la barra. La primera vez que habló con él fue para pedirle el periódico. Lola había puesto un aviso por si alguien necesitaba una canguro y quería ver si lo habían publicado. Mario lo dobló y se lo dejó. Ella fue directamente a las páginas de anuncios por palabras, los ojeó, hizo un gesto de asentimiento y se lo devolvió en seguida. Él le pidió que, por favor, no se diera prisa, que ya había terminado y podía leerlo con tranquilidad. Ella se lo agradeció y, para cuando se lo hubo devuelto, ya se habían presentado, me llamo Lola y estudio Comercio, y me he fijado en que usted también viene con frecuencia a este bar. Y él, yo soy Mario Bermúdez y puedes llamarme como quieras pero no me trates de usted, mujer, que me haces sentir más viejo de lo que soy. Y ella, qué dice, no es us..., no eres nada viejo, es sólo que estoy acostumbrada a *ustear* a la gente, me cuesta mucho tratar de tú a quienes no conozco. Y él, eso está bien, pero a mí ya me conoces, soy Mario, ¿recuerdas?, el que te dejó el periódico, el que viene con frecuencia a desayunar aquí, y soy mayorista, si necesitas un aparato de televisión te lo puedo conseguir a buen precio. Y ella, lo siento, no veo la televisión, me parece una mierda, prefiero leer. Y él, la leche, qué manera de chafarme el negocio, con cuatro como tú me voy al paro.

Anduvieron casi una semana compartiendo esquina sombría y palmera de azúcar, en aquella barra, mientras se intercambiaban sueños de gloria y trapicheaban con los recuerdos. Así fue como Mario supo que ella buscaba un trabajo tranquilo, sin rigores horarios, para pagarse las clases, supo de sus dificultades económicas, supo lo del anuncio y, sin pensárselo mucho, le ofreció un empleo más o menos fijo: él no tenía hijos a quienes cuidar de noche, pero era un verdadero desastre para su casa y le hacía

mucha falta alguien que fuera un par de veces por semana a adecentarla. Mario debió de encariñarse con la chica porque le contó una trola de campeonato, le dijo que sus clientes iban mucho a visitarlo y, por eso, necesitaba su piso en condiciones. Debió, tal vez, de enamorarse porque, con lo crudas que estaban las cosas en su trabajo, estuvo dispuesto a pagarle sesenta euros por semana.

Lola, por su parte, se lo creyó o quiso creérselo o, tal vez, necesitaba urgentemente creérselo para llegar a fin de mes. Y aceptó el empleo. Por eso visitaba tanto la casa de Bermúdez y se tropezaba tanto en el ascensor con la señora que la miraba de arriba abajo como buscándole taras. Por eso tenía llaves del piso. Por eso, se lo juro, don Ricardo, casi me dan los siete males cuando me encontré con el cadáver doblado en la bañera, fue el lunes, a ver, sí, eso, el lunes de Semana Santa y me cagué, perdón, me entró miedo, porque el pobre estaba allí, tieso, con esas ridículas ropas y esa mirada fija, que parecía que te pusieras donde te pusieras siempre te miraba.

—Y ¿por qué no acudió a la policía?

—Ya se lo he dicho. Por miedo.

—¿A qué? ¿No habíamos quedado en que usted es inocente?

—Y ¿quién me iba a creer? Yo tengo todas las papeletas para que me carguen el muerto: tenía las llaves de su apartamento, la ocasión de matarlo, un motivo tan viejo como el mundo, porque mi situación económica no es muy boyante que digamos. Incluso podrían creer que me aprovechaba de Mario, que le sacaba la pasta, que entre él y yo había algo.

—¿Lo había?

—No. Se lo juro, señor Blanco. Él siempre fue un caballero. Me trataba con educación. Nunca se le vio un mal gesto, ni se intentó pasar de la raya. Yo no se lo hubiera permitido, sin duda: le estaba muy agradecida pero ahí terminaba todo. Tiene que creerme.

—La creo. El problema es que la crea un juez. Dígame una cosa. Al entrar, ¿fue directamente al baño, donde estaba el cadáver?

—Sí. Era lo primero que hacía cuando llegaba. Allí me cambiaba de muda, dejaba mi ropa en el colgador que hay detrás de la puerta y empezaba a limpiar siempre por la cocina. Pero ese día salí de estampida. ¿Qué hubiera hecho usted?

—Posiblemente lo mismo, claro. Pero eso no explica por qué no había huellas tuyas. Tuvo que abrir la puerta y volver a cerrarla. Tuvo que haber tocado algo.

—Ya le dije que estaba cag... asustada. Antes de irme le pasé un trapo a toda la casa.

—Eso es lo más sospechoso que hay. No vaya contándolo por ahí porque se nos jodió el invento. De todas formas, Lola (y, con esto, no quiero darle falsas ilusiones), tiene usted un par de triunfos a su favor.

—¿Cuáles?

—Por un lado, que no conocía de nada al segundo muerto, no pueden relacionarla de ninguna manera con él. Y por otro, Bermúdez es, bueno, era, si no me engaño, su única fuente de ingresos: matarlo hubiera sido matar a la gallina de los huevos de oro. Además...

—¿Qué?

—Había dinero en la mesa de noche.

—Sí. Era mi sueldo de la semana.

Lola se marchó de mi oficina habiendo recuperado, si no la esperanza, sí la sonrisa. Antes de irse me preguntó por mis honorarios, porque —me dijo con ojos vidriosos— no podía pagarme mucho. Le contesté que *mucho* era un concepto muy relativo, que dependía del que desembolsaba las perras y que, en este caso, seguro que mi paga vendría sobrada. También comprendí a Mario Bermúdez. La muchacha se dejaba querer. Tenía una mirada limpia y un rostro dulce. Era un poco joven —ya habría tiempo de que se le aguaran las dos cosas— pero yo presagiaba que aquella chica rompería más de un corazón.

Le pedí a Inés, mi secretaria, que cogiera los recados y fui a hacerle una visita a mi amigo Álvarez, a ver qué podía sonsacarle. Por el camino, iba pensando en lo que decían los diarios del último crimen. Las autoridades no habían podido sofocar ya los comentarios. Un muerto en el ropero lo tiene cualquiera, pero dos atufan demasiado. Se habían acabado las conjeturas. Todos los periódicos hablaban de ello. Alguno desde la primera página. Se publicaban datos y fotografías de los dos hombres. Se alentaba la alarma: «Asesino suelto en la ciudad. Misterio para la policía». Los periodistas, ahítos de perseguir noticias menores de cambalaches políticos, hartos de insulsas intrigas vecinales, encontraron en aquellos asesinatos un filón inagotable del que podrían salir jugosos reportajes durante toda una primavera.

Encontré a Álvarez en el *Deenfrente* —se llamaba así por una razón más que obvia—, un barito donde solían almorzar los policías cuando estaban de guardia. Un cabo me dijo que acababa de salir y que, seguro, lo pillaría tomando una caña. En efecto, allí estaba el inspector hablándole en silencio a una jarra de cerveza rubia y espumosa. Llevaba un cigarrillo en la boca. Cada domingo por la noche se hacía el juramento de abandonar el vicio. Y cada lunes lo esperaba un asunto chungo que se lo impedía. Nada más verme, se regañó y soltó un gruñido, sin dejar de mirar al espejo que estaba tras la barra, como éramos pocos, parió la abuela, joder, Ricardo Blanco, lo que me faltaba para el duro. Me senté en una banqueta libre a su derecha, yo también me alegro de verlo, Álvarez, ¿cómo le trata la vida? El inspector se dirigió todavía al vacío, a ver, que alguien le ponga una copa aquí a mi amigo, y volviéndose a mí: —¿Qué tomas, Ricardo?

—Lo mismo que usted.

- ¿Qué te trae por este barrio?
—Joder, no puede uno visitar a los amigos ¿o qué?
—Déjate de coñas, Ricardillo.
—Hoy estamos de mala baba, ¿eh?
—¿No has visto los periódicos?
—Algo he leído, sí. ¿Qué tenemos de los dos tipos muertos?
—¿Tenemos? Yo no sé tú, pero lo que es yo no tengo absolutamente nada.
—Hombre, alguna hebra de la que tirar habrá, digo yo.
—No hay rastro. Ni una sola huella que no perteneciera a los muertos.
—Un trabajo fino.
—Y que lo digas.

Álvarez parecía descorazonado. No sabía por dónde empezar y todo cristo se le estaba echando encima: los periodistas no paraban de llamar y, lo que es peor, de publicar majaderías acerca de un criminal psicópata que atacaba a solteros de mediana edad; de la oficina del alcalde le llegaban mensajes de a ver qué puñetas estaban haciendo para detener al asesino, que la gente andaba aterrorizada, que veía fantasmas por todas partes; y en la Jefatura Superior amenazaban con despidos fulminantes y destituciones con deshonor. La úlcera lo estaba matando. Y mi presencia allí no mejoraba en nada la situación. Así las cosas, decidí compincharme con él una vez me hubo narrado con detalle lo que sabía de los dos crímenes. Le propuse que fuéramos a la casa de Ventura a ver si podíamos encontrar algo, lo engatusé, no sin sentirme algo avergonzado de mi actitud, con aquello de que dos pares de ojos ven más que uno y con que, a lo peor, se les había pasado algo en la primera investigación. Álvarez no puso reparos. Si se amoscó no lo dio a entender. Terminó su cerveza y me tomó del brazo, mira, Ricardo, no creo que sirva de mucho, pero, qué coño, no tengo nada de nada y estoy hasta los mismísimos de aguantar desatinos, vamos a revolver un poco.

No fue difícil desbaratar el cordón de cinta adhesiva con que la policía había sellado la entrada de Carlos Ventura. Me dio la impresión de que sonaban unos pasos ahogados tras la puerta de enfrente, probablemente de la vecina; me la imaginé alongándose a espiarnos a través de la mirilla y sentí ganas de hacerle una regañiza, pero me contuve. La casa olía a cerrado, a viejo, a polvo empantanado. Sobre los sillones y los muebles se veían secuelas de la harina que usan para descubrir huellas. Fuera de eso, todo estaba en orden. Era como había dicho el inspector: se apreciaba una simetría y un equilibrio casi maniático, impropios de un soltero. He vivido gran parte de mi vida solo y sé de qué hablo. Sin embargo, aquel salón me recordó a mi oficina, a la manera en que Inés aparejaba carpetas y libros, grapadoras y portafolios. Era algo peculiar, como una marca de fábrica.

No me fijé al principio, perdido en mi obstinación de atraparlo todo —a veces

ocurre que uno se emperrea en hacerse una idea general de las personas y, entonces, se le escapan los detalles esenciales—, pero, cuando entraba en el dormitorio, algo me hizo volver sobre mis pasos. Tal vez era una tontería. Tal vez quería darme pisto delante de Álvarez. Tal vez soy excesivamente puntilloso, pero había en el salón, situada entre los sillones, una mesilla baja de cristal que despertó mi curiosidad: sobre ella descansaban cinco objetos —un cenicero, un jarrón de caolín con flores secas, un cuenco de barro lleno de caramelos artificiales, un búho de la suerte hecho a mano, de madera pintada, y un candelabro vacío para una sola vela— que estaban dispuestos de un modo singular. Si uno trazaba una línea imaginaria entre ellos, el resultado era una *eme* mayúscula. En el aparador, a mi derecha, ocurría igual con dos sujetalibros, una jarrita de cristal, un joyero minúsculo y un reloj de metacrilato *demodé* y horroroso que, además, atrasaba. La misma distribución, esos cinco elementos y esa forma en zigzag casi siniestra. Y volví a ver a Inés ordenando la sala de espera de mi despacho. Pensé en una casualidad, mira la tontería en la que se fija el detective de medio pelo, pero entré en la alcoba de Ventura y, desde encima de la cómoda, me estallaron en la cara otras cinco figuritas con idéntica coreografía. Álvarez se dio cuenta de mi gesto y preguntó, ¿qué pasa, Ricardo?, ¿qué andas mirando? Le contesté que nada, inspector, me fijaba en la decoración. Él no se dio por vencido, creía que estábamos juntos en esto, carajo, si vamos a empezar con secretitos, rompemos la baraja. Y yo, no hombre, es que posiblemente sea una gilipollada de las mías, ¿se ha fijado en los objetos que hay sobre los muebles? Y le conté lo que andaba pensando. Casi ni me dejó acabar: «En efecto, es una gilipollada de las tuyas. Pero anótalo y pregúntale a tu secretaria».

Después de revisar de arriba abajo el piso de soltero de Carlos Ventura volvimos a la comisaría dando un paseo por la playa. Álvarez iba con la mirada perdida en el espejismo plateado que, en días luminosos, resulta ser la isla de Tenerife desde Las Canteras. Lo dejé deambular por sus preocupaciones. Demasiado bien sé lo que es andar jodido con una mortificación atravesada, no hay consuelo que valga, no hasta que uno haya abierto todas las puertas. Entonces, cuando en ninguna se halla la salida, como diría mi abuelo Colacho, cualquier agujero es una trinchera. Me limité a esperar a que se bajara de la nube para ofrecerle mi zanja. Y se bajó llegando al Reina Isabel. Me agarró del brazo y me llevó a la terraza del hotel, vamos, Ricardo, te invito a un café; aquí hacen uno cojonudo con canela y corteza de limón, sé que parece una mariconada, pero no puedo vivir sin cafeína y ésta es la única manera en que puedo tomarlo, engañando a la úlcera, ¿comprendes? Accedí a tomarme un café con él pero, si me permite, Álvarez, prefiero uno normal, no tengo claro eso de que a una úlcera se la pueda engañar con un toquito de canela, para mí que eso la altera aún más porque, por lo que yo sé, el limón es irritante, pero si la suya no se queja, mantenga el tratamiento.

—Se queja un huevo.

—Pues, ¿por qué no se pasa al poleo?

—¿Tú has probado el poleo?

—No.

—Entonces, cállate la boca.

Nos tiramos sus buenas dos horas hablando de mil cosas. De lo sufrido que se había puesto ser policía en Las Palmas con tanto ilegal suelto. De las ganas que tenía Álvarez de que le llegara la jubilación, y de la casita en el campo y del huerto que lo estaban esperando en Los Tilos de Moya, de donde era originaria su familia. De su mujer, Susana, la sosias de la señora Maigret, que hacía la mejor ropavieja de ave del mundo, un día tenía que ir yo a su casa a probarla. Y hablamos, cómo no, después de tanto preludeo simple y delicioso, del caso que nos había vuelto a unir. El inspector me contó que había estado desenterrando los archivos del ordenador, pero no había hallado nada que pudiera servirnos. Los dos tipos estaban limpios, no tenían antecedentes, ni una mísera multa de tráfico. No había constancia de que consumieran drogas. En la nevera de Ventura había media docena de latas de cerveza, pero sus amigos juran que se cuidaba muchísimo. Por el asma. Y Bermúdez ni siquiera bebía. Ninguno tenía problemas serios de dinero. Al mayorista no le iban muy bien los negocios pero de eso no se muere nadie, uno se acostumbra a lidiar con los números rojos en el banco, y más un tipo se gana la vida distraendo un céntimo aquí y otro allá.

Eran dos tipos tranquilos en una ciudad tranquila. Y la única persona que podía echarnos un cable no aparecía, se la habían tragado las dunas. No podía hablarle a Álvarez de Lola, pero me incomodaba verlo tan achuchado por todos. Así que busqué la manera de entrarle al trapo sin levantar la liebre, esa chica no está implicada en este asunto, inspector, tiene toda la pinta de ser una novieta que se echó Bermúdez, un ligue de un par de tardes, ¿qué fue lo que dijo la vecina?, una chiquita morena vestida de vaqueros, menuda asesina; además, si la vieja, que apenas mide metro y medio, la encontró bajita, no le cuento más; no, Álvarez, no, habrá que buscar en otro sitio. El policía cruzó una pierna sobre la otra, apoyó sus codos en los brazos del sillón de mimbre en el que estaba sentado, dejó la taza de café que estaba bebiendo y entrecerró los ojos en una mirada de no sé por qué me da, mamón, que tú sabes más de lo que dices. Pero se contradijo para hacerme una confidencia, ¿sabes, Ricardo?, hay algo que no te he contado, encontré dos cepillos de dientes en el baño de Ventura; los mandé a analizar por si había suerte y esta mañana me dieron los primeros resultados —parece que los definitivos pueden tardar una semana, gajes de vivir en una isla donde el diablo perdió el tridente—; pues hay otra persona en el negocio, una mujer de alrededor de treinta años, grupo sanguíneo B positivo y, por suerte, una gingivitis piorreica.

—Y ¿le parece poco? ¿Qué más pueden contarnos los análisis?

—Si tú supieras. La ciencia ha avanzado una barbaridad en estas cuestiones. ¿No ves la tele o qué?

—Muy poco. Sólo documentales de bichos.

—¿Y eso?

—Suelen caerme mejor las cosas que no hablan.

—Acabáramos. Pues, ya te digo, con los restos que dejamos en las cerdas del cepillo los americanos te sacan lo que comes, dónde vives y, si los apuras, hasta el número que calzas.

—Coño, pues habrá que comprarse cepillos de un solo uso. La puta, ni en el baño te dejan en paz.

Nos interrumpió su aparato de busca que lanzó un pitido amortiguado y hueco. Álvarez lo sacó de su cinturón y leyó el mensaje, tendremos que dejar la charla para otro momento, Ricardo, me andan buscando en Jefatura, seguro que los periodistas han estado metiendo las narices en la historia y los jefes necesitan a alguien a quien cargarle el paquete, carajo de vida; hazme un favor: si averiguas algo, llámame, déjate de polladas y hazlo. «Se lo prometo, inspector: lo llamaré».

Me volví a la oficina con la sonrisa blanca y dulce de Lola en la cabeza. Vaya gracia si, después de todo, la chiquilla iba a tener algo que ver en la historia.

Imposible.

No. Imposible no hay nada. Mejor, improbable. Ya me había enfrentado con otras

que resultaron ser todo lo contrario de lo que parecían. Me acordé de María Arancha Manrique, una mujer de cine que me la pegó como a un chino. Yo creía ya estar vacunado contra la estupidez pero, tratándose de mujeres, no hay antídoto que valga. Reconozco sin orgullo que si, después de mi charla con Álvarez esa tarde, me llegó a topar con Lola en la calle, le hubiera revisado los dientes, más vale prevenir que curar. Afortunadamente para ambos, llegué al despacho sin más tropiezos que el sempiterno atasco en la Autovía Marítima, asco de ciudad en hora punta. Me esperaba allí Inés leyendo las páginas de sucesos del periódico. Ella, con su capacidad de asombro intacta a pesar de los años y sus *carays*, me ponía al día en todas las asignaturas macabras que se daban en la calle, caray, Ricardo, ¿te has enterado de lo del adolescente de Valencia o de Murcia o no sé dónde?, ¿ése que se cargó a sus padres y a su abuela tetrapléjica con una cerbatana envenenada con curare?, para que luego hablen de Estados Unidos, esto se está poniendo harlemiano, quiero decir negrísimo, con tanta telebasura y tantos juegos de ordenador, madre del cielo; ¿qué?, no, señor, no me he pasado el día haciendo ganchillo, también trabajo, demasiado para lo que me pagan, caray, que la esclavitud fue abolida hace la tira de años; hablando de esclavos, tienes recado de una tal Malena, al parecer habías quedado en comer con ella y te estuvo esperando hasta las tres y decidió almorzar, cito textualmente, con el primero que entró al restaurante y la miró con ganas, caray, tenía pinta de andar cabreada como un macho.

Lo había olvidado, tremendo trasto soy. ¡Malena! ¡Dios santo! Imperdonable descuido. *Malena canta el tango como ninguna* y tiene los labios más sensuales que he besado. Dan ganas de comérsela a mimos, de pegarse a su boca y dejarse morir. Porque *Malena tiene pena de bandoneón* y unos ojazos claros que parecen lagunas, cuando mira te hace un siete en el pecho, lo juro por mis muertos. *En cada verso pone su corazón* y más cosas, en especial más cosas, que un hombre que se viste por los pies no debe historiar, en la vida encontré algo parecido, Malena. Mi Malena. *Malena canta el tango con voz de sombra* y yo la había dejado colgada, le había agrandado sin pudor la sombra de su voz, le había agriado el tango y tal vez la esperanza. Mierda de memoria.

Me abalancé al teléfono como un poseso a pedirle perdón, perdón, perdón, mi cielo, me fue imposible ir porque tuve trabajo —era verdad—, porque debía encontrarme con un amigo de la policía —sonaba a verdad— para ayudarlo con una investigación, porque se me pasó el tiempo volando y cuando te llamé para cancelar nuestra cita —merecía ser verdad— ya no estabas, perdóname, mujer, te recompensaré con lo que quieras, ¿una reserva en el *Don Gregory* este fin de semana?, carajo, sí que me va a salir caro tu perdón, no, mujer, era broma, se dijo, nos vamos a San Agustín a pasar el fin de semana, que no, no me siento obligado, Malena por favor, cualquier hombre mataría por pasar dos noches contigo en una

playa solitaria, claro, claro, no es solitaria, pero ¿a que suena bien?, dos noches ¿y una cena?, ¿el sábado?, pues claro que sí, el sábado, así aprenderé a no olvidar jamás una cita.

La había conocido de pura potra, en uno de esos encuentros fortuitos en los que dos se miran y se hace el silencio y ninguno se atreve a apartar la mirada por si al otro se le ocurre desvanecerse y entonces pasan tres, cuatro segundos que parecen tres, cuatro días con sus noches y ya sí que uno, él, yo, baja la vista porque la cosa se pasa de castaño oscuro, qué forma de chiflarse por una mujer linda, y entonces la otra, ella, Malena, se siente vencedora en la batalla del descubrimiento, se hincha y se sonríe como diciendo ahí te quedas, pequeño, y entra en el gimnasio. Vestía una malla negra de gimnasta rítmica, se había cruzado un pulóver alrededor de la cintura para eludir el examen fisgón de los hombres, y aún más de las mujeres, bastante más crueles, que suelen torpedearla, me consta, con sus dardos de celos. Así llegó Malena, nada ojos de olvido, nada labios de rencor, eso sí, *más buena, más buena que yooo*. Y así volvió Malena la tarde siguiente y la otra, siempre a la misma hora, la hora en que yo llegaba a casa del despacho a tiempo de encontrarme con su belleza rubia y su voz carnal, con su pulóver amarrado para tapar, estratégicamente, un culo prietísimo que no había quien amarrara. Hasta que un día se retrasó un buen rato, al menos pensé yo que se había retrasado un buen rato, y di cuatro vueltas a la manzana para volver a pasar otras tantas veces por delante de la puerta del gimnasio y resultó que había llegado a su hora pero andaba escondida detrás de una columna y a cada vuelta mía se inflaba con descaro como una sopladera, hasta que se apiadó de una tensión arterial que se me desarretaba con cada rodeo y salió a la puerta a recibir a lo que quedaba de mí, extenuado y jadeante, para decirme, oye, si te interesa, te puedo presentar al dueño, que es amigo mío, seguro que te hace descuento.

Y yo, algo picado, qué pasa, cada uno se lo monta como quiere, ésta es mi manera de mantener la forma, en vez de pagar por correr como un imbécil sobre una cinta que se repite más que el ajo o una bicicleta que no se mueve nunca, hago veinte minutos de carrera continua. Y Malena, divertida, desde luego, allá cada cual con su movida, pero, si me permites un consejo, te recomiendo zapatillas con cámara de aire porque esos Martinelli te van a destrozar los pies. Y yo, sombra de mí, vale, vale, qué manera de hacer leña del árbol caído, la próxima vendré uniformado. Y ella, su hermoso pie fuera del acelerador, bueno, pero ¿qué tal si vienes después de mi clase de *bodipán*?, podríamos ir a tomar un plato de jabugo y media botella de vino a la jamonería de aquí al lado. Y yo, claramente revivido, ¿te deja comer de eso tu instructor de *bodishop*? Y Malena, tan chula, tan lejos del tango que le prestó el nombre, con toda su energía de dientes blancos, con su mano derecha aleteando en el aire de la noche recién levantada, mira, mi niño, tres cosas te digo: una, es *bodipán*; dos, es instructora; y tres, y más importante, todavía no ha nacido quien me prohíba a

mí el jabugo, vamos, ni el jabugo ni el cochino entero si se tercia. Y el cochino entero no, pero casi, se zampó Malena el viernes siguiente. Vaya forma de comer, carijo. Recuerdo que pensé: «Seguro que es el efecto del *bodipán*; espero que ese nervio se le aquiete a los postres». Pero después de los postres, Malena seguía teniendo apetito.

Salimos varias veces a lo largo de un invierno. Sin compromisos. Las normas las trazó ella la primera noche, aquí nadie hace preguntas, el tiempo y el espacio, ya lo demostró Einstein, son algo relativo, así que no me interesa lo que hiciste en el pasado ni lo que haces cuando no estás conmigo, esto es hoy y siempre, en el momento que deje de ser divertido, cada uno coge rumbo y tan amigos, ¿de acuerdo? Y yo las acepté sin rechistar, Malena no es mujer que admita *peros*, sólo que casi la jeringo porque se me ocurrió la mentecatez de decirle que, aunque no me quedaba duda de su feminidad, tenía filosofía de macho. La pillé peleona esa noche porque casi me lanza un retrato de Salma, su gata de angora, que nos miraba apoyado en un arcón. Salma y Malena, cuando estaban juntas, que solía ser siempre que yo rondaba por allí —la gata me odiaba, sentía unos celazos inmensos y se encabritaba nada más verme aparecer por la puerta—, parecían una sola. Ella acurrucaba al animal con mimo —entonces era yo el celoso— y la dejaba estar en su regazo hasta que parecía una prolongación de su cuerpo, cuatro ojos redondos que te acariciaban y te intimidaban y te seducían y te desafiaban. Aún creo que se contuvo de lanzarme la fotografía más por el valor de la moldura que por mi cabeza, qué comentario tan machista, Ricardo, típico de semental venido a menos, esperaba algo más ingenioso de ti, ¿qué pasa?, ¿que te crees lo de que los hombres son los únicos que tienen ganas de verdad y las mujeres, claro, somos unas románticas que no disociamos el sexo del amor?, fíate de eso y no corras, totorota.

Me sorprendió su enfado, nunca antes la había visto así, desde ese ángulo marrullero. Me sorprendió su enfado y no supe reaccionar y la seguí jodiendo, a peor la mejoría, mujer, no, yo no pienso nada de eso, pero suelen decir que, en el trueque de las pasiones, el hombre da amor para recibir sexo y la mujer da sexo para recibir amor, no es algo que se pueda demostrar científicamente, pero ahí están las estadísticas. Me sorprendió su enfado y esta vez no me salvé del gatazo, la primera en la frente y el portarretratos hecho añicos en el suelo, aunque me faltó tiempo para dar gracias al cielo porque, después de un huevo violáceo en la cabeza y una Malena enfadada en plena guerra, vino una bolsa de hielo querendona y una Malena enfadada en pleno amor y entonces me importó una batata el ángulo marrullero porque Malena fue por dos horas mi mujer de ahora, mi mujer einsteniana, mi mujer diferente, mi mujer macho, y disoció como un alquimista hábil el amor del sexo, y apartó con vehemencia el amor y se aferró sin límites al sexo tal que una endemoniada en su voluntad última. A partir de entonces cada discusión con ella venía seguida de una cruzada a muerte en la cama o en el sofá o en el poyo de la cocina porque Malena, lo

mismo me da que me da lo mismo, no le hacía ascos a ningún terreno, jugaba igual en casa que fuera, en hierba que en tierra batida, en blando que en duro. Así fue que me pasé el invierno llevándole la contraria hasta que se dio cuenta de mi truco rastrero y se plantó, acabáramos, tú lo que quieres es follarse, y siempre caigo, ya te he dejado que me cojas la camella bastante, crees que llevas las riendas ¿verdad?, pues se acabó el pastel, a partir de ahora las peleas las inicio yo. Y las batallas empezaron a espaciarse y la reconstrucción de los destrozos fue cada vez más lenta y entramos en lo que ella llamaba la fase del equilibrio. Y en esa fase estábamos cuando lo de mi despiste y su enfado y nuestro fin de semana relativamente tranquilo en San Agustín, en la habitación 514 del *Hotel Don Gregory*, con cena obligada en *La Liguria* el sábado.

El tercer muerto nos pilló en la cama de la 514. Malena se había levantado más temprano, se había duchado y vestido y había salido a comprar los periódicos. Cuando me desperté se había vuelto a acostar y había convertido su lado en la mesa de un gacetillero: diarios de todos los credos y tendencias, revistas semanales a todo color, suplementos de economía color salmón, suplementos literarios sin color ninguno se arremolinaban sobre la manta de lana color canela. Para Malena, domingo era sinónimo de sillón y periódicos, de no levantarse más que para acomodar los cojines y abrirle al pibito de las pizzas, de volver al sofá a buscar dónde coño se había metido el mando del televisor, de hacer el amor a la hora de los toros y sólo reanimarse para volver a abrir a otro muchachito, quizás el del restaurante chino, y de nuevo el jodido mando a distancia y, con suerte, un poco más de amor.

Pero ese domingo las cosas se cambaron desde que Malena, para que me espabilara, me tiró *La Provincia* a la cara, toma, lee algo, y una noticia hirviente me quemó las pestañas: «Aparece otro cadáver en un chalé de García Morato. El psicópata continúa suelto». Por lo visto, los indicios apuntaban a que el procedimiento era el mismo. Encontraron al hombre acicalado como una puta de barrio, con lencería de cabaré y el cuello amoratado. Sólo que éste estaba casado. Desde hacía dos años. Con una azafata de Iberia a la que, por suerte o por desgracia, le tocó volar ese viernes a Roma vía Madrid. La noticia era algo confusa, mezcla de amarillismo y novela decimonónica, y algunas circunstancias se contradecían. No quise aguarle el fin de semana a Malena con una vuelta rápida, de todas maneras nada podía hacer en Las Palmas, Álvarez estaría acogotado, enterrado en informes hasta el cuello, no querría verme ni en pintura, de modo que me lo tomé con calma. Eso sí, telefoneé a Lola a mediodía para cerciorarme de que sabía la noticia y para preguntarle, de paso, qué había hecho el viernes por la noche. Por supuesto, no sabía nada porque los domingos jamás se levanta antes del mediodía. Por supuesto, había ido al cine, qué otra cosa se puede hacer un viernes. Por supuesto, tenía varios testigos que estuvieron con ella en el *Royal* viendo *Hable con ella* y luego en la *Géiser* tomando cubatas y, por último, en un antro de la calle Portugal lleno de gays y lesbianas acabando con las existencias de tequila. Se levantó el sábado, entrada la tarde, en compañía de su amigo Héctor Melián, con quien había vuelto a caer, después de tres intentos de dejarlo, es que es tan guapo, señor Blanco, tiene una nariz tan bonita, unos dientes tan sensuales y escribe unas poesías tan preciosas; sólo me pasa con él, se lo juro, es superior a mí. Lola me preguntó, además, si la cosa mejoraba o empeoraba con este nuevo fiambre y yo no supe contestarle más que te llamaré mañana, después de hablar con Álvarez, no le des más vueltas, ¿a lo de Héctor?, a lo de Héctor tampoco.

Almorzamos en Arinaga en un tugurio de pescadores. Malena como siempre se comió lo suyo y parte de lo mío, carajo, m'ija, no sé dónde lo metes, debes de tener una solitaria de metro y medio. Y ella, resplandeciente, es que me das hambre, mi vida, en serio, antes de salir contigo comía como un pajarito, pero ahora gasto mucha energía, entre el gimnasio y tú ando perdiendo calorías a punta de pala, necesito recobrar fuerzas, ¿por qué?, ¿no te gusta que coma? Y yo, qué dices, me encanta verte comer, me devuelve la fe, eso y verte desnuda. Y ella, halagada, vaya hombre, si al final va a resultar que, en esta historia, el sentimental eres tú, ¿dónde has aparcado tus teorías sobre el sexo y el amor? Y yo, apurando el vino blanco, yo no tengo teorías acerca de eso, y si las tuve las olvidé cuando te conocí; a ti y a Salma. Y ella, ¿eso cómo me lo tomo? Y yo, como un cumplido, desde luego. Y ella, estirándose por encima de la mesa para darme un beso con sabor a bienmesabe y helado de turrón, hay que ver, quien no te conozca te compra, eres un zalamero, siempre con el halago a punto, a saber a cuántas habrás embelesado con ese sistema. Y yo, coño, ¿no fuiste tú la que dijiste que el pasado no existía?, ¿ahora te me pones celosa? Y ella, desplegando su risa sobre el mantel de cuadros, qué más quisieras tú, lo que ocurre es que hay algo que no me gusta de nuestra relación: nunca me hablas de tu trabajo, y ha de ser de lo más interesante, quiero decir que, ahora, sin ir más lejos, intuyo que andas metido en ese culebrón de los asesinatos, pero no sé qué piensas de ellos; ¿es para preocuparse? Y yo, quitándole gravedad a la historia, sólo si eres un hombre solitario, parece que los tiros van por ahí, aunque este último tipo estaba casado y eso deja las cosas en el aire. Malena se dio un tiempo para armar una interpretación de los hechos, mmm, a mí me da que hay una tía por medio o un marido cornudo, no sé, algo escabroso, ¿a qué, si no, esa perreta de disfrazarlos de mujer? Mi sonrisa burlona no la achantó. Siguió dándole vueltas durante el regreso a Las Palmas, en el coche. Me expuso toda suerte de elucubraciones fantásticas, se montó la historia ella sola, le dio la vuelta a todo para ver si le salía una respuesta convincente, seguro que esos tipos tienen algo en común, y no me vale lo de que los tres parecían tristes, no, qué va, éstos compartían algún vicio, me juego el brazo derecho.

—¿Ves cómo no es todo tan sencillo? Ni siquiera tú estás segura de lo que dices.

—Caramba. ¿Por qué crees eso?

—Porque eres zurda.

Estuve toda la noche dándole vueltas a lo de los vicios compartidos. Malena solía tener sagacidad para según qué cosas y tal vez, sólo tal vez, no andaba descaminada. El problema era que ni Mario Bermúdez ni Carlos Ventura parecían viciosos. Quizás el nuevo nos diera alguna pista. El nuevo era un tal Lucas Travieso y, por la cara que me puso el inspector Álvarez cuando me vio llegar el lunes, venía a complicarlo todo. El policía estaba en su escritorio, abandonándose al último cigarro e intentando

cuadrar los colores de un cubo de Rubik. Cuando quería pensar, cogía el dado y empezaba a desmontarlo y a montarlo de nuevo. Hay quien es bueno rellenando crucigramas o resolviendo charadas. Él se daba maña en el manejo de aquel irritante artilugio. Y no es tan fácil. En cierta ocasión —animado por sus logros— lo probé como sedante y tuve que dejarlo por imposible porque, lejos de aplacar mis nervios, me desesperaba aún más. Tan enfrascado estaba en sus reflexiones que no me sintió llegar y se llevó un susto de muerte cuando rodé la silla para acercarla a su mesa, coño, Ricardo, haz ruido cuando vengas, casi me matas de un infarto, ¿qué hay?, ¿te has enterado?, esto se pone cada vez más negro, ahora se trata de un hombre con una esposa embarazada a la que hemos tenido que sedar porque le dio un jamacuco que casi nos aborta a la criatura allí mismo; esto no concuerda, mi amigo, aquí se pasaron por lo menos tres pueblos.

Me puso en antecedentes. Lucas Travieso había sido un tipo de cuidado en su juventud. Buen deportista, aún jugaba a baloncesto en segunda división. Era alto, guapo y triunfador y tenía a media población femenina colgada de los huevos. Cuentan que no repetía con ninguna de ellas, que le daba grima encontrarse debajo o encima de un rostro conocido, que hasta tenía la cabecera de la cama llena de muescas, como el revólver de Jesse James. Era lo que se dice un rompebragas. Hasta que, en un viaje con el equipo a Sevilla, conoció a Raquel Calvo. Ni que decir tiene que Lucas le echó los tejos nada más verla. Se empeñó en caerle bien, algo que no le costaba, por lo visto, demasiado. Se empeñó en llamar la atención de la azafata aquella tan pequeña, tan frágil. Raquel no le hizo puñetero caso y, cuando la cosa se puso fea porque a Lucas le parecía imposible que ella no cayera de inmediato rendida a sus pies, tuvo que llamar al sobrecargo para que le parara las patas al baloncestista pelmazo. El cabreo del muchacho fue monumental. Y, suele suceder, acabó enamorándose de la única mujer que lo rechazó. La travesía del desierto duró dos años hasta que Raquel, harta ya de repudiarlo y conmovida por la machaconería de Lucas, acabó por aceptar salir con él. Contaba la mujer que le habían dado lástima la cara descompuesta y los sudores de aquel grandullón la noche que la pidió en matrimonio. Seis meses después de la primera cita se casaron en la parroquia de Santa Isabel de Hungría, una tarde de octubre en la que los termómetros se disparataron y tuvieron que asistir a más de un invitado a causa del calor.

Tenía razón el inspector Álvarez. Aquello no se ajustaba a la conducta del asesino. Aquí se la había jugado porque, si en los otros dos casos disponía de cierta inmunidad, en éste podría haber aparecido la señora de Travieso a media faena y entonces sí que le hubiera costado Dios y ayuda salir del embrollo. Además estaba lo de la estatura: una cosa era cargarse a aquellos dos hombrecillos más o menos manejables y otra muy distinta enfrentarse a un ropero como Lucas. Álvarez iba a asistir a su funeral para hablar con la viuda. Al pobre le tocaba, de nuevo, bailar con

la más fea. Me invitó a que lo acompañara pero rehusé lo más cortésmente que pude, en parte porque me daban dentera los funerales, en parte porque creía —la experiencia estaba de mi parte— que Raquel Calvo iba a resultar de poca ayuda. Normalmente la mujer o el marido son los últimos en enterarse de las andanzas del otro y, en este asunto, Raquel no sabía de la misa la media. Preferí darme un salto al polideportivo donde entrenaba el equipo de Travieso.

Aquello era una prolongación del sepelio: once hombretones derrotados y sombríos que daban vueltas a la cancha como zombis, dirigidos por un entrenador cabizbajo que hacía sonar un pito cada medio minuto para que sus jugadores se agacharan a hacer cinco flexiones y volvieran a su carrera monótona. Luego se ejercitaron en el tiro y en la entrada a canasta, y a mí me pareció que hacían el indio porque las fallaban todas. Estaba más que claro que ninguno tenía la mente puesta en lo que hacía. Las miradas se perdían detrás del aro y el silencio apenas se quebraba por el sonido hueco del bote del balón y las pisadas chirriantes de las zapatillas. Media hora duró aquel simulacro de entrenamiento hasta que el tipo del silbato, que se llamaba Jesús Corrales y llevaba seis años dirigiendo al equipo, toda una hazaña, pegó un grito y los mandó a la ducha. Aproveché entonces para hablar con él. Me presenté como colaborador de la policía. Corrales me contó, no esperaba menos, que Lucas Travieso era un líder en el grupo, que era de las mejores personas que había tenido la suerte de entrenar y que le parecía imposible todo aquello, que aún no se había hecho a la idea, parece un sueño perro, ya ha visto usted cómo están los muchachos, joder, destrozados, sobre todo Charlie, el americano, que era su mejor amigo, no sé lo que va a pasar con él porque es un jugadorazo como un piano de cola, no sólo por lo negro, lo siento, sé que es una broma de mal gusto, pero qué quiere, sólo nos queda apenar con la tragedia, pues el negro es un jugador impresionante pero muy frágil de carácter y se apoyaba mucho en Lucas, cuando llegó a Las Palmas le costó adaptarse, si no llega a ser porque Travieso le dio asilo político en su casa y le mostró la ciudad y le enseñó a comer algo más que hamburguesas y pizzas, que era lo único que comía Charlie, se nos hubiera vuelto a Nueva Jersey a la tercera semana y nos lo hubiéramos perdido, así que, si quiere saber algo de Lucas, tiene que hablar con Charlie, no tenían secretos.

Dicho así parecía fácil, pero me barruntaba que aquella bestia humana de dos metros doce y ciento quince kilos no iba a ser una perita en dulce. Por lo pronto, aunque su castellano parecía salvable, no le entusiasmaba mucho hablar. Desconfiaba de todo Cristo y parecía tener malas pulgas. Pero eran sus manos lo que más impresionaba. Inmensas, nervudas y recias, agarraban una pelota de baloncesto como si fuera de tenis. Mal negocio meterse con el animalito aquel. No obstante, de perdidos al río, lo esperé a la salida de los vestuarios y le expliqué despacito lo que quería, que no tenía intención de perjudicar a nadie y menos que a nadie a su amigo

muerto, que lo que me dijera quedaría entre nosotros, ¿igual que en la televisión?, eso, igual que en la televisión, imagínese que yo soy su Ironside, ¿quién es Ironside?, ah, claro, usted es muy joven, bueno, pues imagínese que yo soy uno de esos abogados que salen en las series, todo lo que me diga quedará entre nosotros, si no, me quitan la licencia.

Y me tiré un farol cuando le escuché pronunciar su nombre. Y me salió bastante mejor de lo esperado porque, además, le toqué la fibra sentimental. Tan convincente estuve que empecé a tutearlo como si ya fuéramos viejos colegas, ¿Parker?, ¿te llamas Charlie Parker?, no me jodas, ¿te lo puso tu padre?, ¿era un fan del buen *jazz*?, bien por tu padre; pues tú no sabes con quién estás hablando, para mí Charlie es el rey, *the best* y *the beast* todo en uno, el *king* definitivo, antes de él, la nada, después de él, el silencio; te lo juro, tengo un estante lleno con sus discos, ¿has oído *Parker's Mood*?, ¿y *Ko-ko*?, joder, pues no conoces lo que es *blues*, yo puedo enseñarte trabajos suyos de cuando andaba con Miles Davis o, incluso antes, en sus primeros pinitos con Tiny Grimes, esas obras aquí no se consiguen ni en sueños, que los compré en Estados Unidos, un verano, creo que el del noventa, en que me fui a recorrer mundo y empecé por Chicago y acabé por Chicago porque el dinero no me dio para más, pues me metí en una tienda de discos y no paré hasta traerme una maleta llena, el presupuesto que tenía para subir a Canadá y regresar por el otro lado del globo terráqueo, me traje tantos que casi me hacen pagar doble pasaje, coño, el bueno de Charlie, Charlie Parker, me alegro de haberte conocido.

Hasta aquí me contuve. Los pocos que me conocen bien saben que la historia es cierta. Y mi emoción también. Pero luego ya vinieron las exageraciones, me pasé un pelo, lo reconozco, con lo de la reencarnación. Llegué a decirle al Charlie Parker jugador que durante años me creí la metempsicosis del Charlie Parker músico porque yo había nacido en el cincuentaicinco, dos días después de su muerte. En realidad yo nací ese día pero de un año antes, aunque eso tampoco tenía por qué saberlo. Al final, acabamos recordando a su padre, un granjero descendiente de esclavos que vivía en Albany, en el corazón de Georgia, y brindamos hasta cinco veces por él con *bourbon*, pura escena bogartiana, en un piano bar que hay detrás de la Audiencia, el *Rose's Café*, donde toca un mulato sordo de más de ciento veinte kilos que se llama Marcelo Trinidad.

Charlie Parker me habló de su infancia en Albany, de su familia religiosa hasta el tuétano, de su tío predicador, de su hermano predicador, de su sobrino telepredicador, signo de los nuevos tiempos. Y me habló de su afición temprana al baloncesto, de los problemas que le acarreó siempre su estatura, lo más difícil era encontrar zapatos y novia, que todo le quedaba chico. Y me habló, claro está, de su llegada a Las Palmas y, gracias al cielo, de Lucas Travieso, de una amistad forjada en la pelea, una amistad que sólo puede entenderse si has jugado básquet o béisbol o fútbol o cualquier otro

deporte colectivo porque no es fácil pasarse la vida en habitaciones frías de hotel con luces tristes y camas acartonadas. Entonces, en ese aislamiento, tu compañero se convierte en lo más importante que existe sobre la Tierra, hasta el extremo de que no tomas una jodida decisión importante sin contar con él. Charlie conocía bien ese sentimiento, en Atlanta, cuando jugaba de undécimo hombre, el penúltimo de la fila, para *Hawks*, allí compartí habitación con Steve Coleman, un base de UCLA que, luego, abandonó el deporte por una lesión de tobillo, una lástima; pues yo le presenté a Marcia, su esposa, y casi lo empujé para que se le declarara, luego, fui su padrino de bodas y un hijo suyo, el pequeño, se llama Charlie por mí; lo mismo hizo Lucas conmigo cuando llegué a Las Palmas, me acogió en su piso y me enseñó español, era un tipo genial, mi hermano, no entiendo lo que ha podido ocurrir.

Intenté aprovechar la situación para meter cizaña, ¿no tenía algún ligue, Lucas?, ustedes siempre llevan detrás una tropa de admiradoras, a lo peor conoció a alguna chica bonita con un novio celoso que le cogió ganas. A Charlie Parker se le ensombreció el ceño, se notaba a la legua que no le había hecho maldita gracia el comentario, qué dices, hombre, ¿tú sabes lo que son los viajes desde Las Palmas a cualquier lugar de la Península que no sea Madrid?, ¿has pasado seis horas entre taxis, aeropuertos y aviones?, ¿has viajado un día entero en una guagua incómoda hasta pueblos perdidos que parecen de *farwest*?, ¿y los entrenamientos?, ¿y los partidos?, ¿y las entrevistas?, no, hombre, no, lo único que deseas es volver a tu casa, a tu cama, con tu mujer y tus hijos. Y yo, de acuerdo, Charlie, pero las primeras temporadas Lucas no estaba casado y quizás de allí venga el problema. Y él, erre que erre, que no, por ahí no sigas, me disgusta lo que dices, ignoro quién te ha hablado de él, seguro que algún mal bicho resentido, pero no lo conocía como yo, te lo aseguro, Lucas tenía sus defectos pero no era para tanto.

La defensa desaforada que el gigantón hizo de Travieso me dio qué pensar. No me habían hablado ni bien ni mal de Lucas y, aunque así hubiera sido, a estas alturas de la comedia uno ya se ha hecho a los halagos facilones y a la crítica rencorosa, y sabe apreciar por dónde vienen los tiros. Un tipo como Lucas Travieso, está más que claro, lleva detrás mucha admiración, pero también mucha envidia. Parker no iba a romper la ley del vestuario —los trapos sucios se lavan en casa y todas esas chorradas de elite deportiva—, pero le hubiera bastado con negarlo. Sin embargo, el negro Charlie se esmeró en parecer convincente. Al principio pensé que era una reacción lógica, con su mejor amigo sin enfriarse del todo, su recuerdo hirviendo por todas partes, lo normal es que se fajara con cualquiera que hubiese mentado su nombre en vano. Pero, no. En su rostro había algo más que dolor y enfado. Había desconcierto, incluso duda abierta al evocar *sus defectos*. ¿A qué defectos se refería Charlie?, ¿qué faltas puede tener un hombre tan graves como para que le cuesten la vida?

Al llegar a casa, volví sobre mis reflexiones para buscarle grietas a la declaración

del americano. Y la mayor de todas era, precisamente, la ausencia de fisuras en su testimonio. El hombre había tenido siempre la respuesta a punto, a todo ataque mío respondió con una defensa elegante y sobria, inusual para alguien que no domina el castellano. Era como si las hubiera ensayado, como si se las hubieran dictado antes de hablar conmigo. Pero ¿quién?, ¿y con qué motivo? En ésas estaba cuando sonó el teléfono. Era del hospital.

—¿Dígame?

—¿Ricardo?

—Sí. Dígame.

—Soy yo. Me tienen secuestrado.

—¿Qué coño dices, Colacho? ¿Dónde estás?

—En el hospital. Secuestrado. Me vine a ver a Goyo Cuyás, a que me mirara unas molestias en la tetilla, y resulta que él no está, pero uno que viste igual que Goyo me miró y dice que aquí me quedo. Iba a llamar a mi abogado cuando me acordé de que no tengo.

—Vete al carajo. Ponme con quien esté ahí contigo.

—Aquí sólo hay un viejo lleno de tubos que le salen por todos los agujeros. Hasta el culo lo tiene sellado.

—Joder, abuelo. Espérame. Voy para allá.

Había ido a hacerse una revisión y lo habían internado por exceso de azúcar. Me llamaba desde la habitación del *Insular* y, aunque parecía el mismo coñón de siempre, lo noté bastante impresionado. Colacho Arteaga no era hombre acostumbrado a los hospitales. Jamás había tenido ni un triste catarro y, cuando le dolía algo, esperaba a curarse solo. Les tenía manía a los médicos. Decía que no se fiaba de alguien cuyo negocio era encontrarte enfermedades donde no las había. Pero desde que murió la abuela Sara, su resistencia ya no era la misma. Logré convencerlo, a fuerza de mentarle al demonio, de que se hiciera un chequeo cada seis meses con un cardiólogo amigo mío, Goyo Cuyás, a quien había conocido en los tiempos del instituto. Y en una de las revisiones le detectaron una prediabetes. El viejo se burló de Goyo, con todo respeto, váyase usted al carajo, doctor, con mi edad ya yo no puedo tener *prenada*, le admito un *posmortem*, un *posoperatorio* y hasta una depresión *poscoito* si gusta, pero prediabetes quiere decir que voy a tener pronto una diabetes y a mí ya no me queda tiempo para andar aplazando enfermedades. Cuyás estuvo riéndose una tarde entera de la gracia de Colacho, mientras lo auscultaba, a usted, caballero, le quedan todavía un par de guerras civiles, se lo digo en serio, mañana lo atropella un coche o se le cae una maceta en la cabeza o se ahoga en Las Canteras y se nos muere, no digo yo que no, pero lo que es por salud a usted le queda la prediabetes, la diabetes y dos grados de posdiabetes juntas.

Cuando llegué al hospital se me quebró el alma. Colacho Arteaga, ya lo he dicho,

no era hombre de clínicas. Y tanto ajetreo de batas verdes, transfusiones sanguíneas y bolsas de suero acabó por amilanarlo de veras. Cuando entré en su cuarto, se había echado diez años encima, sácame de aquí, Ricardillo, por favor, no vayas a dejar que me muera en un sitio tan triste, m'ijo. Probé con una sonrisa que, a juzgar por los efectos en mi abuelo, debió de resultar muy poco convincente, venga, coño, Colacho, no te pongas tremendo, mañana duermes en casa, eso te lo aseguro yo, el médico me ha dicho que sólo es una medida preventiva, que pasadas veinticuatro horas te largan de aquí porque necesitan las camas más que respirar; además, me dejan quedar contigo, ya verás, después de la primera visita de la mañana, nos vestimos y nos vamos a desayunar a *Casa Pablo*. A mi abuelo le regresó algo el resuello y una luz diminuta se le vino a posar en las pupilas como cuando me contaba historias de la Guerra, júramelo, m'ijo. Su mirada me devolvió el sosiego, juradito por Dios, mañana te invito a tu *cafeileche*, tu bocadillo de pata y tu ron; bueno, lo del ron va a tener que esperar porque, con lo de la prediabetes, no creo que me dejen invitarte a copas durante un tiempo. Y él, anda a la gran puñeta, entre el tiempo y el ron, me quedo con el ron.

La noche fue un desastre: yo no dormí por si el viejo necesitaba algo de mí y él por si no se volvía a despertar. Todo se nos fue en una danza macabra de lo más grotesca, a cada movimiento suyo para espantar la enfermedad, le seguía uno mío que buscaba su respiración, de modo que nos cogió el amanecer sin pegar ojo y baldados. Goyo llegó a las ocho y cuarto y se disculpó por no haber estado el día anterior, lo siento mucho, resulta que una vez por semana paso consulta en Lanzarote, cosas del seguro, y ayer me tocó operar, no pude avisar a tu abuelo porque no tiene teléfono, así que le pedí al compañero de guardia que lo atendiera, el hombre es muy bueno, pero muy drástico, algo pesimista para mi gusto, y no vio claro el diagnóstico, de modo que, por si las moscas, decidió ingresarlo hasta que yo lo viera hoy. Sin duda que lo entendimos. Nos llevamos un susto del carajo para arriba pero lo entendimos, claro, es preferible prevenir que lamentar, no tienes que excusarte, Goyo, faltaría más, ¿puedo llevármelo?, pues, nada, en cinco minutos recogemos los bártulos y nos mandamos a mudar, ¿tengo que firmar algo?, ¿nada?, ¿y la cuenta?, ¿tampoco?, coño, Goyo, encima que me haces el favor, déjame al menos que me arregle con la clínica. Cuyás me miró con cara de guasón, desde el instituto ya le gustaba la carajera más que comer con los dedos, joder, Ricardo, que no, que no hace falta, hoy por ti, mañana por mí, acabo de comprarme un chalé en Los Lentiscos y, vete tú a saber si no necesitaré de tus servicios porque me roban o me envenenan al perro o me levantan a mi mujer, que es un poco liviana y me sale demasiado por las noches, ¿Lucía?, no, qué va, hombre, ésa fue mi primera mujer, yo ya voy por la tercera, después de Lucía vino Ernestina, pero tampoco funcionó, y me volví a casar hace dos años con una estudiante de Medicina; no te lo vas a creer, se llama Güendolín, así,

como suena, y no es americana, es que tiene veintidós años, no sabes la jodida manía de los nombrecitos que hay ahora, ¿qué quieres?, su madre adoraba a Julio Iglesias, buena gente mi suegra, un poco rústica, pero una buenaza, pues me enamoré como un tonto nada más verla, ¿de mi suegra?, no, coño, de Güendolín, aunque no creas, la madre también está de mojar pan, si quieres te la presento.

Me despedí del bueno de Goyo Cuyás antes de que me endosara a su señora suegra que, por lo visto, debía de tener nuestra edad y estaba libre. Le agradecí en el alma su favor con lo de Colacho. Está más que claro que hoy día conviene tener amigos hasta en el infierno. Eso le iba diciendo a mi abuelo camino de *Casa Pablo* a cumplir mi promesa. El viejo no habló nada en todo el trayecto, andaba recuperándose aún del sobresalto. Cuando lo hizo fue para sermonearme, ¿por qué no cogiste el teléfono de la suegra de tu amigo?, no te creas más listo que nadie, m'ijo, una mujer así siempre viene bien, seguro que es grandota y trabajadora, y ya sabes lo que dicen. Yo lo atajé, ya, ya lo sé, búscate una mujer bien grande que en invierno te dé calor y en verano sombra, joder, Colacho, si te oye una que yo conozco, te estampa los cinco dedos en la cara, que ibas a estar dos semanas para arrancarte el tatuaje, ¿no te das cuenta de que los tiempos han cambiado? Y él, ¿han cambiado?, ¿en qué?, ¿en que ahora las muchachas no se llaman Carmela ni Pepa Juana ni Conchita sino Güendolín?, guárdame una cría, Ricardo, se llamen como se llamen las mujeres lo que quieren hoy es lo que han querido siempre: ser felices y envejecer al lado de su hombre y ¿qué hay de malo en eso?, mira a Cuyás, ¿qué tiene?, ¿cuarenta años? Vale, cuarentayuno, igual que tú, y a esa edad ya se ha casado tres veces y las que le quedan porque no te crearás que la estudiante de Medicina le va a durar, ¿verdad?, veintidós años tiene la niña, no me jodas, dentro de diez años estará en su apogeo y un día se despertará al lado de un tipo de cincuentaicinco que sí, tendrá mucha pasta, pero estará más cascado que el trabuco de mi tío Olegario, y el dinero no calienta la cama, te lo digo yo, que vengo del frío.

En el café de Juan Rejón, a Colacho Arteaga le volvió el pulso, nada como un buen desayuno para asentar las madres y olvidarse del trance que acabábamos de pasar. Recuperó el color, la sonrisa y hasta la filosofía. Se preocupó por cómo me iba la vida, por mi trabajo, es que hace dos semanas que no vienes por aquí, Ricardo, desde principios de mes en que me arreglaste lo de la dichosa pensión, ¿en qué andas metido ahora?, ¿en esa vaina de crímenes de los que todos hablan? Tenía razón el viejo, la última vez que nos habíamos visto estuve lidiando con el banco por un retraso en su nómina y una cuestión de intereses, que cuando caen de tu lado andan prestos a cobrártelos y, cuando ruedan del suyo, si te he visto no me acuerdo.

—¿Cómo sabes lo de los crímenes si tú no lees los periódicos?

—Joder, porque es el tema de discusión del *casinillo* desde hace diez días.

—Y ¿qué dicen los eruditos del dominó?

—Que hay mariconeo de por medio.

—¿De dónde sacan esa idea?

—Sabemos sumar. Dos hombres que viven solos cumplida la treintena y que aparecen muertos con bordados y ligas. Apestan a bujarra. Seguro que se los cargó un chapero. Los tipos se negaron a pagarle más. Como si lo viera.

—Y ¿cómo explican tus amigotes lo del último?

—¿Qué último?

Mi abuelo no había tenido tiempo de discutir la muerte de Lucas Travieso con sus cofrades en el *casinillo*, un local cedido por los Servicios Sociales del Ayuntamiento donde los jubilados del barrio se reunían a jugar al subastado y tomar café. Lo había cogido con el paso cambiado y ni se había enterado de que hubiera otro cadáver. Le conté por encima la nueva situación creada tras el asesinato del baloncestista, casado, futuro padre y macho de los pies a la cabeza, algo que, con su estatura, debía de resultar un argumento de peso para rebatir la tesis de la homosexualidad. Le hablé de mi entrevista con Charlie Parker y el cabreo del americano cuando le pregunté por la vida íntima del muerto. Colacho pidió medio ron —no iba a ser yo quien se lo prohibiera— y arrugó el entrecejo. Después de ese gesto siempre venía una lección de viejo calafate, acabáramos, m'ijo, a ver si vas a creer en pajaritos preñados a tu edad; anda que no hay maricas adoptivos, con esposa, hijos y trabajo serio, no te extraña que ese tal Trapero, ¿cómo?, bueno, pues que ese tal Travieso estuviera en tratos con su compañero de equipo, ya sabes lo que dicen de los negros.

Es difícil, después de lo que he visto en mi vida, que yo me escandalice, pero Colacho Arteaga tenía la facultad y el talento incluso de hacerme apostatar de mi sangre, joder, viejo, mira que eres bruto, en una hora de conversación te has mamado todos los prejuicios habidos y por haber, antes, machista, y ahora, racista y homofóbico, sólo te falta renegar de los pobres para ganarte el cielo; hazme un favor, no le digas a nadie que eres mi abuelo porque me creas un disgusto. Colacho se sonrió, echó un trago de su vaso chato y continuó con sus deducciones, en vez de avergonzarte de tu pobre abuelo deberías hacerle más caso, en esta historia hay algo que huele mal, ¿cómo?, me refiero a algo más que tres fiambres, totorota, la ropa de mujer tiene la clave, busca alguna perversión escondida y encontrarás la respuesta. Y yo, vale, compadre, te pareces al druida de *Astérix*, con menos pelo; de todas maneras, abuelo, no debes de andar muy descarriado porque todo el mundo apunta en esa dirección, ya eres el tercero que me habla de tejemanejes turbios, sólo que una lo llamó vicios y otro defectos.

Antes de regresar a mi apartamento a darme una ducha reparadora que me devolviera a la vida decidí saludar a Álvarez. Desde mi entrevista con Parker y la suya con la viuda Travieso no habíamos vuelto a sincronizar nuestras cuentas. Lo hallé, para mi sorpresa, de buen humor. Se había hecho traer del bar un sándwich y una cerveza, y estaba estudiando lo que parecían ser facturas de teléfono, papeles que llevaban el distintivo azul y verde de Telefónica, dichosos los ojos, Ricardo, ya pensaba que habías resuelto tú solo el caso y que no querías compartir la gloria, ¿dónde has estado?, te he llamado media docena de veces a la oficina y a tu casa, te diré que me he hecho amigo de tu secretaria, una voz bonita, niño, como de felpa, tiene que ser bárbaro trabajar cerca de ella. Me senté en la única silla libre que había cerca de su escritorio, no se crea, Álvarez, con Inés pasa como con esas locutoras de radio, uno se enamora de ellas por su voz y, luego, se espanta por sus silencios; bueno, no, no soy justo, es una mujer de las de verdad, de carne y hueso, tal vez más de carne que de hueso, seguramente lo único real de esta profesión tan literaria que tenemos; pues no me he escondido, he tenido un ligero contratiempo con mi abuelo, le dio un pequeño *arrechuchón* y preferí pasar la noche con él. Álvarez me miró con la cara ladeada, coño, ¿tú tienes abuelo? Y yo, no, inspector, yo llegué a la Tierra en una nave espacial, soy del planeta Urano y, ya sabe, allí nos reproducimos por esporas. Y él, no, hombre, joder, no te mosquees, me refiero a un abuelo vivo, yo creía que no tenías familia. Y yo, no hay mosca, ese viejo es lo único que me queda, creo que hay unos primos de mi padre que viven en Tafira o en Santa Brígida, pero les perdimos la pista hace muchos años; tendría que conocer a Colacho Arteaga, estoy seguro de que ustedes harían buenas migas. Y Álvarez, para *desfacer* el entuerto en que creyó haberse metido, pues mira, cuando acabemos este asunto, los invito a los dos a comer a casa una ropavieja que hace mi mujer, ¿te he hablado de la ropavieja de Susana? Y yo, agradecido ante el primer rasgo de confraternización que había mostrado el inspector en tantos años, sí, creo que alguna vez lo ha mencionado usted, y sí, estaremos encantados los dos de ir a almorzar a su casa cuando resolvamos esta historia, pero le advierto que mi abuelo es una lima, come por seis, le saldría más barato comprarle un traje. Y él, ¿ves?, ya me cae bien el viejo, porque yo no me fío de la gente que no come. Y yo, mire por dónde, igual que Bogart, sólo que él no se fiaba de los que no beben.

Me contó el inspector Álvarez que no había sacado nada en claro de su careo con Raquel Calvo, por qué será que no me sorprendió. La mujer estuvo ida todo el tiempo, la habían tupido a sedantes. En su estado de aturdimiento, sufría por el niño que vendría, a ver cómo iba a explicarle lo sucedido, qué iba a pensar de su padre cuando tuviera conciencia, la gente es muy cruel y, más temprano que tarde, en el

colegio, en el instituto, en el barrio, alguien le iba a escupir a la cara lo de que tu padre era un degenerado que murió vestido de putón verbenero. A ella le daba igual. Era una mujer fuerte y podría sobrellevarlo. Pero su hijo quién sabe por lo que tendría que pasar. Me dijo el inspector que la viuda no pudo explicar lo ocurrido, Lucas era un buen marido, desde que se casaron había cambiado, ya no salía, sólo cuando viajaba con el equipo, y es verdad que pasaban mucho tiempo separados por el trabajo de ella y la profesión de él, pero mientras estaban juntos era un cielo de hombre, atento y cariñoso, y estaba muy ilusionado con el niño. Claro está que los hermanos de Travieso corroboraron la versión de Raquel. La madre del jugador no hallaba consuelo y, mujer religiosa, sospechaba que detrás de aquella tragedia estaba la purgación de viejos pecados porque Lucas era un buen hombre, pero había sido un joven algo alocado, con malas compañías por las que se dejaba tentar. La pobre mujer había visto los cielos abiertos cuando su hijo sentó la cabeza y se casó con la azafata, pero a decir verdad siempre estuvo temerosa de que algo así pudiera sucederle, cuando se ha bailado tanto con el diablo, uno corre el riesgo de que el viejo cornudo regrese a cobrarse la pieza.

El policía volvió jodido del velatorio. Pasó por su casa a cambiarse de ropa, a quitarse de encima el olor a flores muertas. Su esposa lo obligó a sentarse a la mesa, pero apenas pudo tragar más que un poco de caldo de gallina y una tostada con jamón. Durmió un par de horas en el sofá del salón, se levantó con resaca y se volvió al despacho a buscar algo por donde empezar. Llevaba medio día entre informes médicos y policiales cuando recibió una visita. Sandra Amador vivía puerta con puerta con los Travieso. Aunque había heredado una considerable renta de un marido solícito y ahorrador, fintaba el aburrimiento cosiendo para un par de tiendas de ropa, subiéndoles los vueltos a los pantalones, estrechando faldas, poniéndoles hombreras a las chaquetas. Así que trabajaba sin salir de casa y eso le daba la oportunidad de conocer las costumbres de sus vecinos. No era una chismosa pero, desde hacía semanas, el ascensor graznaba como un cuervo. No era una chismosa, pero también las luces del zaguán al encenderse hacían su ruido. Ella ya se había quejado en numerosas reuniones de la comunidad pero cambiarle las zapatas al ascensor y renovar el patio de luces cuesta una derrama que nadie, con todo y ser gente de dineros, estaba dispuesto a pagar. No era una chismosa, por eso no les había dicho nada a los agentes que la interrogaron al día siguiente del asesinato. Pero había visto a Álvarez tan perdido en el tanatorio y le había entrado tal remordimiento que, una vez enterrado Travieso, se decantó por ir a la comisaría a contar una historia que le quemaba en la boca como pimienta de la puta la madre.

Sandra Amador tenía un secreto, pero temía perjudicar a Raquel Calvo, que era una muchacha encantadora, una buenaza, aunque algo cegata. De modo que le hizo jurar a Álvarez que lo que iba a contarle no tendría que repetirlo a nadie más en

ningún sitio. Porque ya bastante tenía la chica con lo suyo, fíjese usted, un hijo que no iba a conocer la felicidad nunca, un angelito que iba a sufrir lo que no está en los escritos, la humillación de un padre depravado, porque eso de que Lucas Travieso había cambiado después de la boda no se lo creían ni los negritos de Biafra. Lucas llevaba a casa a otras mujeres cuando Raquel andaba de viaje. Sandra había oído más de una juerga en su casa, no tenía mucha experiencia en cuestiones de amor, pero sabía reconocer los quejidos que produce un orgasmo y los orgasmos estaban a la orden del día y de la tarde y de la noche en casa de los Travieso sin la mujer de Travieso en casa, porque, vuelvo y le repito, no es que yo sea un chismosa, pero yo conocía los grititos de placer, apagados y dulces, de Raquel, una muchacha decente hasta en la cama y nada que ver con los alaridos de las otras, carajo, que parecía que las estaban matando y, mire por dónde, al final a quien acabaron matando fue al gran fornicador; yo no le deseo mal a nadie, comisario, perdón, inspector, pero estaba de Dios que a ese hombre un día tenía que pasarle algo así por meter entre sus sábanas a malas mujeres, ¿que por qué sé que eran malas mujeres?, tenía que verles la pinta, inspector, a mí me da que las alquilaba por teléfono, yo no sé mucho de esto pero revise las cuentas y verá, seguro que se gastaba un dineral en los números eróticos que anuncian de madrugada, ¿que cómo lo sé?, caramba, porque una también ve la televisión.

Cuando yo me senté frente a su mesa, Álvarez ya tenía las facturas telefónicas de Travieso y un humor renovado. Devoraba el bocadillo, es que no como desde hace día y medio, Ricardo, en el tanatorio sólo hay máquinas de galletas y chocolatinas, un asco, pero en el *Deenfrente* hacen unos bocatas de jamón con tomate que te mueres de gusto, ¿quieres que te encargue uno?, ah, ya has desayunado con tu abuelo, pues, más tarde, ¿qué tal te ha ido en el pabellón de deportes? Le hablé de mi experiencia acreditada con el Charlie Parker jugador —le evité la experiencia figurada con el Charlie Parker músico, Álvarez no lo hubiera entendido, a él que no lo sacaran de Omara Portuondo o *La Sonora Matansera*— y le hice partícipe de mis primeras conclusiones. No suelo compartirlas antes de tiempo, pero si quería conocer los avances de sus pesquisas debía ofrecerle algo a cambio, *dando y dando* que decíamos en el colegio cuando intercambiábamos estampas de futbolistas, Rifé por Velázquez, Ufarte por Solsona, y Juanito Guedes vale por tres de los otros. El inspector me escuchó con aparente desinterés, sin dejar de comer, creo que pensaba que nada de lo que yo le contara podría superar a sus averiguaciones con la vecina de los Travieso. Entonces, me acercó los extractos que observaba con detenimiento cuando yo llegué y se levantó disculpándose, dame un segundo, Ricardo, voy a echar una meadita y a lavarme las manos, échale un ojo a esto a ver qué te parece.

Me pareció que, en apariencia, era un botín sustancioso. Más que el mío, desde luego. Las cuentas telefónicas de Lucas Travieso reforzaban la declaración de Sandra

Amador, pero no en el sentido en que ella sospechaba. No había rastro de líneas eróticas, pero sí una larga lista de llamadas a un par de teléfonos móviles junto a los cuales Álvarez había anotado unas iniciales, C. C. Más tarde me confesó algo que ya maliciaba yo: se trataba de dos casas de citas que surtían, discretamente, de estudiantes universitarias a ejecutivos de paso por las islas. Álvarez había llamado a todos los números que se repetían varias veces, haciéndose pasar por director gerente de una empresa de coches que buscaba entretenimiento para sus jefes de Tokio: dos hombres le respondieron con cajas destempladas, como te agarre te voy a partir la cara, cabronazo; una voz femenina amenazó con llamar a la policía si volvía a molestarla; y en los dos señalados con C. C. le leyeron la cartilla de precios, después de asegurarse de que no era una broma. Para ganarse su confianza, el inspector había dado como referencia una empresa conocida en Las Palmas de la que se sabía que recurría a esos servicios.

La pega que tenía esa nueva pista era que la última llamada había sido hecha a finales de enero —estábamos acabando abril— y no aparecía ninguna más en los últimos días. Pero lo que quedaba claro era que las víctimas volvían a congregarse en una misma *secta*, según la terminología que Malena empleaba para referirse a los hombres maduros y solitarios, porque Travieso estaba casado, pero ejercía a todas luces de soltero. Mi abuelo solía decir que burro viejo no aprende idioma nuevo y el tal Lucas se empeñaba en darle la razón al viejo: ni casado con una mujer de bandera como Raquel Calvo ni a la espera de su primer hijo dejaba la cuca en paz. Andaba en esas consideraciones cuando volvió el inspector con cara de haber ganado un premio, ¿qué?, ¿qué opinas de eso?, yo creo que puede valernos para empezar, carajo, ya estaba temiéndome que este retrete no tuviera desagüe. Y yo, parece buena la información, ¿ha pedido ya las facturas telefónicas de los otros dos muertos? Y él, fue lo primero que hice, coño, ¿qué crees?, ¿que los policías somos todos unos totorotas?, eso sólo es en las novelas; acaban de llamarme de la Compañía y están al llegar, en lo que nos tomamos un café las tendré sobre mi mesa.

Para vanagloria del inspector, un guardia nos trajo los documentos antes de que la máquina terminara de despachar dos cortados. Para su desconcierto, no había un solo número que coincidiera en los tres listados, mierda, mierda y mierda. Yo intenté reanimarlo, no se rinda tan pronto, hombre, sólo era un intento, hubiera sido demasiada suerte encontrar el número del asesino a la primera; una pista es como el dinero: no da la felicidad pero ayuda bastante; mire, fíjese en esto, Travieso dejó de pedir chicas, después de una regularidad casi semanal, hace dos meses y medio, ¿por qué? El inspector no se había sobrepuesto aún al palo que le supuso la lectura de las cuentas. Estaba algo aturdido, con la mirada nadando en su capuchino. Así que tuve que empujarle un poco, pues, coño, vamos a buscarle un desagüe a este retrete, a ver, ¿qué razones podrían explicar el cambio de actitud del jugador?: una, se le acabaron

las ganas de follar..., descartado, a nadie se le acaban y menos a ese tipo; dos, se le acabó el dinero..., ni hablar, a Lucas le sobraba, no hay más que ver la casa donde vivía y el coche que gastaba; tres, lo trincó su mujer en un renuncio..., ni de coña, Raquel no es de las que aguanten una cosa así, le habría puesto las maletas en la puerta y cambiado la cerradura; ¿qué más pudo ocurrir?

Mi compañero revivió por momentos para lanzar una hipótesis al aire, quizás agarró purgaciones en uno de sus polvos, quién sabe; no parece factible porque esas cosas son difíciles de esconder, pero se puede comprobar con una visita al médico del equipo. Admití, con reservas, la teoría del policía, pudiera ser, amigo, pero una gonorrea no nos soluciona el problema, aparte de que a ver quién es el listo que le saca la confesión al médico, no, eso sólo nos valdría para enmerdar más la memoria del baloncestista y ya hiede bastante; ¿por qué conformarnos con un acuerdo rácano si podemos sacar otro más provechoso? El policía empezaba a impacientarse, joder, Ricardo, suéltalo ya, pareces una tía estrecha, ¿en qué coño estás pensando? Metáforas al margen, me cogió por sorpresa su arranque de ira, y casi boto el café sobre la mesa, hubiera sido un alivio porque no había quien se lo bebiera, lo siento, hombre, es sólo una idea suelta que esperaba amarrar con una suya, quería saber si ambos llegábamos al mismo sitio, pero parece que cada vez nos alejamos más; verás: la vecina ha declarado que las muchachas siguieron visitando a Travieso en febrero, marzo y abril, pero ahí no se reflejan las llamadas, ¿por qué?; la única explicación que encuentro es que Lucas encontrara otra forma de conseguir sexo rápido y limpio—si puede llamarse limpia a esa manera de ligar—; hablo de otra forma más atrayente, algo así como subir la dosis de la emoción. Álvarez empezó a jugar en mi equipo, se le iluminaron los ojillos, ¿quieres decir que Travieso se cansó de pagar por las tías y decidió conectarse a Internet o llamar a la radio? Y yo, por ejemplo, o puede que más fácil, quizás simplemente decidió responder a un anuncio.

Era sólo una intuición, pero me propuse seguirla hasta el fondo. Esa tarde visitaría *El Perpetuo Socorro*, la clínica donde trabajaba Carlos Ventura para tener una charla con sus compañeros. De Mario Bermúdez apenas tenía las borrosas impresiones que me había dejado Lola cuando me contrató, así que creí que la suya era una calle sin salida. A veces, uno cae en sus propias contradicciones: acababa de lavarle la cara al inspector Álvarez con lo del pacto provechoso y esas zarandajas y, al minuto, voy y me conformo con la primera negociación rastrera que me ofrecen. Yo no lo sabía entonces, claro está, pero si hubiera ido primero a ver a Lola me hubiera ahorrado alguna situación más que desagradable. Tras un ligero almuerzo, un café de verdad y la ducha que llevaba postergando desde la noche anterior, me encaminé a la clínica a ver si descubriría algo que se le hubiera pasado a la policía. Según las notas de Álvarez, habían interrogado a Íñigo Lozano, el mejor amigo de Ventura, y a Cristina Santiago, una ex novia a quien, al parecer, le había puesto los cuernos con una

bailarina de *puticlú*. Todos contaron la feria según les fue: para Íñigo, Carlos era un pan bendito; Cristina prefería no hablar de él, estaba muy afectada porque, a pesar de todo, estuvieron algunos meses juntos. Los agentes se contentaron con sus declaraciones, no parecía que esos dos tuvieran nada que ver en el asesinato y no era cuestión de joderles la marrana sin motivo. Era absurdo, por mi parte, volver sobre los pasos de la investigación, pero quise darles la oportunidad de una rendición digna.

Sin embargo, Íñigo Lozano y Cristina Santiago se pusieron chulitos y se aferraron a su primera versión, se limitaron a responder lo mismo, ya conté lo que sabía a la policía, no puedo decirle más, no tengo ni idea de qué pudo pasarle, déjenos en paz, quién se cree usted que es, *etc.* Yo intenté explicarles que cualquier cosa, por mínima que fuera, podía valernos; que no lo hicieran por mí, que al fin y al cabo soy un simple investigador, pero no más, que pensaran en el próximo cadáver. A Lozano lo intenté acojonar con que él podría estar en el punto de mira, no sé si lo ha comprendido pero usted cumple los requisitos: es varón, soltero, vive solo, ¿no tiene miedo?; ¿y yo?, yo también, sin duda que tengo miedo, por eso mismo estoy interesado en zanjar cuanto antes este condenado misterio. El enfermero ni se inmutó. Mantuvo el tipo como el mejor duelista del oeste, sin pestañear. Luego meneó la cabeza de un lado a otro y respondió, lo siento, no tengo nada más que decir, me espera mucho trabajo en urgencias, discúlpeme. Me sentí abandonado, igual que el mendigo decrepito y hediondo que habitaba, por aquella época, el zaguán de mi casa; por más que pedía el hombre, con su boca despejada de dientes, para salir del paso, decía, para comprar un poco de comida, decía, para alimentar a unos hijos, sin duda inexistentes, decía, y la gente lo miraba sin verlo y se encogía de hombros y se echaba mano al bolsillo, en gesto de falsa pesadumbre, caramba, ahora no tengo suelto, lo lamento, otro día. Para otro día responder lo mismo.

Me di una vuelta por los pasillos de la clínica. Pretendía dar tiempo a asentar el plan alternativo. El plan alternativo era, ni que decir tiene, el de la desesperación, el último argumento. Iba a enfrentarlos en un careo, iba a ponerlos a prueba, iba a jugar a tocahuevos con la auxiliar de radiología y el enfermero. Y media hora más tarde volví con mi estribillo machacón y le dejé caer a Cristina, simulando mirar unas notas que jamás escribí —no en este caso—, verá, señorita, Íñigo Lozano afirma que Ventura era un tipo magnífico y, según él, aunque es cierto que no lo ha dicho con todas las palabras, la cosa empezó cuando usted lo abandonó; afirma que nunca fue en serio con Carlos y se agarró a lo de la despedida de soltero y la bailarina para dejarlo en la estacada, ¿es cierto que ya estaba enamorada de su actual novio? Y a Íñigo le insinué, observando una página totalmente en blanco de mi cuaderno, no sé si lo sabe pero Cristina Santiago le contó a la policía que Carlos había cambiado desde que se juntó con sus amigos, sobre todo con usted, que es algo mujeriego, ¿es verdad que lo llevaba de putas aprovechando las guardias de su novia?

Fue mano de santo. Pero de santo arcángel vengador. Se levantó una tormenta tal entre la planta de radiología y la de urgencias que los cimientos del *Perpetuo Socorro* temblaron, ¿que el hijo de puta ha dicho eso?, ¿que la cabrona esa me ha inculpado?, pero si hasta me echó los tejos a mí siendo novia de Carlos, pero si la tía no se enrollaba nada en la cama, que me lo contó él casi llorando, pues pregúntele al capullo de Íñigo quién le metió al pobre Carlos la manía de los anuncios en la cabeza, pues pregúntele a esa estirada por qué tuvo que recurrir a lo de los contactos, espere que ahora bajo a decirle unas cuantas verdades a ese marica, espere que acabe la guardia y va a ver esa tipeja quién es Íñigo Lozano, la puta de su madre. El problema, cuando uno abre la caja de los truenos, es volver a cerrarla. Y yo no tenía tiempo de quedarme a ver qué pasaba, ya había descubierto lo que quería.

Las piezas empezaban a encajar. Cristina e Íñigo confesaron a dúo la repentina afición de Ventura por la *Línea Confidencial*, una página de contactos telefónicos en los que chico busca chica, chica busca chico, chico busca chico, chica busca pareja, pareja busca chica para hacer trío y así hasta la extenuación. El periódico llevaba anunciándolo desde hacía unos meses y, a tenor del incremento informativo que supuso —de media página los fines de semana había pasado a una entera diaria—, aquello era un negocio floreciente, lo que iba a dificultar grandemente nuestra labor. Aún faltaba un detalle. Al llegar a la oficina, telefoneé a Lola. Estaba algo intranquila porque no sabía nada de mí desde el fin de semana y había estado tratando de localizarme. Desconocía que Mario Bermúdez le diera al teléfono erótico. Jamás había hablado de eso con él. Pero de lo que no cabía duda era de que Bermúdez leía todos los días *La Provincia*, en la cafetería donde desayunaba, creo que se lo conté, sí, precisamente la primera vez que hablé con Mario fue a cuenta del periódico, ¿recuerda?, yo estaba buscando si habían publicado mi anuncio para cuidar niños; y ahora que lo pregunta, don Ricardo, juraría que ese día él, o alguien, había marcado con un círculo una de las noticias, no sé decirle cuál ni si se trata de la *Línea Confidencial* esa, pero es cierto que había varios redondeles en una de las páginas, siento no poder decirle más, pero ¿qué tiene que ver eso con su muerte?

Le resumí la historia, y tú ya no te preocupes, mujer, la policía ha dejado de buscarte, anda detrás de otra pista que parece que tiene que ver con un anuncio, he hablado con quien lleva el caso y no tienes nada que temer, ya te informaré de lo que resulte, ¿de acuerdo?, ¿la factura?, descuida que te la pasaré, de eso no te has librado, ¿cuánto?, ah, cuándo, pues cuando resuelva el caso, por supuesto, ¿qué crees?, ¿que te voy a cobrar si no doy con el asesino?, ni hablar, yo cobro por resultados no por horas, ya hablaremos.

Soy un obsesionado de la verdad, pero adoro cierta clase de mentiras. Sobre todo, aquellas que no hacen daño a nadie. Me hacen sentir mejor persona. A Lola no podía clavarle una nómina como si fuera un cliente común, la pobre muchacha llegaba a fin

de mes como quien llega a la cima de un barranco y no iba a ser yo quien le diera el último empujón. Al final, iba a tener razón Malena con lo de que soy un sentimental. Celebré el primer paso en firme de la investigación llamándola para invitarla a cenar. Pero no la encontré. Al parecer tenía un compromiso anterior con los compañeros de trabajo. Eran los inconvenientes de una relación tan audaz, tan espontánea como la nuestra. Así pues, tenía la tarde libre. Despedí a Inés, cerré el despacho y me fui a la playa. Para ser más preciso, a una esquina de la playa. A la esquina de Colacho Arteaga. A ver cómo le había ido el día a mi abuelo.

Lo encontré como siempre cara al mar. Absorto en pensamientos que parecían llegarle de otro tiempo. Retrepado sobre el cajón, aún sin abrir, donde guardaba sus avíos de calafate. Al lado de una barca a medio restañar. En La Puntilla. Y, como siempre, me sintió llegar, qué hubo, Ricardillo, ¿vienes a ver si heredas esta tarde?

—Mira que eres bruto, jodido.

—...

—Además. Yo sólo protejo mi inversión.

—Pues mal lo llevas, porque voy a donarlo todo a la cofradía de pescadores de La Isleta.

—Buenooo. Cuando te toque morirte, no habrá ni cofradía ni pescadores. Y reza porque haya Isleta. ¿Vengo en mal momento?

—Nunca es mal momento para recibir setenta mil duros setenta mil veces.

Colacho Arteaga estaba escocido. Le había visto el rabo al diablo y no le habían gustado ni el sitio ni el momento. Se frotaba las manos, huesudas y pardas del sol, y miraba a la línea en la que se juntan mar y cielo como pidiéndole una aclaración. Pocas veces lo había visto así de desolado. Me enrosqué en su brazo, ¿has comido algo?, ¿quieres que vayamos a cenarnos un chuletón de buey al Argentino? Él apretó su codo contra el cuerpo hasta casi hacerme daño. Luego, lentamente, acaso avergonzado por ese gesto débil para un hombre tan recio, lo aflojó, pero lo dejó estar, ¿un chuletón?, ¿tú quieres terminar lo que empezó el doctor anoche?, sabes bien que no ceno. Era cierto. Colacho Arteaga tenía la filosofía británica de desayunar como un rey, almorzar como un príncipe y cenar como un mendigo. Yo no la había heredado. Apenas desayuno más que un café amargo y como lo que me cuadra a cualquier hora. Pero vendo mi alma al primer prestamista por una buena cena. No moriré de viejo, lo sé. Le propuse una opción diferente, vámonos a otro sitio donde tengan variedad, tú podrás tomarte una ensalada o algo de verduras, que seguro que llevas todo el santo día en ayunas, y yo cumpliré religiosamente con mi estómago. Acabamos en *Il Maccaroni*, una tasca italiana del paseo en la que sirven una deliciosa pasta *al dente* con salsa de langostinos. Colacho no habló mucho en los entrantes. Y yo lo dejé estar. Cuando llegaron mis ravioli, les echó un vistazo regañado, puaj, como sigas por ese camino voy a ser yo quien me quede con tu casa y

tus muebles, me va a gustar hacerme con esa famosa colección de discos de *jazz* de la que tanto presumes. Probé el primer bocado de mi plato, yo sólo presumo de abuelo, ya lo sabes, mmm, joder, qué cosa más rica, deberías probarlo, por esto vale la pena morir. A Colacho se le tiñó el semblante, bueno, ¿por qué no cambiamos de rumbo?, ¿no sabes que, en la mesa, es de mala educación hablar de dinero y de muertes?

Reconozco que yo tenía ganas de guerra, no jodas, Colacho, no irás a decirme que con esos pelos aún le tienes respeto a la muerte, yo te hacía ya tuteándola. El viejo dejó los cubiertos sobre el plato, se limpió con la servilleta y me miró, sí que la tuteo, y hasta le río sus chistes, que menuda gracia que hacen; no es a ella a quien le tengo miedo sino a una prima hermana suya, la vejez, muchísimo más puta y jodelona; lo de anoche fue una indisposición sin más alcance, pero es un síntoma; he visto otras veces lo que hace la edad y eso no es ningún chiste, empiezas por olvidar dónde dejaste las gafas y acabas no reconociéndote ante el espejo, ¿qué piensas hacer cuando vengas a verme y te llame Cristóbal y te mee en los zapatos y te pregunte cómo anda tu abuelo?; no, m'ijo, no temo morir esta noche ni mañana, lo que me asusta es precisamente lo contrario: durar demasiado.

Se me agotaron las bromas e, incluso, el hambre. Me quedé sin saber qué responderle. Estaba preparado para ver derrumbarse a cualquiera, excepto a él. Aquel anciano era mi héroe. Recuerdo que, de niños, todos jugaban a ser futbolista, a ser astronauta, a ser actor de cine para besar a Kim Novak que era lo más grande con lo que uno podía soñar. Yo quería ser Colacho Arteaga. Estaba seguro de que, siéndolo, pisar la Luna y besar a Kim Novak, sólo sería cuestión de tiempo. Mi abuelo notó el descosido que le había hecho a mi espíritu y recogió velas, tampoco es para poner esa cara, con uno en la familia que esté asustado basta y sobra; te necesito entero para que me ayudes a amarrar el barco, recuerda que el único noray que tengo eres tú. Me rehíce al instante. Más por él que por mí. Simulé una sonrisa, a buen árbol te vienes a arrimar; además, tú no usas gafas, no podrías perderlas, y tienes una memoria de elefante, por eso acudo a ti cada vez que necesito recordar algo; y ni de coña te vas a morir: mala hierba nunca muere. Y él, volviendo a sus verduras salteadas, por cierto, ¿cómo anda el asunto del asesino de solteros?, ¿tienes algo que valga la pena?

Jamás había sentido tanta ansiedad por hablarle de un caso a mi abuelo. Todo con tal de dejar atrás la antipática charla del Alzheimer. Me regodeé en los detalles más nimios, lo bonita que era Lola, mi inhabitual cliente, las presiones políticas que estaba recibiendo Álvarez, mi nuevo *socio*, la cara que me pusieron la ex novia y el amigo de Carlos Ventura cuando los eché a pelear. Tardé lo que los postres, el café, una copa y hasta un puro que pedí para celebrar mis progresos en aquel turbio asunto. Colacho se asombró de los nuevos métodos para ligar, manda cojones, tanta tecnología y tanto avance científico y uno necesita matricularse en un curso para

echar una vaina, en mi época había mujeres que te ayudaban a rascarte cuando te picaba, las llamábamos putas, *señora puta*, cuando tú eras muy joven y la dama había renovado un par de veces el carné, que un respetito es muy bonito, cuanto más en cama ajena; además, qué coño es eso de chico busca chico, adónde vamos a parar, carajo, lo que me faltaba por oír; espero que esa terca soltería tuya no acabe en algo así, a ver cómo les explico a los compadres del *casinillo* que mi nieto encontró a la madre de mi bisnieto en una página de contactos.

Me preguntó si tenía alguna suposición, lo de la *Línea Confidencial* no acababa de encajar en sus esquemas. Le contesté, la verdad, Colacho, todas las hipótesis nos sirven, pudo haber sido cualquiera: un marido frustrado, un novio desengañado, una chiflada o una pareja de perturbados que se anuncian como matrimonio feliz, pero insatisfecho, busca hombre solitario para formar barullo, anda tú a saber, puede que fueran ellos los que se anunciaban, lo único que parece claro es que el asesino llegó a los tres por medio de la página de contactos del periódico. Colacho arrugó la nariz, qué cosas, ¿verdad?, porque, por lo que me cuentas, eran hombres normales, hombres sin taras, hombres a quienes no les costaría salir una noche a un bar y conocer a una buena chica con quien empatar, el mismo deportista, al que se cargaron por último, era un tipo por el que las mujeres se pelearían, ¿en qué pensaban cuando se metieron en una historia tan descabellada?

Le di una calada larga al palmero y dejé que el espacio entre nosotros se llenara de un humo plomizo y gris. Cuando se disipó la niebla, le hablé de los nuevos tiempos, de las formas de relación que se habían impuesto a raíz de un estilo de vida huidizo y vertiginoso, sabes qué pasa, Colacho, que la gente cada vez tiene menos tiempo para los demás, es tan triste como suena, el poco rato en que se libera de sus horarios, de sus preocupaciones, de sus compromisos, los ocupa en ver la televisión, ir al cine, escuchar música, viajar por Internet, cualquier faena que no requiera pensar mucho; porque, si piensa, llega a la conclusión de que vaya mierda de vida que lleva; el problema es que no hay tiempo para la conquista: salir a un bar, conocer a una chica, que la chica te guste, que tú le gustes a ella, buscarse afinidades, hallar una pizca de compatibilidad, desechar impurezas de carácter que puedan mandar al traste la relación, todo eso exige un tiempo y un esfuerzo que muchos no están dispuestos a derrochar, entonces buscan fórmulas más cómodas, rápidas, asépticas, en las que puedas llegar sin tantos rodeos al meollo porque, claro, es lo primero que vendes en el anuncio: buenas, soy así, quiero una mujer así, me gusta esto, no quiero esto otro, abstenerse malos rollos, ¿entiendes?, te ahorras un montón de papeleo, es, como decirte, amor (o como quiera que lo llamen) a la carta; la leche, yo conozco parejas que se han conocido de esa forma y hoy son felices, ¿tú recuerdas a Chago Lemes?, ¿eh?, sí, el hijo del que tenía la administración de lotería, ese Chago, pues se casó hace un par de meses con Luz Marina, una chicharrera encantadora a la que descubrió

en un anuncio, ella estaba hasta la gaita de aguantar borrachos majaderos por las noches y se decidió por una revista de contactos personales, ¿eh?, no tengo ni idea de lo que puso, me pareció de mal gusto preguntárselo, joder, qué quieres, el caso es que Chago le respondió, quedaron en verse un sábado a mediodía en una cafetería, él llevaría un periódico y ella una bolsa de *Cortefiel*, nada de rosas rojas ni cursiladas de ésas. Y se gustaron, Luz me contó una noche que ella se había puesto una única condición para aceptar al hombre, y era que se le notara nervioso, no quería un tipo duro, seguro de sí mismo, le pareció que era mala señal, prefería a alguien un poco más sufrido; el caso es que a Chago, mientras esperaba, se le cayó la cerveza y se manchó todo el pantalón y no paró de moverse porque estaba incómodo; claro está, ella no sabía lo de la cerveza, pero gracias a ese tropiezo tan estúpido, ahora son un matrimonio que ya quisieran muchos, y así se escribe la historia de amor moderna.

A Colacho no le convenció mi alegato. Era un hombre de los de antes, entero y cabal, con pocas normas morales, pero muy arraigadas. Por eso, entre otras cosas, me gustaba. Por eso lo admiraba. Y lo quería. Hasta el pomo. No tenía dobleces. Volvió a negar con la cabeza, pues, qué te digo, Ricardillo, visto lo visto, no sé si me va a apetecer vivir tanto como quieres. Yo intenté tranquilizarlo, no te preocupes, nadie te va a obligar a jugar a eso, no todo el mundo entra por el aro, mírame a mí, ¿por qué crees que colecciono discos?, es un buen sucedáneo de la línea erótica, y creo que más barato. El viejo agarró al vuelo mi descuido, por cierto, nieto, ¿qué tal andas de chicas?, desde aquélla que te dejó las huellas en el pecho, la del caso del pijo, ¿cómo se llamaba?, Maracha, eso, Maracha Manrique, la sobrina del político, pues después de eso, no se te conoce mujer, ¿sales con alguien?

Me hice el remolón para contarle mi última y breve historia, pues hay alguien, viejo, alguien que me interesa *ma non troppo*, es un asunto sin complicaciones, sin mucho riesgo, Malena, se llama Malena, trabaja en la Caja Postal, es interventora, muy guapa, bueno, a mí me gusta mucho, la conocí en el gimnasio, ¿eh?, no, yo no voy a un gimnasio, descuida, no voy a deshonorarte aún con eso, es Malena la que va al que está debajo de casa, un día tropecé con ella cuando entraba y hasta la fecha; la mujer no quiere exceso de perspectivas, le gusta vivir al día y yo, por ahora, no puedo permitirme mucho más, así que podría hablarse de una simbiosis.

—Conque Malena, ¿eh?

—Sí.

—Qué jodida manía tienes tú con las mujeres que empiezan con *eme*: Maracha, Malena, ¿no hubo una Marta en tu juventud?

—¿En mi juventud?, cacho cabrón, ni que fuera un vejestorio. Pero sí. Hubo una Marta. Marta Elena *la Chata* la llamábamos. Ahora vive en Londres, según mis últimas noticias. Joder, ¿cómo coño te puedes acordar si yo la había olvidado?

—Uno que se fija.

Durante el trayecto de regreso no me pude quitar de encima la conversación. Estuve dándole vueltas a lo que dijo el viejo de la *eme*. ¿Y si fuera una pista? Sería gracioso que, igual que *El Zorro*, el asesino dejara su marca en el lugar del crimen. Llegué a casa a eso de las once y media. Era tarde pero no hubiera podido dormirme sin quitarme ese peso. Llamé a Inés a su casa, ¿Inés?, chica, perdona la hora, pero es algo urgente; acabo de caer en una cosa, a ver si puedes echarme un cable, verás, en la casa de Carlos Ventura, el segundo cadáver, sí, había algo extraño que me recordó a ti, no, mujer, no eres sospechosa de asesinato, qué más quisieras tú, con lo novelero que es eso; bueno, se trata de la decoración, resulta que los objetos formaban, sobre las mesas, en el aparador, en todas partes, lo que parecía una *eme*, tú haces lo mismo en el despacho, lo que ocurre es que lo tuyo no es una *i*, sino una especie de *pe*, ¿me equivoco?, lo digo porque tal vez no tenga que ver con los nombres.

Inés recobró el ánimo. Si la había cogido dormida, se recuperó al instante. Para ella era una aventura y así fue como comenzó a contarme con pelos y señales los nuevos rumbos del diseño de interiores. Parece ser que se había puesto de moda personalizar la decoración de las casas, qué anticuado estás, Ricardo, pues hay quienes utilizan un mismo material para todos los complementos (porcelana, caoba, metacrilato, papel maché) o quienes compran todo de un mismo diseñador o quienes, como yo, y por lo visto el asesino, no tenemos mucha pasta para tales virtuosismos y nos contentamos con la manera de colocar las cosas, lo aprendí en un curso de manualidades el verano pasado.

Lo de su *pe* se explicaba fácilmente, a quién se le ocurriría utilizar un nombre que empezaba por *I* para distribuir los objetos, qué ridículo, ¿o no?, los ceniceros y los jarrones en fila india como si fueran a iniciar un ataque. Ella, entonces, echaba mano de su otro nombre. Así, descubrí el segundo secreto mejor guardado de Inés después de su café: se llamaba, en realidad, Patricia Inés, como se te ocurra contárselo a alguien te doy una tollina de palos que te espabilo, y ocultaba el Patricia porque no le gustaba. Se lo pusieron en honor de una tía materna que se volvió loca de amor y acabó suicidándose. Desde aquel suceso, pasó a llamarse Inés a secas. Sin embargo, en el diseño de interiores le venía de perilla ese Patricia.

Aquél era un segundo paso. Acaso tan importante como el primero. Le agradecí a mi secretaria el auxilio prestado, te debo una, Inesilla, recuérdame que te suba el sueldo. Y ella, buenooo, no lo verán mis ojos, con lo tacaño que eres. Me despedí de ella y me entretuve un rato colocando los accesorios del salón en forma de *erre*. Luego, me fui a la cama a recuperarme de un día de lo más ajetreado.

Pero está claro que la dicha nunca dura en casa del pobre. Me había levantado de buen humor, con una sensación de bienestar que había olvidado, a pesar de una panza de burro monótona y fastidiosa que se instaló en el cielo. Me afeité mientras en la radio sonaba una soberbia versión de *Honeysuckle Rose* por Reinhardt y Grappelli de cuando actuaban con el quinteto del *Hot Club de Francia*. Me duché, me vestí, entonces era *Sweet Georgia Brown* lo que tocaban, y me dirigí a la cafetería de San Bernardo donde suelo tomarme el primer buchito de café. Allí me esperaba el revuelo habitual de cualquier bar a esas horas. Las conversaciones de siempre: fútbol, el último escándalo en la política canaria, el programa que dieron en la tele la noche anterior, aberrante, hubo un desnudo integral y todo. Siempre me ha parecido curioso que la parroquia se escandalice por ver un culo en la televisión y, sin embargo, pierdan el suyo por que una señora cuente con todo lujo de detalles la parte que más adora de su marido y lo que le gusta que él le haga por las noches. Pero esa charla no iba a cambiar mi humor. Yo aún creía que nada podría amargarme el día.

No contaba con las noticias de prensa. Abrí el periódico y me quedé de hielo. En un artículo, a doble página, venía una extensísima entrevista con el secretario del delegado del Gobierno, un tal Rojas Álamo, un impresentable y necio politicastro de tres al cuarto en busca de publicidad. Allí estaba, más ancho que Pancho, anunciando los esperanzadores avances en el caso del triple asesinato, cómo el asunto estaba en vías de aclararse, cómo la policía sospechaba que la clave de todo era la página de contactos personales de un conocido periódico, cómo los tres muertos habían tenido que ver directa o indirectamente con ese servicio. Hay que ser imbécil —o andar metido en política— para hacer una declaración de esa índole. El Rojas Álamo de los cojones se había cargado el caso, la honorabilidad de Lucas Travieso —los otros dos no tenían a quien guardarle ausencias— y mi mañana entera de una sola tacada.

Llegué a la oficina hecho un energúmeno. Gracias a Dios, Inés no había llegado aún porque tenía su día de bancos y cobros semanales. Agarré el teléfono con tanto ímpetu que casi lo parto en dos, y llamé a Álvarez dispuesto a mentarle a sus muertos pisoteados. Y me encontré al otro lado de la línea a un inspector más cabreado todavía que yo. Ni siquiera pude insultar a la policía, él lo hizo por mí. No me dejó meter baza, me cago en la puta que parió a Panete, el gilipollas de Rojas, será tolete, la hemos cagado, Ricardo, ese mamón nos ha delatado, te juro por Dios que como nos caiga otro muerto me lo traigo al calabozo y le estoy poniendo electrodos en los huevos hasta que se le salgan los ojos, mierda. En un caso así, de nada sirve desbocarse más que el otro. Así que me mordí la lengua y ejercí de moderador, a ver, Álvarez, ¿qué diablos pasó?, ¿cómo supo Rojas lo de los contactos? El policía se calmó un poco, lo más chistoso es que se lo dije yo, Ricardo, estaban dándome la

vara con que no teníamos nada, que la población iba a amotinarse y todo eso y les conté que empezábamos a ver la luz, que teníamos una pista que podía ser buena, ¿cómo iba a suponer yo que el subnormal ese iba a salir a la palestra con la confidencia?, acabo de hablar con el delegado y me jura por sus hijos que Rojas actuó por libre y que lo va a empapelar, vamos, ése no vuelve a salir más en la prensa hasta que le pongan la esquela, ¿y ahora, qué?, ahora qué sé yo, no tengo ni idea de por dónde tirar, chico.

Intenté calmar al inspector, bueno, en estas cosas nunca se sabe, lo más seguro es que el asesino esté ya sobreaviso, pero eso puede ser tan malo como bueno: malo, porque sabe que andamos tras él; y bueno, porque en una de éstas puede ponerse nervioso y cometer un error; nosotros tenemos que seguir a lo nuestro. Álvarez mudó el tono de su voz. Dejó de estar enojado para mostrar una sincera preocupación, vale, a lo nuestro, sí, pero estamos a miércoles, Ricardo, y si el asesino sigue su rutina de matar un viernes, tenemos sólo cuarentay ocho horas para evitar el cuarto crimen, el tiempo juega en nuestra contra.

En esotenía razón. El asesino había actuado siempre en viernes. Tal vez por manía. Acaso por superstición, otro rasgo más de fetichismo. O quizás simplemente porque es más fácil citar a la víctima esa noche. Hay más gente en la calle y puedes pasar desapercibido. Había que actuar deprisa. Hice una llamada rápida a Lola, le dejé una nota a mi secretaria y me tiré a la calle a seguir un presentimiento. La mañana había empeorado. No sólo en cuanto a las perspectivas sino en cuanto al clima. El cielo se había cubierto de nubarrones y había empezado a llover, un tiempo impropio de abril. Las Palmas se había disfrazado de Londres en un abrir y cerrar de ojos. Llegué al edificio donde había vivido Mario Bermúdez. Allí me esperaba mi joven clienta para darme las llaves del apartamento. Le pregunté cómo andaba y me contestó que más tranquila después de saber por el diario que estábamos sobre una pista buena. No quise desanimarla y la mandé de nuevo a casa, no sin antes asegurarle que no iba a destrozar nada en el apartamento y que entregaría las llaves en comisaría después de la visita. Entonces no sospechaba yo que no iba poder cumplir ninguna de las dos cosas.

Subí en el ascensor. Esquivé el precinto que acordonaba la puerta y entré. La casa estaba a oscuras. Las persianas medio echadas. Y todo parecía en orden. Álvarez me había relatado su experiencia con Santa Ana, el forense, en el cuarto de baño. Entré y encendí la luz. Olía a demonios, a azufre rancio. La muerte se había instalado allí y no tenía intención de abandonar el cuarto. En la bañera aún quedaban rastros del primer crimen, los azulejos celestes tintados con ramalazos de sangre, los pelos salteados, las toallas en el cestón. Todo parecía detenido igual que en un daguerrotipo. Detrás de la puerta, como había declarado Lola, había un colgador donde la muchacha dejaba su ropa al desvestirse. Ya en el salón, me fijé en la

disposición de los objetos y allí estaba, otra vez, la jeringada *eme* burlándose de mí. Pero no era eso lo que esperaba encontrar. La policía ya lo había inspeccionado todo, pero yo tenía una ventaja sobre ellos: sabía qué buscar. La cocina de Bermúdez era poco más que un trastero. Tenía una encimera pequeña y un fregadero de una sola boca en el que lavar los platos era harto complicado si medías más de metro sesenta. Las estanterías de la alacena eran muy bajas y apenas tenían vida: además de la loza, quedaban una lata de atún y otra de guisantes, un paquete de arroz abierto por una esquina por donde se escapaba un ejército de hormigas, otro paquete de azúcar por estrenar y una botella de aceite verde. En la nevera, estrecha como todo en aquel lugar, no había más que agua mineral, una lata de leche condensada sin abrir y una cajita de cuatro botellas de cerveza holandesa. El resto de la habitación era una mesa minúscula atornillada a la pared, con un taburete alto. Me imaginé al pobre tipo desayunando a solas cada mañana, apresurada y desganadamente, sin sentarse del todo.

Volví sobre mis pasos con el desánimo aprisionándome el pecho. La muerte nunca es justa. Siempre llega a deshora. Pero en el caso del representante de electrodomésticos era una cabronada de las gordas. El hombre vivía en la pura inopia, solo y desdichado. Su único delito, de haberlo tenido, habría sido racanear en las comisiones que cobraba a los clientes. Pero, una vez vista su *mansión*, estaba claro que ni siquiera en eso tenía suerte. Entré en el dormitorio a ver si se aclaraba el día, pero no mejoró mi impresión: en la mesilla de noche —no había espacio para más de una— dormitaban el teléfono, un par de libros que Bermúdez estaría leyendo a la vez, pues ambos contenían un marcador para señalar las páginas, un despertador, una caja de puros que contenía las pocas joyas que el muerto habría heredado —un anillo sin grabar, unos cubrebotones de plata, un alfiler de corbata dorado con un brillante, una cadena que parecía de oro— y, por último, un estuche de gafas de sol. El armario y el gabinete no escondían nada más que ropa, toda de hombre.

Regresé al salón. A la derecha había una mesa mediana con los aparatos de televisión y de música, ambos de gran calidad. Era probablemente lo mejor de la casa. Se explicaba por la profesión de Mario. Junto a la mesa, cerca de la puerta de entrada, había un paragüero de latón con un solo paraguas y tres bastones, uno que terminaba en una bola de marfil, otro con una cabeza de perdiguero y un tercero más viejo con mango de metal oscurecido. A la izquierda, un mueble de tres cuerpos ocupaba toda una pared. Los dos extremos del mueble servían de librería: allí se apilaban, sin mucho concierto, una pequeña colección de libros clásicos, comprados por catálogo, media docena de discos de vinilo, algunos portarretratos con fotos antiguas y un cuenco con flores aromáticas que ya habían perdido su olor original. El estante del centro servía de mueble bar: había un juego de copas de coñac, media docena de vasos largos y una botella de licor vacía de un cristal grueso y rugoso.

Estaba claro que Bermúdez leía a ráfagas, no bebía alcohol y tenía un pésimo gusto musical. De cualquier forma, a aquel salón le faltaba algo, algo que yo necesitaba encarecidamente para mantener vivo el caso. Casi había perdido la esperanza cuando, al dar la vuelta a la estancia, justo detrás de una columna, al lado de la butaca individual del tresillo, por fin lo hallé. Era de mimbre, con el asa de cobre y un horrible lazo azul añil de adorno. No recuerdo un revistero tan cursi en toda mi vida. Me agaché para revolver en él: había varias revistas semanales, alguna deportiva e incluso una erótica con una mujer exuberante, de opulencias desparramadas, en la portada. Y un periódico pasado de fecha, veintitantos de marzo. Allí podía estar lo que perseguía. Pero, si estaba, jamás llegué a verlo. Porque, al erguirme para disfrutar a mis anchas del hallazgo, una figura surgida de las sombras se revolvió a mi espalda. Fue lo último que recuerdo de esa mañana.

A media tarde me despertó el dolor. Abrí los ojos sin saber dónde me encontraba, como cuando uno tiene esos sueños oscuros y pesados y se levanta luego sin reconocer su propia cama. Tuve que acostumbrarlos a la penumbra, aunque no me sirvió de mucho porque no fui capaz de reconocer el salón de Mario Bermúdez desde aquella posición. Intenté incorporarme pero un daño lacerante en la cabeza me devolvió a la realidad. Volví a tenderme y me di algo de tiempo para recobrar del todo la conciencia. Ya sabía dónde estaba. Recordé que buscaba algún periódico viejo en el que Bermúdez hubiera anotado algo que pudiera serme útil. Recordé también haber encontrado *La Provincia* en un revistero espantoso con un lacito añil. Pero por lo visto alguien estaba muy interesado en que yo no llegara a echarle un ojo. No había otra explicación. Seguía en el suelo recordando, cuando me dio por pensar que yo también podía estar muerto. Me revisé la ropa buscando algún indicio de encajes femeninos, pero aún llevaba el atuendo con el que había llegado a la casa, sentí la tela resistente de mi vaquero, la humedad de mi camiseta y las inevitables arrugas de una vieja chaqueta de lino. Luego pensé que a lo peor al asesino no le hubiera dado tiempo de vestirme de dama de las camelias y que podía estar muerto de todas formas. Pero deseché la idea al instante. El dolor agudo de la nuca me volvió de nuevo al intentar enderezarme. Los muertos, es sabido, no deben de sentir más que una paz absoluta y yo estaba sintiendo, vaya que sí, un martirio colosal. Me eché la mano a la cabeza y noté un líquido pegajoso que me pringaba el pelo y me encontré una herida, encima de la oreja, del tamaño de mi dedo gordo. Miré el reloj, qué cosas más absurdas le preocupan a uno cuando vuelve a la vida, y eran las seis de la tarde. Lo de la tarde lo deduje por la luz que se colaba en la estancia a través de las rendijas de las persianas. Así que, suponiendo que no hubiera transcurrido más de un día — algo imposible porque me hubiese desangrado como un cerdo—, llevaba unas siete horas inconsciente. Me alivió saber que nadie se habría preocupado aún por mí, podría ir a que me curaran la herida sin alertarlos. Llamaría a Pancho Viera, un

matasanos sin diploma ni licencia a quien recurría en momentos como aquél. La última vez que lo fui a ver fue a cuenta de unos coscorriones que me llevé de unos matados a quienes intenté separar. Estaba con Maracha Manrique y creo que lo hice para impresionarla. Si iba a ver a Viera, estaría de vuelta en casa para la cena y nadie notaría mi ausencia. Al día siguiente las cosas se verían de mejor color.

Me levanté a duras penas. Me apoyé en la columna. Busqué el equilibrio que necesitaba para dar unos pasos sin marearme. A simple vista, el salón de Mario Bermúdez estaba como en la mañana. Sólo habían movido uno de los bastones del paraguero, el de cabeza de perro perdiguero, que ahora yacía a mis pies. Junto al garrote, encontré mi cartera. La habían abierto y examinado, pero no faltaba nada. Quien me dejó el recuerdo en la oreja —iba a tener serios problemas para usar gafas durante un tiempo— no estaba interesado más que en aquel periódico. En el dormitorio todo seguía igual. No había señales de que lo hubieran registrado después. Pero, al entrar en el baño a echarme un poco de agua, mi impresión fue distinta. Las cosas estaban en su lugar y sin embargo había algo diferente. Al principio no caí en la cuenta, aturdido aún por el porrazo que había recibido. Salí del cuarto, secándome las manos, con el convencimiento de que algo no cuadraba. Volví a entrar a dejar la toalla. Y lo noté en seguida. Ya no había olor a azufre. No con la intensidad del mediodía. Olía a perfume. A una esencia cálida y amanerada, como a madera. En las demás estancias no se notaba porque no había otro olor con el que combatir. Pero en el cuarto de baño, se produjo una lucha ostensible entre el hedor a muerte y el aroma a madera sin tratar. Al día siguiente descubrí, gracias de nuevo a Inés y a dos horas en las que castigué a mi nariz a aspirar una fragancia tras otra en la perfumería donde ella compraba, que la colonia se llamaba *Opium*. Pero lo que era evidente ya desde la tarde en que casi me matan era que se trataba de una colonia de mujer. Y eso le daba al asunto una perspectiva inédita.

Encontré a Pancho Viera donde solía cuando no estaba de guardia: en uno de los antros de putas que crecen a lo ancho del puerto. Al verme aparecer con aquella facha —desgreñado, la ropa arrugada y rastros de sangre por todas partes—, en vez de sorprenderse, dibujó una sonrisa de oreja a oreja, joder, Ricardo, tío, aguardo el día en que vengas a verme sólo por cortesía, anda para acá, que voy a presentarte a mi prima. Pancho estaba en la barra, pegado a una muchacha pingona que mascaba chicle desafortadamente, chorreaba rímel barato y apestaba a pachulí. La chica lanzó una carcajada estridente que resonó en el tugurio como un petardeo. Pancho estaba aún sereno para lo que acostumbraba cuando no andaba remendándole la figura a algún camorrista o algún matón del amarradero. Me servía. Incluso borracho, el doctor Viera era el mejor, un verdadero artista tapando agujeros. Además, se conocía de memoria las regiones más oscuras de mi cuerpo porque ya había escarbado en él en varias ocasiones para recomponérmelo. Hubiera podido hacerlo con los ojos

vendados. Hube de tomarme una copa con él y con su *prima* antes de que se dignara atenderme. En sus horas libres tenía toda la pachorra del mundo y se le iban las horas contando historias de los buenos tiempos. En el estado en el que me encontraba, cada segundo era un suplicio y, por si fuera poco, el whisky tenía gusto a meados de gato, pero me lo tomé sin protestar, todo con tal de contentar al flamante doctor Viera. Cuando la luz del día se marchitaba, llegamos a su consulta. Era un apartamentito de un par de habitaciones —la mayor servía de cuarto de curas y, la otra, de sala de espera—, cocina americana y baño microscópico. Allí me mandó desnudar de cintura para arriba y tenderme boca abajo, no te apures, te respetaré, je, je. Me echó media botella de un líquido incoloro que me hizo ver las estrellas y me lavó la herida, venga, no lloriques, que eres un quejica, esto no es más que agua imantada. Y yo, medio inconsciente, anda al carajo, Pancho, si tuvieras madre, me cagaría en ella. Y él, hombre, como tener, tener, supongo que la tuve, pero jamás me la presentaron; y tú no hables, desagradecido, que te abren una coneja como el Barranco de Guayadeque y no te quejas, y yo te hago el favor de cerrártela y no paras de llorar, coño, mmm, mira, mira, no te muevas ahora, msí, ya está, perfecto, esto es igualito que la isa aquella de la vara de mimbre y el culo, tal vez no quede bonito, pero quedará seguro, ¿quieres vendaje discreto o tienes intención de avivar algún fueguito?, bueno, ahora te vas a casa, te mandas un par de aspirinas y yo en tu lugar me tomaba el resto de la semana libre, ¿eh?, ya, ya sé que tienes trabajo, *yeimsbón*, sigue así, pensando que el mundo se va a parar si no cumples con tu misión y ya verás lo que te dura la cabeza en su sitio, que eres igual que las hienas, tío, con lo que comes, lo poco que follas y lo que te quieren los demás, no sé de qué carajo te ríes; en serio, no entiendo cómo te juegas el pellejo de esta manera, pero tú verás.

Salí de allí, escocido, con tamaña filípica de mi amigo Pancho y un pequeño apósito sobre la oreja, menos llamativo que un vendaje completo, que era lo que quería hacerme él para potenciar mi encanto, es lo más sexy, te lo juro, las tías se te derretirán, como te lo cuento. Llegué a casa sobre las diez y media. Por suerte no me encontré con nadie conocido. Me deprimen las explicaciones. Me desnudé y entré en la ducha para acallar la fatiga a golpe de agua caliente. Mientras me caía el agua, le di vueltas al incidente en el salón de Bermúdez. Me había dejado coger desprevenido como un pardillo. La agresora me sorprendió en un renuncio y ahora iba a ser muy difícil continuar con la investigación. Por lo pronto, algo era seguro: no nos enfrentábamos a una psicópata imprevisible y desquiciada que odiaba a los hombres por sistema. Podía haber acabado conmigo sin problemas, un par de trancazos más con el bastón aquel y ni Pancho Viera me hubiese recompuesto. Sin embargo, no lo hizo. No. Su rencor estaba centralizado en un único tipo de hombres: los que ponían anuncios o los que respondían a ellos. Por alguna razón, ciertamente algún tipo de venganza, se había propuesto cargarse a todos los que pillara. Y, para impedir que

siguiera con su siniestra represalia, tendría que hacerme pasar por alguien interesado en ese negocio.

El problema era que, ahora, la asesina sabía quién era yo. En la cartera abierta se hallaban mis documentos de identificación junto a las tarjetas y a una foto en la que estaba con Colacho Arteaga, delante de unos vasos chatos de vino y un plato de pescaditos fritos, en una terraza de la playa. La mujer invisible la examinó, pero no tocó nada; sólo me rateó *La Provincia* y se marchó por donde había venido. Aquel diario era importante. Me iba a obligar a darme un salto a la hemeroteca a indagar qué le preocupaba tanto como para arriesgarse de aquella forma volviendo al lugar del crimen. Cuando salí del baño, me di cuenta de que tenía tres llamadas en el contestador: una era de Inés, que quería saber si la información que me había pasado me había servido; la segunda era del inspector Álvarez, mosqueado porque no había sabido de mí en todo el día y necesitaba hablar conmigo; y la última de Malena, ¿dónde estás, mi cielo?, te he llamado cien veces, a ver si te compras un móvil de una puñetera vez para localizarte, siento la colgada de anoche pero tenía un compromiso soso con la gente del banco, qué coraje me dio porque, no te pongas tontito, pero me hubiese gustado más salir contigo, si llegas pronto dame un telefonazo y nos vengamos esta noche, ¿vale?, un beso grande.

Sólo respondí a la tercera llamada. No me apetecía andar discutiendo con Álvarez o cotilleando con mi secretaria. Estaba roto por varios sitios y me dolía, sobre todo, el orgullo. Estuve tan cerca de llegar a algo y ahora el caso volvía a oscurecerse. Necesitaba que Malena me dijera algo bonito para adecentar el día. Me respondió una voz adormilada, borrosa. Se había quedado frita en el sillón viendo un programa estúpido de la tele. Me disculpé, lo siento, Malenilla, acabo de llegar y ha sido un día horroroso, ¿por qué?, ya te contaré mañana, y pasa que tenía ganas de escuchar una voz conocida, aunque no sé si la tuya me sirve porque pareces sonámbula, anda, sigue durmiendo, ¿qué?, no, bien, en serio, sólo un poco *herido de sombras por tu ausencia* estoy, pero me meto en la cama y se me quitan todas las penas, quedamos para mañana, ¿de acuerdo?, vente después del gimnasio, sí, ya prepararé alguna cosa y abriremos una botella de Protos, bueno, otro beso para ti.

Cuando colgué, me sobrevino una intensa sensación de desamparo acentuada por el dolor de cabeza. Me tomé un calmante y me dejé estar en el sofá. Apenas podía levantarme para ir a la cama. Tenía razón el cabrón de Pancho Viera en su catilinaria: nada justificaba morir como un perro en un callejón oscuro. Pero la realidad era que yo no sabía hacer otra cosa. Un trabajo de oficina, de ocho a tres y vuelta a casa, con fines de semana libres y un mes de vacaciones, me hubiera matado igual. O peor, más lentamente, que es una forma de morir más puta. Lo había intentado. En un par de ocasiones acepté una ocupación de éstas y ni un solo día fui feliz. De hecho, podía haber seguido con Miguel Moyano en su empresa constructora y estaría forrado como

él. Pero no era lo mío. Por eso Miguel, quien por encima de todo es mi mejor amigo, me ofreció montar lo de la agencia de detectives. Fue en unas Navidades, lo recuerdo como si fuera ayer, que nos agarramos una cogorza de espanto. Miguel me miró a la cara y me lo soltó de golpe, Ricardo, sabes que te considero mi hermano, ¿verdad?, tú eres hijo único y yo sólo tengo a Luisa, que es una tía cojonuda pero a la que no le puedo decir lo que te digo a ti, ya sabes, cómo vas a contarle ciertas cosas a alguien que usa sostén y se desangra cada veintiocho días, qué grima, ¿no?; pues eso, tú eres lo que más quiero aparte de mi familia, y sé que no estás a gusto en esto de la construcción, te queda fatal el casco, a ver; así que voy a mandar al carajo la primera ley de los negocios, ¿cuál?, la de no asociarte jamás con un amigo porque, con mucha suerte, o pierdes el negocio o pierdes al amigo, y casi siempre las dos cosas; pues te voy a proponer algo: tengo un dinerillo apañado que me toca los huevos declararle a Hacienda, la madre que los parió a todos ellos, mangoneadores, y me he dicho a mí mismo, *mimismo*, ¿por qué no diversificas tus negocios?, lo he pensado bien, no creas que estoy mamado, bueno, sí que estoy mamado, pero esto lo pensé sereno, ¿cuándo?, hace ya tiempo que vengo dándole vueltas al asunto, lo he consultado con la parienta y a ella le parece bien, dice que así me libero de tu influencia malsana, sí, ella cree que me dejo llevar mucho por ti, cosas de tías; y, coño, por qué no, puede ser divertido tomar riesgos, sería la primera vez que un Moyano se dedica a algo que no sea levantar edificios, de modo que piensa en algo distinto, algo en lo que disfrutes y que cubra gastos, no se trata de hacerse de oro, algo simple, ¿en qué te gustaría currar?, decídetelo pronto por si me arrepiento con la resaca, seremos socios, yo pongo la pasta, no te pases, unos cuantos kilos, no más, y tú lo sacas p'alante, ¿qué necesitas?, un despachito y una secretaria, búscate un local no muy grande y yo te presto a una de las chicas que trabaja conmigo, así nos ahorramos otro sueldo.

De esa tajada insigne nació la Agencia de Detectives Blanco & Moyano. Los clientes, cuando llegan a la oficina y yo no estoy, suelen preguntar por el despacho del señor Moyano. Pero, aparte de eso, la empresa funciona. Miguel le paga a Inés y yo pago el alquiler y los demás gastos. Lo que resta es mi sueldo. Mucha gente piensa que no es bastante para cubrir las magulladuras y los sustos, pero a mí me alcanza. Peor es robar, que diría el limpiacoches de la Plaza de los Patos. Sin embargo, en noches como la de aquel miércoles me hubiera gustado ser ladrón de bancos.

El jueves salió el sol. A media mañana, me levanté baldado. Se me había pasado el efecto de los calmantes y tenía un coro de grillos serenateándome al oído. Me lavé la cara y los dientes con los ojos cerrados. No quise ni mirarme al espejo. Me hubieran dado ganas de volver a la cama y tenía muchas cosas que hacer. Lo primero era pasarme por la Biblioteca Pública a hojear periódicos caducados. Me calenté un café retinto en el microondas. No tenía ánimos para enfrentarme a mis contertulios de San Bernardo. Me abrasé la lengua. Derramé el café. Dejé a medias una tajada de pan con aceite y sal. Acabé de vestirme. Salí. Tomé un taxi hasta el centro, no me convenía conducir. Llegué a la biblioteca a las once y media. La sala estaba hasta arriba de estudiantes. Imaginé que sería época de exámenes. Me hice un sitio entre un chico de higiene relajada que olía a sudor y no paraba de sorberse la nariz, y una muchachita que estudiaba, por lo que decían sus apuntes, Derecho Mercantil. La chica no hacía sino mirarme de soslayo como si esperara alguna inconveniencia mía. Le sonreí. Me debió de salir una mueca imprecisa, entre sonrisa y lamento, porque arqueó una ceja y regresó al Derecho. Pedí los diarios de marzo. No me hizo falta mucho tiempo para comprobar que la página de relaciones personales del periódico la cambiaban con poca frecuencia. Supuse que la gente mantendría los anuncios hasta que alguien los respondiera y, luego, dejaría de pagarlos. Cada semana, se añadían uno o dos nombres a la lista. Seleccioné dos días entre el veinte y el treinta de marzo, asegurándome de que no se me quedaba nada atrás, y encargué al ordenanza que, por favor, me hiciera una fotocopia de cada.

Ocurrió, entonces, algo de lo más sorprendente. Cuando esperaba en un sillón del vestíbulo a que volviera el funcionario con las copias, sentí acercarse a alguien y sentarse a mi lado. Era la futura abogada. Bajó la cabeza y la voz, en un gesto coordinadísimo, perdona que te moleste, me llamo Marieta y estudio Derecho, no he podido evitar fijarme en ti, ¿eres extranjero?, pareces un poco perdido. Posiblemente la defraudé, no, me llamo Ricardo y soy de aquí. Ella contraatacó con todo su arsenal, y ¿te va lo de *chico busca chica*? Yo esquivé la andanada como pude, bueno, ejem, ¿Marieta?, Marieta, mira, soy periodista y estoy haciendo un estudio sociológico de la gente que se anuncia en esas páginas. Ella volvió a su flexión de ceja, le salía cojonudo, ya, okey, periodista, claro, ése es el problema, todo el mundo se *autoengaña*, por eso acaba recurriendo a los contactos por correo, ahora le dicen *chatear*, la manía de Internet; te digo una cosa, Ricardo, si empiezas con una mentira no encontrarás nada que valga la pena, ¿sabes lo que te digo?, lo sé bien, yo también me he anunciado un par de veces.

Ahora era yo el defraudado, ¿tú?, ¿tú andas buscando novio en los tablones de un periódico?, carajo, sí que está mal la cosa. Marieta se guardaba para el final una bala

envenenada, qué dices, hombre, yo ya tengo novio, y me va muy bien con él, no, lo que busco es alguien diferente con quien pasar un rato, ¿sabes lo que te digo?, charlar, tomar una copa y, si me gusta el tío, dejar correr la imaginación; el caso es que nunca me lo he hecho con alguien como tú, me gustas, me he fijado en tu culo y, de veras, me gustas. Me salvó la campana. Llegó, en ese momento, el bedel con las fotocopias y me dio tiempo a reaccionar. Se las pagué y volví al asiento donde estaba la estudiante, mi culo y yo te agradecemos el cumplido, Marieta, pero no deberías practicar deportes de riesgo, en serio, ¿te das cuenta de que yo puedo ser un mal bicho?, ¿y si te encuentras con un desequilibrado?; además, no puedes hacerle eso a tu novio, ¿cómo dices que te va tan bien y te enrollas con otros? A la muchacha no pareció intimidarla mi consejo, oye, tío, para sermones ya tengo con mi padre, ¿okey?, el que me gustes no te da derecho a meterte en mi vida privada, ¿sabes lo que te digo?, y yo sé distinguir lo que es mi novio y lo que son los otros rollos, es lo que llevan haciendo los hombres desde que el mundo es mundo y nadie se sorprende, pero lo hace una tía y es una puta o está como una cabra, menuda mierda; yo sólo te he hecho una proposición, la tomas o la dejas, y tan amigos, ¿okey?

Marieta se levantó, orgullosa y digna como ella sola, y se volvió a su lugar de la mesa de estudios. Si era capaz de controlar sus *okeys* y sus *sabes lo que te digo* sería una buena abogada. Tenía nervio. Casi daba calambre. Estaba convencida de lo que hacía. Quise volver atrás y disculparme, pensé buscar algún libro para recomendárselo, pero la vi charlar con una mujer alta y rubia, algo así como Kim Bassinger haciendo de Verónica Lake en *L. A. Confidential*, medias de seda, zapatos de tacón y gafas de concha negra, sólo faltó el pañuelo. Se sonreían y me miraban con descaro. Me hicieron sentir incómodo, viejo, ridículo. Luego Marieta volvió a sus asuntos. La mujer, sin embargo, no supo disimular su interés y siguió observándome por encima de sus gafas mientras fingía buscar uno de los tomos de la Enciclopedia Británica. Luego se perdió detrás de una estantería alta, no sin antes echarme un último vistazo.

El dolor de cabeza me recordó que tenía trabajo por hacer. Salí de la biblioteca y busqué una cabina para llamar a Inés. Empezaba a estar preocupada. La tranquilicé, he estado liado con el caso del triple asesinato, gracias a tu revelación he podido aclarar algunos puntos negros, ¿eh?, no, ahora no puedo hablar, tengo un poco de prisa, ya te lo contaré, ¿otros clientes?, ¿un asunto de seguros?, coño, ésos pagan bien, diles que sí pero dales largas, que ahora estoy de viaje y que si pueden aguantar a la semana que viene, ¿qué?, no, mujer, no creo que esté resuelto, pero hay que ganar tiempo, ¿y?, ¿me anda buscando ese policía amigo mío?, sí, ¿que me espera a comer?, ¿que lo llame?, muy bien, okey, ¿cómo?, no, el *okey* me lo acaban de prestar; escucha, llama a Álvarez a la comisaría y dile que lo espero en el *Café de Vegueta*, detrás del Mercado, a las dos y media, sí, explícaselo bien porque él no sale de sus

bochinches de Guanarteme y a lo mejor se me pierde, ¿estamos?, bueno, intentaré volver por la oficina esta tarde, si no, te llamaré luego, vale.

Estuve esperando por otro taxi, pero a esa hora estaban todos ocupados y el único libre pasó de largo, como si no me hubiera visto. Así que decidí ir caminando a la Caja Postal a raptar por un rato a la mujer más hermosa de Las Palmas. Por el camino, entré en una tienda de regalos y le compré unos sujetalibros de mayólica que vi en el escaparate. A Malena le encantaba la mitología, siempre decía que, en otra vida, fue Terpsícore, la musa de la danza: esbelta, jovial, ligera. Como ella. Por eso en ésta iba a un gimnasio y le gustaban tanto las guirnaldas. Elegí un obsequio que representaba a Pan tocando el caramillo de siete tubos a la sombra de un árbol, creo recordar que un pino. La dependienta se mostraba nerviosa. Comprobó varias veces la firma de mi tarjeta y pareció sorprendida de que la maquinista se la aceptara. Salí de allí con una extraña sensación de prófugo, de doctor Kimball, amenazado y perseguido. Mi Terpsícore-Malena estaba en una reunión de trabajo. Le escribí una breve nota y le pedí a su pasante, una chica muy mona con un leve problema de frenillo, una lástima, y exceso de maquillaje, que se la entregara. La chica mostró cierta sorpresa no sé bien si porque un tipo con mis trazas supiera escribir o porque conociera a Malena, pero disimuló y se perdió unos minutos por un pasillo ancho que estaba tras su mesa. Cuando regresó me pidió que esperara en otro despacho, uno luminoso y amplio con un ventanal desde el que se veía el mar, la *señogrita* Malena me ha dicho que la *espegre*, que *vendgrá* en seguida, ¿*quiere* tomar un *refresco*?, ¿café?, ¿té?

Yo no quería nada. Sólo sentarme, de cara a los ventanales, en el enorme y mullido sillón de cuero negro desde el cual Malena dirigía el mundo. Entre la calidez del asiento y una música envolvente que salía de un altavoz de la pared, debí de quedarme traspuesto, porque me sobresalté cuando la sentí llegar, hola, hola, preciosidad, qué contenta me hace que hayas venido a verme. Giré el sillón y allí estaba ella, elegantísima y sonriente, con un cartapacio bajo el brazo. Y allí estaba yo, cambadísimo y doliente, con un paquetito sobre el regazo, es para ti, mi cielo, pasé por esa tienda de Pérez Galdós que tanto nombras y no pude resistirme. Ella me miró con los ojos como platos, pero ¿qué te ha pasado en la cara?, ¿quién te ha hecho eso? Y yo, quitándole importancia, nada, chica, fue un tropiezo. Y ella, ya, con la puerta del armario que dejaste abierta. Y yo, ¿cómo lo sabes?, ¿eres adivina? Y ella, no, pero está claro, tienes la marca del pomo en el ojo; pero ¿tú te has visto? Y yo, pues no, no me he atrevido, ¿está muy mal? Y ella, ¿mal?, joder, ven a verlo al baño.

Entonces comprendí. Ahora me explicaba tanta extravagancia suelta. Con razón me aseguró Marieta que nunca se lo había hecho con un tipo como yo. Con razón — aunque en esto había algo más siniestro que aún yo no sospechaba — la mujer alta se me quedó mirando. Con razón pasó el taxi de largo. Con razón la dependienta de la

tienda de regalos comprobaba la tarjeta una y otra vez. Y con razón la pasante del frenillo desconjuntado, aunque en la academia le hubiesen enseñado a controlar sus emociones, se sorprendió tantísimo. No sospechaba que mi cara estuviera tan estropeada. Se me había corrido el hematoma casi hasta la nariz. Parecía un mapamundi: tenía la franja azulada de Croacia alrededor de mi ojo y un manchón rosado, tal que Bosnia, sobre el pómulo. Y la oreja de ese lado era una Eslovenia violeta. La otra frontera de la cara, la de la nueva Yugoslavia y Rumanía, sin embargo, era la misma de siempre. De modo que el espejo me devolvió a Jekyll y a Hyde en pleno proceso de mutación: uno me miraba desconcertado; el otro, desconcertante. Cuando salí, bastante abatido, Malena me tenía preparada una bolsa de hielo —se estaba convirtiendo en una experta enfermera—, siéntate un rato y ponte esto en la cara, ya no creo que te sirva de mucho, pero no te hará daño; y cuéntame, ¿qué coño pasó? Le conté lo ocurrido esquivando las partes más desagradables, sí..., y después alguien me dio un leñazo con uno de los bastones; el resto ya lo ves.

Malena se engrifó, coño, Ricardo, te ha faltado el canto de un duro, si te llega a dar con la punta, todavía estarían sacándote el perro perdiguero del cráneo; tú no me dijiste que estuviera saliendo con *cerocerosiete*, joder, yo no sirvo para esto, lo siento, a mí me gustan las aventuras, pero sólo las que te liberan algo de adrenalina, no las que te provocan un infarto. Intenté calmarla, mujer, no es para tanto, es un simple guantazo, fíjate, si fuera médico de guardia, también estaría expuesto a llevarme un palo de algún macarrilla, ¿y los taxistas?, ¿qué me cuentas de los taxistas?, ¿y los que trabajan en las farmacias de barrio?, si vamos a fiarnos de eso, uno no saldría de casa, pasa que alguna vez te toca un coscorrón en la rifa. Pero Malena no estaba por la labor, se notaba que no le había gustado ni pizca el espectáculo, y una mierda, ¿crees que yo me caí ayer de un guindo?, te he visto desnudo, ¿recuerdas?, y tienes más marcas que la burrita de Tejeda; menos en donde yo me sé, el resto de tu cuerpo es una diana; no, m'ijo, no, tú tienes demasiados boletos para ese coscorrón y yo no tengo agallas para esperar sentada a que te lo lleves. Me quité la bolsa de la cara y la miré con el ojo croata, con la pupila dilatadísima de Zagreb, ¿por qué será que huele a despedida?, mira, has visto muchas películas y ahora estás muy ocupada y yo he quedado con alguien para comer, esta noche hablamos, ¿de acuerdo? Ella no tuvo fuerzas para mirarme, se volvió al ventanal y se quedó como hipnotizada con el mar, dejando el vaho de su respiración contra el cristal. Luego, con voz muy baja, pero muy firme, me despidió, esta noche no sé si voy a poder, la reunión continuará hasta muy tarde, estamos planificando una campaña de verano para hacernos con clientes nuevos, ya te llamaré, adiós.

Me despedí de su reflejo en el cristal, vale, hasta la vista, ¡ah!, y gracias por el hielo, en serio, ha atenuado el ardor. Salí de allí revuelto. La reacción de Malena me

dejó atónito. Su actitud dolía más que el bastonazo. Y no había bolsa de hielo que mitigara esa quemazón. Sin embargo, no tenía tiempo de lamerme las heridas. Hice un par de llamadas de teléfono, a ver si la suerte, para variar, me sonreía, y me fui a almorzar. Me aguardaba Álvarez en el Café de Vegueta para poner en hora las averiguaciones. En esa ocasión, yo tenía más que aportar. Ante una ensalada de endivias con roquefort, una de bonito con pimientos y una tabla de quesos del país y embutidos de jabugo, el inspector escuchó con atención lo que tenía que contarle. En un momento del relato, dejó de masticar y cerró el puño sobre la servilleta, tú estás loco, ¿o qué?, ¿quién te crees que eres?, ¿el llanero solitario?, ¿te das cuenta de que has podido joderla con tu novelería?, la tía ya te conoce y no vas a poder seguir en el caso, a ver a quién coño se lo doy ahora, y encima se ha llevado una prueba que podría ser fundamental.

A Álvarez siempre le gustaron las escenas histriónicas, el teatro era lo suyo. Le sonreí con el lado immaculado de la cara, el rumano, el que aún no dolía, joder, Álvarez, qué más da, se la hubiera llevado de cualquier forma, sobre todo porque no-había-nadie-de-guardia-en-la-puñetera-casa, no sé si me explico; estamos más cerca que antes, hemos descubierto que es mujer y tengo memorizado su perfume, sabemos que sufre diarrea, su grupo sanguíneo y, posiblemente, la inicial de su nombre, *eme*, y no va a servirle de mucho mi cara después de cómo me la ha dejado, tendré que dejarme la barba, no me voy a afeitar sólo la mitad, ¿verdad?, así que bastará con cortarme el pelo de otra manera; además, la habitación estaba a oscuras y no creo que se quedara a contemplar mi estado mucho rato por temor a que, entre tanto, llegase alguien, seguro que sólo fisgoneó en la cartera y salió a toda leche de allí, y yo soy poco fotogénico, los retratos no me hacen justicia, mi madre solía decírmelo, Chacho, sí, desde chico me llamaba *Chacho*, pues Chacho, me decía, si una imagen vale más que mil palabras, lo tuyo no pasa de monosílabo, hay que ver qué gracioso que eres en persona y qué poca gracia que tienes en las fotos, sí, no se ría, juradito; pues le aseguro que quien sea esa mujer no tiene nada y, por si fuera poco, hemos ganado tiempo, no creo que se atreva a matar este viernes, es demasiado arriesgado.

El policía recobró de inmediato el apetito y enfiló a una magnífica tajada de jamón pata negra, mmmsí, mira, en eso tienes razón, sabe que lo sabemos y no va a ser tan estúpida como para volver a actuar tan pronto, eso nos dará un margen y me quitará de encima a los jefes coñazos, esta vez no pienso soltar prenda ni al delegado del Gobierno, no vaya a ser que alguien la cague de nuevo; por lo que veo, tienes un plan, ¿verdad?, anda, cuéntamelo, y pásame ese plato de bonito si no te lo vas a comer. Daba gusto ver almorzar al inspector cuando no tenía moscas en la sopa. Solté los cubiertos para acodarme en la mesa. Crucé las manos y apoyé la barbilla en el nudo que formaban mis dedos, más que un plan, Álvarez, es una salida de emergencia, lo único que podemos hacer es seguirle el juego a nuestra amiga

invisible, acabo de responder a algunos anuncios de la *Línea Confidencial* y he hablado con un conocido que trabaja en el periódico, le he prometido ciertas dispensas informativas cuando resolvamos el caso, él me recogerá los mensajes y me avisará si alguien responde a la llamada, así que pienso sentarme a esperar.

—Que has hecho ¿qué?

—Lo que oye. Si la montaña no va a Mahoma...

—Pero, coño, eso no es una montaña. Es un volcán. Y está que ruge.

—Yo tampoco soy Mahoma. Y no tenemos nada mejor.

—Y ¿qué vas a hacer? ¿Acostarte con un montón de tías desagalladas hasta que alguna te proponga vestirse de jinetera?

—No creo que haga falta llegar a eso, recuerde que reconoceré su olor. Además, no son tías desagalladas. En eso de las citas a ciegas hay una especie de filosofía. Lo aprendí esta mañana.

—...

—He conocido a una muchachilla que se cita con tipos usando ese sistema del periódico. Es un poco especial, pero no una bruja salida. No le brillan los ojos y se refleja en los espejos.

—Y ¿cómo vas a distinguir a una chica especial de una asesina, tolete? ¿Qué vas a decirle?, hola, me llamo Ricardo y busco una tía a la que le guste que su maromo se vista de putilla, ¿te hace?

—Ya me las arreglaré. Improvisar se me da de cojones.

—Ya veo.

El inspector me dejó en mi oficina sin mucha convicción, pero aliviado. Debía seguir con su trabajo, tenía que ir a amansar a las fieras y yo le había proporcionado una buena melodía. Inés no estaba aún. Era algo temprano. Encendí el ordenador. Se había convertido en un ritual: nada más entrar, antes de descorrer las persianas para que entrara el sol, si era de día, o dar las luces, si ya había anochecido, rodeaba la mesa del despacho, conectaba el aparato y ponía un disco. Servía para apagar la magua, para atemperar la soledad. Pero esa tarde, pesaba más el cuerpo que la nostalgia. Me tumbé en el sofá para escuchar la voz rocosa de Cassandra Wilson en un compacto que me había traído Malena en uno de sus viajes con el Banco, a Edimburgo, creo, porque llevaba una dedicatoria: «Es una tremenda voz. Espero que te guste tanto como a mí. Te extraño. Escocia, 00». Lo último que recuerdo es *Blue In Green*, de Miles Davis. Luego me dormí. Tuve un sueño horroroso. Me citaba con una chica en la barra de un bar idéntico a aquél en el que había encontrado a Pancho Viera. Estaba oscuro y olía a rancio, a sexo apresurado y a tabaco perrero. En esto llegó ella, Malena. Llevaba un vestido blanco y un bolso marrón. Se sentó en una butaca alta y pidió un vodka solo con hielo. Le hice señas pero no se inmutó. Cuando me acerqué a hablarle, sacó una pistola y empezó a disparar. Yo no entendía nada. No

sentía nada, sólo un leve estupor, como si la cosa no fuera conmigo. Los tiros me impactaban en el pecho pero la sangre le salía a ella. Su vestido se convirtió rápidamente en un lienzo pastoso de color ocre. Gritaba como loca. Me mordía con sus ojos. Sus manos se deformaron hasta volverse garras. Cuando acabó con las balas, lo intentó a puñetazos, a arañazos, a botellazos. Gracias al cielo, llegó Inés y me salvó de la pesadilla. La sentí llamarme, Ricardo, eh, Ricardo. Y me desperté ante una taza de café humeante y la cara de asombro de mi secretaria, ¿qué te ha pasado?, acabo de llegar y oí la música, qué susto me diste; encima entro aquí y te veo con la cara como un papahuevo, menos mal que roncabas porque, si no, hubiera jurado que estabas muerto, caray, ¿esa nueva novia que te has echado es boxeadora o qué?; tómate esto, anda, y espabila.

Le agradecí en el alma que me rescatara y, sin responder a sus bromas, me tomé el café. Fui al lavabo a echarme agua y volví a toparme con la madre de todas las batallas alrededor de mi ojo. Apenas había mejorado. Moje la esquina de una toalla para limpiar un poco la zona de guerra. Y me tornó el dolor. Busqué en el botiquín algo para aliviarlo y encontré un *dolalgial*, menos era nada. Tardé unos minutos en recuperar el tino. Miré el reloj. Faltaban tres minutos para las seis. Fue entonces cuando recalé en Inés y me acordé del olor a madera del baño de Mario Bermúdez. Le pinté la escena a mi secretaria como Dios me dio a entender. Y, después de olisquear el aire y entrecerrar los ojos para recordar mejor, Inés dio un veredicto, podría ser de Verino, de Armani o la nueva gama de Cacharel, en cualquier caso la tipa apunta alto, son perfumes de unos cuarenta euros el frasco pequeño, caray. Me incorporé, acabé de vestirme y apagué el ordenador, vamos, tenemos que averiguarlo antes de que se me olvide. La muchacha se entusiasmó, perfecto, me voy a ir de tiendas con mi jefe, oye, ¿eso no podrá interpretarse como acoso sexual?, tengo que preguntarle a Amalia, la secretaria del notario de enfrente, ella se sabe de memoria la normativa laboral. Tuve que pararla antes de que siguiera desvariando, calla, calla, qué coño acoso sexual, tengo yo el cuerpo bonito para eso, tira para afuera, anda, y procura atinar a la primera porque a mí me provocan un huevo los perfumes, o lo encontramos en seguida o puedo acabar vomitándole las endivias a la dueña de tu perfumería en el escaparate.

Resultó ser *Opium*. No había duda. Aunque en la muñeca de Inés olía más suave, el perfume era el mismo. La perfumera nos explicó que eso era frecuente, ninguna colonia huele igual porque cada quien tiene su propio aroma corporal, el truco está en encontrar cuál se acomoda más a tu cuerpo. También nos habló de la firma en cuestión, se vende muchísimo porque mantiene bien la esencia, no es nada empalagosa y sirve tanto para verano como para invierno, algo que a nosotros no nos vale de mucho porque invierno, lo que se dice invierno, aquí no hay, ¿verdad? Luego ella se llevó a Inés aparte con la disculpa de enseñarle las últimas novedades y

acabaron juntándose en una esquina de la tienda. Las sentí señalar a donde yo andaba imaginando qué tipo de perfume se acomodaría al cuello de Malena. No supe si la dependienta estaba interesada en mí o interrogaba a Inés sobre con quién se peleó tu jefe anoche, hay que ver, mi niña, qué cara le han puesto. Puede que las dos cosas a la vez porque últimamente me daba por atraer a extrañas mujeres fascinadas por mis heridas de guerra. Me acordé de Marieta en el vestíbulo de la biblioteca y me entró remordimiento.

Al salir, le pregunté a Inés sobre su cháchara con la perfumera y me dijo no te hagas ilusiones, Ricardo, a Belén no le interesan los tíos, es lesbiana, sí, desde siempre, en eso no tuvo que ver nada ni nadie, pura elección, ya sé que es muy interesante y tiene un tipazo increíble, pero yo conozco a un porrón de homosexuales que están para comérselos y no me quejo, bueno sí me quejo, pero me aguanto; Belén me contaba que tiene en la tienda unas cuantas cremas de maquillaje que te pueden ser útiles para esconder los verdugones del ojo, ahora hay unas que ejercen milagros, me dijo que conoce a una concejala del Ayuntamiento, ni lo sueñes, no te diré su nombre, pues según parece la concejala sale ahora con uno que se pasa un pelo con los afectos y Belén ha tenido que maquillarla de urgencia un par de veces en lo que va de año; tú ríete, pero te he comprado una pomada de ésas, no creas, era la más barata, tómala y si mañana sigues pareciéndote a Boris Karloff ponte un poco, no te hará daño, tiene componentes que te protegen de las infecciones.

Cuando me despedí de Inés, me embargó una ligera melancolía —algo inusual, anacrónico incluso, en un investigador privado que se precie— y quise dar un paseo para echar a gusto de menos a Malena. Mal negocio porque el mundo entero tenía que ver, esa tarde, conmigo. Fui notando cómo, a medida que la gente se acercaba, iba cambiando la expresión de su rostro. Me miraban el ojo bosnio y, primero, ponían cara de interés, luego de lástima, y acababan en algo parecido a la repulsión. El colmo llegó cuando un chiquillo de siete años con patente afición por las golosinas me apuntó con su dedo blanco y regordete, mira, mamá, ese hombre sólo tiene un ojo, sólo tiene un..., puaj... Y vomitó un helado que debía de haber sido de vainilla con tropezones de nueces de macadamia. La madre sacó un pañuelo del bolso y le limpió la boca al niño, jolines, Iván, qué desastre, te dije que comieras más despacio. Luego, se me encaró, y usted ya podría taparse ese ojo asqueroso, hombre, que hay niños pequeños delante. Iba a responderle una impertinencia a la señora, algo sobre lo poco conveniente que eran los helados a deshora, algo sobre las muchas probabilidades que tienen los gordos de sufrir un infarto antes de tiempo, algo sobre váyase usted a la mierda, señora, lo que tiene que hacer es darle al niño más verduritas y fruta y no dejarle ver la tele hasta las tantas, que mire qué impresionante le ha salido, pero preferí dejar las cosas como estaban. Aceleré el paso, bajé la cabeza y no paré hasta llegar a casa.

Me tiré a por el teléfono. Esperaba tener un mensaje aguardándome. Pero el contestador automático de Telefónica le informa de que no tiene mensaje, para salir pulse cero... Encendí la tele por si llegaba a las noticias y me tumbé en el sofá con una botella de agua mineral y media docena de cubitos de hielo envueltos en un paño viejo de cocina. Los telediarios volvían sobre el caso del asesino en serie. Entrevistaron a un alto cargo de la Delegación del Gobierno y al jefe superior de Policía que coincidieron, circunspectos ambos, en pedir a los ciudadanos tranquilidad y a los periodistas que dejaran trabajar a las fuerzas del orden. Los micrófonos se echaron a la calle a *pulsar el estado de ánimo* de la población. Y el estado de ánimo era en general pesimista, quejicoso. Nadie daba un duro porque aquello se solucionara. Un señor mayor con traje a rayas, bigotito que recordaba al Caudillo y gafas oscuras, evocó otros tiempos mejores en los que esas cosas no pasaban y citó la recurrida frase de la libertad y el libertinaje. En los estudios de Televisión habían invitado al director del periódico donde se publicaba aquella página de contactos personales. Le preguntaron si tenía intención de suspender temporalmente la sección de la *Línea Confidencial* y él respondió que estaban estudiando esa posibilidad, pero que la prensa era garante de la libertad y no podía ceder ante presiones políticas o de otro tipo. Me volvió el dolor de cabeza. Descolgué el teléfono y marqué el número de Álvarez para que me consolara, no te creas todo lo que dicen en la tele, Ricardo, a ése ya le dimos los toques y quedamos en que no haría nada con la paginita de los huevos, para darte tiempo a ti, dicho sea de paso; el tipo sólo se está dando pisto delante de las cámaras, así queda como el salvador de la integridad y esas pollabobadas que tanto le gustan a la gente, puedes dormir tranquilo.

Era fácil decirlo. Pero estaba escrito que yo no iba a dormir tranquilo durante un tiempo. No duermo bien boca arriba y en aquellas condiciones era un sufrimiento hacerlo de lado. Boca abajo ni se me ocurrió intentarlo. Acabé yéndome al sillón de la sala a ver si el cansancio me tumbaba. Pero mi sala da a Mesa y López y eso es tal que tener una verbena en casa. Cualquier conversación, por secreta que sea, reverbera en el techo como un volador y se queda allí posada durante un largo rato hasta que otro estampido viene a sustituirla. Me gocé una pelea de enamorados, estoy harta de salir con tus amigos, harta de escuchar conversaciones sobre fútbol y oír cómo les limpian el polvo a los mismos recuerdos del *Balmes*. Y la charla pedante de un tipo que atendía al nombre de Néstor, para quien no había nada como una película de Max Ophüls, sobre todo *Madame de...*, así parece que le iba al pobre con las mujeres. Y el pleito de un hombre que achuchaba a su perro, a ver si meas de una jodida vez, *Golfo*, que tengo ganas de meterme en la cama, coño. Yo también tenía ganas pero con sólo mirarla me dolía el cuerpo. Encendí el aparato de música con una cinta de boleros y me puse los auriculares justo cuando a Ibrahim Ferrer le daba de nuevo por entonar *Herido de sombras*. Y retorné al recuerdo de Malena, sólo *la penumbra me*

acompaña hoy, perdido tu amor no podré disfrutar de felicidad.

Un latigazo de luz me despertó a las siete. Se me había dormido una pierna y al cuello le costó volverse a su sitio, pero el ojo ya no me dolía tanto. Estaba menos inflamado y, tras untarme un poco del ungüento que me había regalado Inés, me quedó casi nuevo. Eso mejoró mi humor. Hasta me entró hambre y decidí salir a regalarme con uno de esos desayunos de rey por los que Colacho Arteaga tanto aboga. Me bajé a una pastelería y me zampé dos cafés, un sándwich de beicon con queso derretido y una magdalena casera que ocupaba medio plato, si Malena no me hubiese abandonado el día anterior, habría encontrado en mi desayuno la excusa perfecta para hacerlo entonces. Luego opté por ir caminando al trabajo. Quería volver a ser ciudadano libre, a sentir que podía recorrer mi ciudad sin que me señalaran, sin que ningún chiquillo timorato me vomitara la merienda encima, sin pelearme con ninguna madre, en fin, sin que se me quedaran mirando como si llevara monos en la cara. Bajé hasta la Avenida Marítima y crucé Las Palmas hasta llegar a la Estación de Guaguas. Aproveché para cortarme el pelo en Perojo, donde Manolín me recibió, como siempre, con el *Marca* y una frase que había leído en algún sitio y que, a partir de entonces, había hecho suya, ¿el señor lo quiere *con o sin* conversación?, y a los que le solicitábamos conversación, nos preguntaba con la sonrisa guasona y los ojos vivos, ¿*a favor o en contra*? Era una pregunta retórica, desde luego, porque Manolín se había especializado desde niño, desde que había heredado el negocio a la muerte de su padre, don Manuel Brito, en llevarle la contraria a todo quisque. Fuera cual fuera la opinión del cliente, él siempre disentía. Sabía que todos acabaríamos por ceder, al fin y al cabo él llevaba la navaja y nosotros sólo una sabanita celeste enrollada al cuello. Lo había visto discutir, cierto sábado por la mañana, con uno que defendía la pena de muerte para delitos de terrorismo. Manolín apeló a que la vida es sagrada y nadie tiene derecho a apropiársela. Lo llamó déspota, tirano, oligarca. Lo de *oligarca* lo había aprendido la tarde anterior al rasurarle la barba al poeta Pedro Lezcano, de cuya amistad presumía siempre. El defensor de la inyección letal se marchó escaldado y jurando en arameo que no volvería a pisar aquella barbería en su vida. El siguiente en afeitarse, un caballero elegante y distinguido que había escuchado la polémica y no conocía bien al barbero, tuvo la ocurrencia de felicitarlo por su civismo y su amplitud de miras, porque la pena de muerte es algo injustificable. Manolín Brito detuvo su navaja en el aire y apretó los dientes, ¿pena de muerte?, qué pena de muerte ni qué ocho cuartos, yo cogería a esos cabrones y les cortaba primero los huevos y se los hacía comer hasta que se asfixiaran con su propia sangre, la pena de muerte es poco para un canalla sin entrañas, la madre que me parió. El barbero perdió dos clientes en apenas media hora.

Cuando salí de la peluquería parecía un hombre nuevo. Tenía un aspecto muy diferente con el pelo cortado al dos y un preludeo de barba bien cuidada. Compré el

periódico y me dirigí al despacho. Inés aún no había llegado. La esperé leyendo. Pablo Ferrera, el conocido del periódico, había publicado mi mensaje, *solitario, harto de dar vueltas, culto, agradable, de buen ver, quisiera conocer a una mujer bien parecida con quien compartir la soledad, referencia...* Pablo cumplió con la consigna, un texto discreto con algo de carnada para soliviantar a una asesina. Si la mujer era como yo me temía, se sentiría atraída por ese *solitario* al tiempo que cabreada por ese *culto* y ese *de buen ver* tan engraidos. Ahora era cuestión de aguardar a que mordiera el anzuelo.

Pero la espera no se hizo para mí. No se me dan nada bien los letargos. Tras consultar algunos documentos viejos y recortes de prensa que guardo en mi despacho, nunca se sabe cuándo uno puede necesitar echar mano de una noticia, le mandé un correo electrónico al inspector Álvarez pidiéndole información sobre casos de agresión sexual o violación de los últimos tres años. El teléfono sonó un minuto después de enviado el mensaje. Era él, claro, óyeme, estamos locos o qué, ¿quieres que me despidan?, ¿pretendes que mande a hacer puñetas mi pensión?, porque eso es lo que va a pasar si hago lo que me pides, cómo voy a revelarte esos datos... Tuve que echarle freno, espere, inspector, espere, no tiene que difundir un secreto de Estado, carajo, sólo quiero un hilo del que tirar, un par de nombres y de fechas que estarán, seguro, en los registros de cualquier diario. Se hizo el silencio al otro lado de la línea, oí que Álvarez tecleaba en su ordenador y lo sentí murmurar alguna blasfemia, endiós, Ricardo, endiós y entodo, coño, tú no sabes lo que me estás exigiendo, aquí hay por lo menos cuarenta nombres y otras tantas fechas, mierda, la cosa nos puede llevar un año. Y yo, no si trabajamos juntos, mire, hágame una copia de ese archivo y mándemelo, así lo tendremos delante los dos, cuatro ojos ven más, le juro que lo borraré cuando lo hayamos analizado. El inspector dudó unos instantes y yo me apresuré a darle la puntilla, mire, Álvarez, hagamos una cosa, críbelo, sí, quítele lo más confidencial y envíe únicamente el esqueleto, así nadie podrá decir que ha transgredido ninguna norma.

A los pocos minutos tenía en mi pantalla tres páginas de casos, algunos sin resolver, en los que poder escarbar. Volví a llamarlo y compartí con él mis cálculos, a ver, vamos a eliminar algunos, fíjese, el tercero, el séptimo y el octavo fueron ancianas, ¿los ve?, y los tres últimos, menores de edad, hay que ser malnacido; pues todos fuera, no nos valen; seguimos, a ver, quitaremos también aquéllos en los que agarraron al culpable, porque supongo que estarán todos en el Salto del Negro pudriéndose, ¿no?, vale, pues no tiene sentido que la mujer siga vengándose, ¿perdón?, ya, ya sé que aquí nada tiene sentido, por supuesto que no, pero hay que empezar por algo, sí, si no concuerda, volveremos otra vez sobre nuestros pasos, excluirémos también aquéllos que ocurrieron en las barriadas y en los pueblos, ¿eh?, no, coño, Álvarez, no le he salido clasista, pero la tipa que casi me salta un ojo usa un

perfume que ni siquiera nosotros podemos permitirnos, bueno, disculpe, hablaré sólo por mí, usted sí puede regalarle a Susana el perfume de los cojones, bien, ¿nos vamos a dejar de susceptibilidades o qué?, de acuerdo, sólo nos resta descartar las agresiones conyugales, ¿por qué?, porque aquí no dice nada de nadie que haya matado a su marido por haberla violado y ése sería el primer paso lógico de la asesina, luego, tal vez, seguiría con los demás hombres, ¿verdad?, ¿no lo ve?, mire, es fácil, si usted fuera una mujer a quien hubieran forzado salvajemente, ¿se dedicaría a matar a hombres desconocidos sabiendo que el culpable está dos casas más allá, tan contento?, pues eso, ¿lo coge?, esto se reduce a tres sucesos, sí, a ver, qué pasa con ésa a quien violaron y abandonaron en un descampado, ¿cómo?, una pandilla de chiquillajes, ya, y los localizaron, bueno, ¿y el caso de Ciudad Jardín?, ¿eh?, a la chica la encontraron semidesnuda y atada a una palmera, la atacaron cuando regresaba de madrugada a casa, era de buena familia y además su padre intentó evitar el escándalo, hay que joderse, eso es suficiente para cabrear a la más pacífica, ésta podría ser, sí, ¿y la número cinco?, aquí nada más habla de que es una abogada, que la asaltaron en su garaje y que se sospechó de un camello a quien la mujer logró que condenaran, el camello siempre lo negó, no sé, esto no pega ni con cola, si se la hubiera cargado, todavía, pero abusaron de ella y la dejaron inconsciente, y vestidita de nuevo, en el asiento trasero de su propio coche, ¿usted se lo cree?... ¿Álvarez?, ¿hola?

Un extraño mutismo se abatió al otro lado. Oía la respiración agitada del inspector, su jadeo de fumador obstinado, pero ni una palabra. Algo no funcionaba, eh, ¿sigue usted ahí?, ¿qué diablos ocurre? Álvarez tragó en seco, se aclaró la voz, no, nada, estaba pensando en lo que me decías, no sé qué contestarte, mmm, me parece más sospechosa la chica de Ciudad Jardín, fíjate que la ataron y la humillaron y eso puede explicar el ensañamiento con los cadáveres, no sé, no sé.

Evité presionarlo más de lo que, aparentemente, ya estaba, bueno, bueno, pues voy a intentar averiguar algo sobre la muchacha, qué ha sido de ella y todo eso, ya lo llamaré con lo que tenga, ¿estamos? Era la primera vez que el inspector me mentía. No hacía falta ser muy despierto para saber que estaba ocultando algo. Se había comportado de un modo atropellado y torpe cuando salió a relucir el asunto de la última víctima. Sin embargo, aproveché que aún no me había desconectado de la red para pinchar en un periódico digital de los que empezaban a estar tan de actualidad. Busqué la fecha del incidente del aparcamiento y esperé a que saltara. Y saltó. Las iniciales de la joven abogada eran E. V. P., tenía veintinueve años y trabajaba en un bufete familiar que llevaba funcionando desde principios de los años sesenta en la calle de los Balcones de Vegueta, alto copete. Otra cosa quizás, pero ésos no habían visto un camello ni en un documental de National Geographic. Aquello no se sostenía por ningún lado, a cuenta de qué iba un traficante macarra a atacar por venganza a

una especialista en Derecho Comunitario. Faltaba algo allí. Amplié la pantalla para leer entre líneas. La encontraron de madrugada, dentro de su propio coche, sentada y con la cabeza apoyada en el volante. Había perdido el conocimiento. Estaba con la blusa desabrochada, pero vestida. Así la halló, cuando regresaba de su clase de baile, una vecina que aún no se había recuperado del susto y que llamó a la ambulancia. De repente, tres palabras del texto vinieron a golpearme con saña en el ojo sano, *esposa de policía*. ¿Esposa de policía? Amigo mío, aquello era harina de otro costal. Por eso olía tan mal. ¿Un delincuente muerto de hambre viola a la mujer de un policía y no aparece, al día siguiente, en una zanja con las piernas rotas? Eso no se lo cree ni san Pedro después de la bronca de las tres negaciones. Y Álvarez lo sabía. Seguro que en sus ficheros había algo más que no me pasó por correo electrónico, algo que le quemaba. Por eso se asfixiaba en su despacho. Por eso lo sentí descomponerse tras el teléfono. Por eso me mintió.

Pero yo tenía, aparte de mi inspector, otros contactos entre la tropa. Había cierto cabo que trabajaba en una comisaría del sur y que me debía un favor. Nada del otro mundo: una antigua investigación sobre varias empresas tapaderas que blanqueaban dinero del tráfico de tabaco me llevó a sospechar de sobornos a policías y aquello estuvo a un paso de salpicarlo a él. Nunca supe si el cabo estaba pringado, pero no me pareció conveniente orear la roña. El hombre tenía familia e hipoteca, y un sueldo mísero con el que a duras penas se apañaba. Me dio lástima. De manera que, después de aquello, las pocas veces que necesité confirmar algún chisme siempre lo encontré allí, extraoficialmente por supuesto. Victoriano Moraleda se encontraba de guardia esa mañana, un golpe de suerte tras el varapalo que acababa de sufrir con Álvarez. Lo hallé, no obstante, de un humor de perros, al parecer habían tenido bronca en su comisaría porque se les había escapado del calabozo un ruso que se dedicaba a desvalijar apartamentos de turistas. Lo habían trincado, después de dos semanas de acecharlo en callejas y zaguanes, descolgándose por una enredadera. Cuando le dieron el alto, se asustó y se dio tal costalazo que hubieron de llevarle a la enfermería. Allí, a alguien se le olvidó cerrar un ventanuco del baño, a nadie se le ocurrió que alguien pudiera correr tanto con dos costillas astilladas, lo cierto es que el ruso aprovechó la indecisión de todos para fugarse.

El jefe les había echado una bulla, no veas, Ricardo, un broncazo de tres pares de cojones, aquí no hay quien viva hoy, ¿qué se te ofrece, colega?, ¿eh?, pues claro que me acuerdo de la mujer del *Retaco* Toledo, sí, se apellidaba Toledo, no sé cómo se llamaba, pero le decían *el Retaco*, bajito y con una malafollada del coño, llegó de Burgos o de Ávila, no recuerdo, hace diez o doce años, estaba separado, sí, encima reincidente el muy cabrón, aquí conoció a Elvira, una niña guapísima y con más dinero que qué sé yo, lo que oyes, yo no entiendo a las mujeres, a saber qué le vería al *Retaco*, algún misterio oculto entre las patas, je, je, pero se casaron, y una cosa

llevó a la otra, suma tú, una tía impresionante que levantaba pasiones allá donde iba, y un enano acomplejado que creía que todo el mundo se burlaba de él, parece que le montaba a la chica unos pollos de escándalo, dicen que le gustaba zurrarle incluso; después vino lo del asunto del garaje y, claro, todos pensamos, te lo aseguro, que había sido él en un arranque de celos, hubo comentarios para todos los gustos, pero nunca se aclaró la historia, finalmente al burgalés lo destinaron de nuevo a la península, se separaron y a él se lo tragó la tierra, ese expediente quedó sellado en los sótanos de la Jefatura Superior, por mucho que quieras no vas a poder echarle un vistazo, ¿cómo?, no, no sé qué se hizo de ella, me parece que estuvo en tratamiento psicológico pero, si te digo, te engaño, sí, su nombre era Elvira, Elvira Verona, intentaré averiguar algo más por aquí, pero no esperes mucho, ¿vale?, de nada, hombre, un abrazo. Cuando colgaba el teléfono, apareció Inés con su café levantamuertos, buenos días, jefe, ¿cómo andas esta mañana?, caray, ya veo que mucho mejor, a ver, jolines, no se te notan nada los moretones, ¿no te lo dije?, milagros de la ciencia, mi amiga Belén es un hacha, sabe latín, lástima que no le vayan los hombres, ¿dime?, ¿que te busque una dirección?, ¿Verona?, ¿abogada?, ahora mismo.

Elvira Verona tenía dos direcciones conocidas: vivía en Maninidra, frente al conservatorio nuevo, posiblemente sola, o acaso acompañada pero con el teléfono a su nombre, y, según las páginas amarillas, trabajaba con su padre, su tío y un hermano o un primo en la calle de los Balcones. En estas señas sólo estaba por las mañanas hasta las dos. Así que, si me apuraba, podría llegar allí antes de que se marchara. Me puse en quince minutos, con más dificultad de la esperada: la calle de Triana estaba imposible porque celebraban el *Día del Libro* y las casetas, en posición de zigzag, dificultaban el movimiento a los viandantes y todo eran codazos y empujones. Una vez cruzada la autovía por donde una vez estuvo el Puente de Piedra, el camino se volvió expedito. Sólo se veían turistas.

En la trasera de la catedral, alrededor de la fuente que adorna la Plaza del Pilar Nuevo, un pequeño grupo atendía las explicaciones de un joven guía, tal vez estudiante de Historia, que sin duda dominaba mejor las nociones artísticas que la lengua moderna, porque farfullaba una jerigonza a medio camino entre el castellano y el inglés que, a tenor de las caras de los *guiris*, nadie acababa de comprender; más adelante, en la taquilla del Centro Atlántico de Arte Moderno, había otro montoncillo esperando para comprar sus entradas, haciendo gala de un orden y un concierto impensables en una cola de españoles. Enfrente del CAAM, en el portalón de una antigua casona canaria con un patio iluminado, un laurel de indias frondosísimo, una escalinata de madera roja y una pila de agua de la que colgaba una taza de porcelana celeste, la placa dorada y reluciente anunciaba el bufete de don Nicolás y don Jesús Verona Figueroa, *procuradores*. Justo debajo habían añadido otra nueva, más

moderna aunque sin el lustre de la anterior, con el nombre de don Jesús y doña Elvira Verona Pallarés, *abogados*. En una mesa, bajo la escalinata, se sentaba una señora entrada en años con el cabello entrecano y gafas de ver de cerca que le caían sobre el abundante pecho, atadas con un cordel a juego. Imaginé que sería la secretaria desde los primeros tiempos del bufete, allá por el sesentaidós o el sesentaitrés. Imaginé que a don Nicolás y a don Jesús les habría dado pena botarla a la calle y, como la buena señora jamás llegó a entenderse con los ordenadores y los faxes, el único lugar en que lograron acomodarla fue aquel rinconcito, bajo el laurel frondoso. Imaginé una historia de amor furtivo con don Jesús o con don Nicolás o con ambos, que ese pecho era capaz de albergar más de una pasión al tiempo.

En su mesa se hallaba un rotulito que rezaba su nombre, doña Remedios Mariscal, *secretaria*. En el vestíbulo había dos bancos bajo sendos retratos de familia en los que se podía contemplar a un señor impecable de bigote y perilla, ataviado con traje de gala y leontina, y a una dama, arrogante pero hermosa, emperifollada con mantilla canaria y el collar de perlas más grandes que he visto en mi vida: los señores padres de don Nicolás y don Jesús, a la sazón señores abuelos de doña Elvira y don Jesús hijo, que en paz descansen. En uno de los bancos, dos hombres esperaban a que los procuradores pudieran recibirlos. En el otro, una mujer joven aguardaba a doña Elvira. El despacho de don Jesús hijo estaba en el segundo piso pero el señor estaba en un juicio. De modo que, si no tenía cita previa, podía esperar sentado a que la señora Verona acabara con sus entrevistas. Le agradecí a doña Remedios su invitación, pero preferí esperar de pie para gozar a gusto de aquel patio tan bello, ya no quedan, doña Remedios, ¿eh?, doña Reme, pues ya no quedan rincones así en esta ciudad, la modernidad, el funcionalismo y las empresas constructoras están acabando con cualquier vestigio de romanticismo, sí, señora, desde luego, un quebranto; un quebranto y una maldición para Vegueta, estoy con usted, ¿dígame?, no, de verdad, voy bien así, muy cortés de su parte. Mientras embelesaba con requiebros a la buena secretaria, se abrió una de las puertas de los despachos para dejar salir a una pareja con cara de alivio de luto. Tras ellos, apareció una mujer morena, *resuelta en luna*, con una sonrisa tímida y una mirada amarga que se esforzaba en alentarlos, de modo que no se preocupen, déjenlo todo en mis manos y verán que la vista se resuelve a nuestro favor, tenemos las de ganar, Bruselas les ampara a ustedes y no hay juez ni jurado en España que puedan quitarles la razón. La pareja, a quien Elvira Verona le había quitado un abrumador peso de encima, se marchó y ella, elegante, altiva, linda —Moraleta se había quedado corto describiéndola—, se acercó a saludar a la chica que la esperaba en el banco, le dio dos cálidos besos y la hizo pasar a su oficina. Fue tan sólo un instante, pero la abogada se volvió a su secretaria y, de camino, al rincón del patio donde yo estaba. Dejó tendida su mirada triste sobre mí lo justo para hacerme un boquete en el pecho. Me sentí rastrero, allí, al acecho de aquella mujer,

intentando aprovecharme de un oscuro secreto que ella, cualquiera no, intentaba arrinconar. No tuve valor para quedarme y esperarla. Me despedí de la buena secretaria prometiéndole que volveríamos a vernos, pero que ahora tengo mucha prisa y lo mío no es tan urgente, no, no hace falta que le diga nada a doña Elvira, la semana próxima me pasaré por aquí y se lo diré yo en persona, muchísimas gracias, doña Reme, ha sido usted muy amable.

En uno de los callejones que serpentean en el corazón de Vegueta había un pequeño bar al que acudían los funcionarios de los Juzgados en sus breves descansos. A esa hora apenas había gente. Decidí esperar allí a que Elvira acabara su jornada. Hice votos para que el bufete sólo tuviera la puerta principal y que la mujer no pudiera darme esquinazo saliendo por una trasera. Por otro lado, yo sabía bien que las casas terreras del barrio antiguo difícilmente dan a algún garaje, aparte de que me hubiera extrañado que Elvira lo utilizara después de la experiencia con su violador, quienquiera que fuese. A las dos menos cinco pagué la caña, que no llegué a probar, y volví al empedrado de los Balcones. Me dediqué, mientras se hacía la hora, a leer los anuncios que notificaban las próximas exposiciones del CAAM, entre las que descollaba una miscelánea de pintura moderna japonesa. Una máscara horrenda me hacía muecas desde un cartel de vivos colores.

No pasaron ni cinco minutos cuando Elvira Verona salió del caserón acompañada por la muchacha que había estado aguardándola dentro. Andaban agarradas del brazo con ese geito tan afectuoso con que las mujeres caminan mientras se hacen sabe Dios qué confianzas. Las seguí, guardando las distancias, por las calles de Vegueta. Las vi doblar la esquina en dirección a la Casa de Colón. Bajaron la callejuela que lleva al Teatro Guniguada. Cruzaron la autovía por el paso de cebra y fueron a sentarse bajo la sombrilla blanca de una de las terrazas del Bulevar Monopol. Para enmascarar mi presencia escandalosa —yo debía de ser el único que andaba solo por las terrazas a aquella hora—, compré unas revistas en el quiosco de la Plaza de las Ranas y tomé una mesa cerca de la de ellas pero evitando quedar a la vista de Elvira. Pidieron unos bocadillos y media botella de rioja. Yo una bolsa de papas fritas y una cerveza que, en esta ocasión, sí tenía intención de beberme. Por lo que pude escuchar entre tanto bullicio de vasos, coches y estudiantes que salían a fumar fuera de la Biblioteca Universitaria, hablaban de una cita que tenían, precisamente, esa noche. Por suerte, la otra mujer, a quien la abogada llamaba *Teté*, tenía una voz de pito que sobresalía entre tanto alboroto. Trataba de convencerla, esta vez tienes que ir, *Elví*, porque ya has rechazado su invitación siete veces, el pobre está loquito por ti y lleva aplazando la cena desde hace dos meses porque tú, dale que dale, te niegas a salir de casa, no sé, mi niña, tanto trabajar no puede ser bueno, anda, mujer, date un respiro, vamos a ser seis y, si faltas tú, volveremos a suspenderla, ya sabes lo maniático que es Ramón con los números impares, mira, tampoco es para tanto, vamos a cenar con ellos y, luego,

les proponemos tomar una copa por ahí, podemos ir a la terraza de moda, *La Ronda* creo que se llama, es al aire libre y la gente que la frecuenta es toda de nuestra edad, nada de vejestorios coñazos ni adolescentes babosos, anda, *Elví*, ánimo.

Elvira le respondió algo que no logré entender. Hablaba en un tono discreto y sosegado, incluso parecía molestarle el timbre rechinante de su amiga. Pero por la expresión de *Teté*, su saltito en la silla y su alborozo, supuse que había aceptado. De repente, la abogada se disculpó y se levantó para ir al baño. Los servicios del Monopol son comunes y están situados en la planta baja. Elvira tuvo que pasar por delante de mi mesa para entrar al bulevar. La noté acercarse y apartar una silla para abrirse paso. Por un momento pensé que iba a dirigirse a mí, a recriminarme que la estuviera siguiendo como un entrometido, casi oí sus reproches, deje de perseguirme o llamaré a la policía, pero no abrió la boca. Siguió su rumbo con decisión y se perdió en la oscuridad del palacete. Aproveché su ausencia para pagar la cuenta y marcharme, no fuera a ser que acabara jodiéndola al final. Ya me había informado de lo que quería. Como diría Escarlata O'Hara, mañana —esta noche— será otro día.

Se notaba lo del viernes. Media ciudad se había echado a la calle a celebrar un nuevo fin de semana. La primavera, bulliciosa y transparente, también hacía lo suyo. Una brisa agradable oreaba el malecón y una luna sonriente se mecía en el cielo. *La Ronda* resultó ser una terraza de verano que, dado el excelente tiempo del que Las Palmas goza todo el año, se abría ya en abril. Tenía forma de plaza de toros. En el centro estaba la barra, redonda, de madera tosca y apelmazada, detrás de la cual se desplegaba un ejército de chicos y chicas, casi en edad escolar, con ropas ajustadas y sugerentes, que atendían solícitamente a la clientela. La amiga de Elvira tenía razón: *La Ronda* estaba repleta de treintañeros y triunfadores: reconocí a algún médico con quien me había topado cuando fui a interrogar a Cristina Santiago y a Íñigo Lozano, también a varios comerciantes, a alguna modelo del brazo de un ejecutivo bien trajeado, a un par de abogados en busca de clientes. Era lo que llamaban en la noche *gente guapa*. Y yo estaba, a qué negarlo, como un ave sin nidal. La nuez me rozaba con el cuello de la camisa. El ruido de las conversaciones me incordiaba. Me incomodaban los zapatos. No había recuperado aún el ánimo para andar de fiesta. Mi acompañante, sin embargo, parecía disfrutar a sus anchas. Conocía a todo el mundo y no cesaba de detenerse a cada momento para reanudar viejos lazos.

Tuve que recurrir a Noelia Correa porque hubiera cantado demasiado un tipo como yo —grave, formal y anticuado, al menos en apariencia— en aquel ambiente frivólón. Hacía por lo menos un año que no salía con ella. La había conocido en la Romería del Rosario más impía y blasfema que se recuerda en Las Palmas. Fue la tarde en que me dejé convencer por Miguel Moyano para vestirme de mago. Noelia iba en nuestra parranda porque es medio pariente de Concha, la mujer de Miguel. Era alta, muy llamativa, morena, de piel aceitunada y tenía unos ojos negros penetrantes y un lunar en la comisura de la boca que volvió loco a más de uno. Esa vez, por si éramos pocos, parió la abuela, Noelia llevaba un vestido ajustadísimo de campesina majorera que le sentaba de vicio. Y no paró de reírse en toda la noche, con lo que su lunar estuvo danzando insolente, impúdicamente, hasta bien entrada la madrugada. La culpa en verdad fue toda mía: Miguel me había advertido que no debía, bajo ningún pretexto, permitir que Noelia bebiera porque la chica era vegetariana, y las zanahorias, según su teoría, casan mal con el alcohol. A mí aquel razonamiento me resultó poco científico y, después de mi tercera copa, me empeñé en demostrarle a mi socio que no existe relación causa-efecto entre ser vegetariano y no soportar la bebida. De modo que no se me ocurrió otra cosa que invitarla a probar un licor que llevaba, para la ocasión, en una pequeña damajuana sujeta al fajín. Se trataba de un ponche casero que Colacho Arteaga fabrica con aguardiente de canela y azúcar y, según dice él, es una receta que nos viene de unos antepasados caribeños. Si la

historia de mi abuelo no es un cuento chino, me temo que la tradición se nos muere con él porque a mí el ponche de canela me parece un brebaje infernal y empalagoso que, además, te deja una resaca de mescalero que tarda cuatro días en evaporarse.

No obstante, a Noelia le encantó el licor. Se tomó cuatro chupitos que tardaron bien poco en traer consecuencias y acabó montando un bochornoso espectáculo en mitad de la plaza. Después se subió a un contenedor de basura y les pidió a unos pibes que andaban por allí que la pasearan por las calles porque ella, a su modo, también era una virgen. Cuando quisimos darnos cuenta, la procesión de la Virgen del Lunar, como la bautizaron, coronada con un ramillete de hojas de eucalipto, era casi tan numerosa como la oficial. La coña llegó a su apogeo cuando, en la esquina de la farmacia de Reyes Católicos, vinieron a congregarse las dos romerías. El trono dorado de la Virgen del Rosario, llevada en hombros con no poco esfuerzo por ocho costaleros, subía por la Clínica San Roque cuando el contenedor verde de santa Noelia se les escapó de las manos a sus portadores y se precipitó calle abajo como una exhalación llevándose por delante a todo el que cogiera despistado. Ni que decir tiene que la reacción de los fieles no se hizo esperar: la multitud, hasta aquí hemos llegado, empezó a increparnos y a llamarnos de todo menos bonitos. Los pollillos, borrachos como cubas, les respondieron con cajas destempladas y se armó la de Dios es Cristo. Nos costó un triunfo colarnos entre la marabunta, bajar a nuestra virgen de aquel trasto y llevárnosla a casa, mientras los municipales intentaban calmar unos ánimos cada vez más encendidos.

Al día siguiente, Noelia no recordaba nada de lo ocurrido y su única preocupación fue qué demontres hacía en la cama de un desconocido, desnuda y con una corona de eucalipto en la cabeza. Opté por revelararle la versión reducida: que al desconocido, o sea yo, le gustó mucho ella, a ella le gustó mucho el ponche de canela de mi abuelo y la Virgen hizo el resto. Aún no sé bien si se lo tragó, pero sí que le caí en gracia y aceptó desayunar conmigo. Estuvimos saliendo varios meses hasta que, en unos Carnavales, caprichos del destino, se encariñó de un joven que iba vestido de monaguillo con su hisopo y todo. Y le entró cargo de conciencia. Y dejamos de vernos. Así que, cuando ese viernes la llamé —su teléfono fue el primero que apareció al abrir la agenda— para salir a cenar y tomar algo en *La Ronda*, Noelia se extrañó muchísimo pero, como había roto con el monaguillo, aceptó encantada en recuerdo de nuestra vieja amistad. Yo había olvidado, o casi, la historia de la Romería del Rosario. Pensaba, craso error, que aquello había sido un simple malentendido. No sabía entonces que Noelia es así, tal que Robert Mitchum: con ella llega el escándalo.

Llevábamos media hora larga *rondando* sin parar. Yo tenía entendido lo contrario, pero parece ser que, si quieres estar en el ajo, no debes quedarte nunca quieto. Noelia me presentó, por el camino, a un montón de gente que ni siquiera me miraba porque, estaba claro, el canalillo de su escote era mucho más fascinante que mi cara barnizada

de protector de cardenales. De esto, de que no me miraban, me enteré cuando, en la segunda vuelta al ruedo, empezó a presentarme de nuevo a los mismos amigos y ninguno me reconoció. Para cualquiera aquello hubiera sido terriblemente desmoralizador; a mí, sin embargo, estando como estaba en mitad de un peligroso caso, me convenía pasar desapercibido. Pero cuando la mano viene cambada, sólo se puede ir a peor.

Fue en la tercera vuelta, yo empezaba ya a marearme, que llegamos a la puerta de la terraza. En ese momento entraba un pequeño grupo de seis personas con aire extraño, demasiado sombrío para venir a un sarao. Era como si les hubiese sentado mal la cena. Entraron, primero, dos hombres vestidos de Armani de pies a cabeza, incluida la gomina. Andaban murmurando algo sobre qué mierda de viernes, tío, no vuelvo yo a una tertulia de Ramón ni que me maten. Detrás venía otro tipo, seguramente el tal Ramón, pelirrojo y con cara de huéleme-el-culo, disculpándose con una chica por la ultrajante exhibición de sus amigos, te lo juro, *Teté*, en mi vida lo he pasado tan mal, no los vuelvo a invitar a una fiesta en casa ni loco, y no son amigos de verdad, en serio, sólo los conozco del Club de Tenis, hay que ver qué groseros, a quién se le ocurre sugerir una orgía, vaya sofocón que traigo. Y, finalmente, cruzaron el portón las dos señoras que faltaban para la bacanal frustrada. A una jamás la había visto. Era rubia fingida, con grandes ojos verdes y estaba lo que se dice en la tea, harto delgada para mi gusto. La otra era Elvira, cómo no. Venía vestida con un traje negro, sin mangas y corto, que dejaba al descubierto sus bonitas piernas, unos zapatos altos a juego y un chal color azul índigo. Estaba encantadora, a pesar de la rigidez de su mirada. No pude apartar mis ojos de ella. Y ésa fue mi segunda gran equivocación.

A veces pienso que las mujeres tienen el sentido de la oportunidad cambiado. Y aquella noche el de Noelia debía de estar en otra parte. Porque, en principio, no me había hecho ni puñetero caso desde que habíamos llegado a *La Ronda*. Incluso se me había perdido en un par de ocasiones para volver, al rato, con una bebida diferente, algo que, ahora que lo pienso, tenía que haberme puesto sobre aviso. Pero cuando entró Elvira a la terraza y Noelia reparó en que yo me quedaba colgado como un imbécil en la corva de sus rodillas, olvidó de repente su tibia indiferencia. Y se me acercó sigilosa por detrás. Y me abrazó con descaro. Y me besó en el cuello. Y no hubo parte de mí en que sus manos no se detuvieran. Noté su lengua dulzona y pastosa de Habana Siete Años haciéndome cosquillas en la oreja. Noté sus dedos fríos de sostener el vaso de ron irrumpiendo en los espacios libres que dejaban los botones de mi camisa. Creí que se me iba a comer toda la crema quitamoretones, dejándome a merced de mi ojo bosnio. Todo ello, por supuesto, venía aderezado con unos leves gemidos casi obscenos que llevaban dirección y remite: la dirección era Elvira, quién si no, y el remite, claro, Noelia, Robert Mitchum vestido de crisálida,

Virgen del lunar de luna. Sus besos-bomba, sus gemidos-granada-de-mano no pudieron tener un final más caótico. Justo en el momento en que la abogada se acercaba a la barra redonda a pedir una copa, mi amiga perdió el equilibrio y se desplomó cuan larga era, produciendo un embarazoso efecto dominó: empujó en su caída a dos muchachos que habían descuidado su retaguardia, y éstos, a su vez, arrollaron a tres clientes más que formaban corrillo en torno a un camarero que llevaba una bandeja con botellas, vasos y una cubitera para hielo. El chal índigo y los zapatos negros de tacón de Elvira se llevaron, sin duda, la peor parte.

Noelia lo había vuelto a hacer. Intenté disculparme en su nombre, pero ella había recobrado su espíritu indómito y se había aferrado al pobre camarero, que luchaba, azorado y con denuedo, por desasirse de su amoroso abrazo. La última visión que tuvimos de ellos esa noche fue cómo se perdían por una puerta camuflada detrás de la barra: él caminaba derrengado, con una pierna libre y la otra a rastras, esclava de una Noelia que había redescubierto, por enésima vez, el verdadero y único y definitivo amor de su vida. Nadie, como es obvio, se creyó lo de que estuviera avergonzada y lo de cuánto sentía aquel estropicio. Me culparon a mí del cataclismo, dónde encontré a aquel terremoto de mujer, cómo pude traerla a un sitio público, para qué la invité a beber si no aguanta el alcohol, qué dignidad me quedaba después de verla fugarse con el chico de las bebidas. La cosa empezaba a ponerse fea, porque algunos de los pollillos afectados en el desastre se pusieron pistosos delante de sus novias y me ofrecieron un par de trompadas.

Y cuando todo amenazaba con llegar a las manos, vino en mi rescate quien menos esperaba. Elvira Verona, querubín índigo, tomó el mando de la situación. Se puso en medio del jaleo e, igual de convincente que ante un tribunal, puedo imaginarla en el estrado, serena, fría, arrogante, les lanzó una arrebatada arenga, venga, chicos, que estamos pasando un rato, nada más, tampoco es para tanto, qué si la pobre chica se ha desmadrado un poco, ¿qué pasa?, ¿que nadie de ustedes se ha cogido una cogorza nunca?, pues entonces, hombre; mírenme a mí, mañana tengo que mandar todo esto a la lavandería y no se acaba el mundo por eso, anda, vamos a seguir divirtiéndonos, que la noche aún es joven, ¿de acuerdo? Su voz firme y entera fue un bálsamo. Las otras mujeres hicieron piña con ella, pues claro que de acuerdo, tiene más razón que un santo, andando todo el mundo, se acabó lo que se daba. Y los otros no tuvieron otro remedio que recoger velas y seguir a lo suyo.

Correspondí a la ayuda de Elvira, valiéndome de la repentina desaparición de Noelia con su nuevo amor, y la invité a la bebida que no había podido tomar antes, ¿me acepta usted una copa?, creo que se la debo; eso y la factura de la tintorería. Ella hizo un amago de sonrisa que no llegó a completar porque otro gesto se le cruzó en el camino, un gesto a caballo entre la suspicacia y la melancolía, le acepto una ginebra con tónica a cambio de que me resuelva una duda. Y yo, aliviado de haber logrado

salvar el escollo de una amiga incontrolable, dígame, pero póngamelo fácil, que a estas horas no rijo muy bien. Y ella, enigmática, es muy sencillo, quiero saber por qué jamás había sabido de usted en treinta años y en las últimas doce horas ya lo he visto tres veces, y no me cuente milongas, por favor, estoy mayor y es muy tarde para aguantar una sarta de trolas. Tuve que improvisar algo porque no llevaba preparado el discurso. Normalmente tardo semanas en acercarme tanto a quienes investigo, requiere tiempo preparar la escena, quién iba a suponer que me vería en ese trance con la Verona en la primera noche de investigación.

Para ganar unos minutos, acepté el trato con una condición, de acuerdo, se lo contaré todo, pero déjeme que traiga las bebidas por si nos amanece en el relato. Ella asintió e, igual que un boxeador experto, segura de su fuerza, se dirigió a su rincón, donde la aguardaban los amigos con quienes había llegado. No supe nunca qué les dijo pero, tras un breve intercambio de palabras, le dio un beso a *Teté*, otro a la segunda mujer, y se despidió de los demás con un apretón de manos. Mientras, desde la barra, en tanto me servían su ginebra y mi whisky, yo rebuscaba en mi repertorio una mentira que fuera creíble.

Al encontrarme con ella en zona neutral para entregarle su copa, no pude menos que preguntarle, si es indiscreción, me disculpa y lo olvida, pero ¿no se molestarán sus acompañantes si los deja ahora? Ella respondió sin pestañear, tajante y cruda, como si hubiera estado esperando la pregunta desde el principio de los tiempos, *no, sí y me importa un pito*. Ante la cara de extrañeza que debí de ponerle, me lo explicó mejor, quiero decir que *no* es indiscreción, que *sí* lo disculpo y que *me importa un pito* que les moleste que nos vayamos; verás, creo que podemos tutearnos ya, ¿verdad?, al fin y al cabo nos hemos pasado el día juntos, ¿no?, verás, ¿Ricardo?, aunque te cueste creerlo, lo más entretenido de esta noche, no, miento, lo más entretenido de este último año ha sido que me hayas tirado la coca-cola encima del traje, ¿eh?, bueno, sí, es cierto que tú no fuiste, pues que me la tirara el camarero, eso sí, con la inestimable ayuda de tu amiga; por cierto, indiscreción por indiscreción, ¿no te mortifica que se haya escapado con el muchachito?

El resto de la noche me la pasé inventando una historia creíble y comedida, una historia que no despertara sus recelos, una historia mestiza de anécdotas vividas y mentiras indulgentes. Empecé por narrarle mi desmañada amistad con Noelia. La crónica de nuestro desencuentro me sirvió, por lo pronto, para que Elvira bajara la guardia. Luego le hablé de mí, un perito de seguros que andaba tras la pista de una complicada estafa. El caso era que el defraudador trabajaba justamente en la compañía aseguradora, algún zoquete había empleado al zorro para guardar a las gallinas. Se trataba del segundo jefe de la sección de riesgos que se había compinchado con algunos clientes para pasarle la factura de accidentes que nunca tuvieron lugar a la empresa y repartirse con ellos el botín. Eso explicaba mi presencia

en su bufete: estaba interesado en las leyes referidas al caso y no podía acudir a los abogados de la compañía, para no despertar suspicacias. De modo que había decidido buscar a algún experto y, al parecer, Jesús Verona Pallarés, el hermano de Elvira, lo era.

Sólo que, cuando llegué, él estaba en una vista, eso me dijo doña Reme, la secretaria, y decidí esperar por ti, pero, claro, lo tuyo es el Derecho Internacional, eso lo supe cuando te escuché hablar con unos clientes en la puerta, y no podías ayudarme, así que decidí volver otro día, de hecho tengo intención de regresar la semana próxima a hablar con tu hermano; y ¿el resto?, bueno, el resto tiene también su explicación, siempre que estés dispuesta a aguantarme la tabarra, nuestro segundo encuentro fue puro azar, el Monopol está al lado de tu despacho y es un lugar muy socorrido para tomar un sándwich y seguir trabajando, yo voy mucho por allí, ¿que no me habías visto antes?, seguro que sí, lo que pasa es que no te habrás fijado, yo llamo poco la atención, salvo cuando me llevo a Noelia a los saraos, como esta noche, ¿y esta noche?, ah, amiga, esta noche en *La Ronda* yo andaba tras los pasos de mi estafador, Noelia era mi tapadera, pero, como habrás podido comprobar, menuda porquería de tapadera, con la tajada que se agarró no sé si no me habrá agitado la investigación.

Elvira hablaba poco. Sus ojos tristes hablaban por ella. Yo atribuí su reserva, la mesura de sus gestos, a un pasado implacable. Pero antes de que acabase nuestra breve amistad iba a descubrir que su tristeza escondía aún secretos más profundos. Esa noche, en alguna ocasión, me interrumpió para decirme que ella también podía echarme un cabo con lo de la legislación administrativa, que había hecho una carrera universitaria y un doctorado y le servían para algo más, hombre, que para colgar el certificado en la pared del bufete. Puso tono de ofendida pero se notaba a dos leguas que bromeaba. ¿Había decidido confiar en mí? Por lo pronto, comenzó a enseñarme su perfil más amable. Me contó cómo había llegado a hacerse abogada, fue una decisión cómoda porque toda su infancia había estado rodeada de jueces y togas y libros de leyes. Luego me habló de un matrimonio frustrado por la juventud de ella y la impaciencia de él, pero no entró en detalles y no le hice preguntas sobre el asunto. Preferí dar tiempo al tiempo: me interesé por su presente, si estaba contenta con su profesión, si no era complicado eso de trabajar con la familia, si había alguien en su vida. Era lo natural después de haber visto cómo se había despedido de sus acompañantes. Era lo natural porque ella era una mujer muy atractiva. Era lo natural porque yo parecía sentirme, porque yo me sentía, muy atraído por ella.

Y era lo natural también que ella me respondiera, con franqueza, adoro mi profesión, Ricardo, no sabría hacer otra cosa y no es tan difícil trabajar con mi padre, mi tío Nicolás y mi hermano, cada uno a lo suyo y Dios a lo de todos, al principio tuve que recurrir a los viejos a cada rato, claro, me serví de su experiencia que para

eso está, pero ahora rara vez nos reunimos los cuatro y sólo cuando es preciso discutir algún asunto que afecta al bufete; con quien me llevo mejor, sin duda, es con mi padre, te sonará algo cursi pero es mi inspiración, me fío mucho de su pericia, de su intuición, porque en este oficio, aunque parezca lo contrario, la intuición es esencial, y mi padre es como Cochise, ¿recuerdas *Flecha rota*?, en la película, hay un indio domesticado que enseña a James Stewart la cultura y las costumbres apaches ¿o eran las chiricahuas?, bueno, pues el indiecito manso le da un consejo al vaquero que luego le salva la vida, le aconseja que no le mienta a Cochise porque el viejo jefe lee en los ojos de los hombres tan claro como en las señales de humo, pues Jesús Ventura es igualito, tiene los mismos ojos azules y vivos de Cochise, fíjate que algunas veces pasa que estoy hablando con alguien al que no acabo de cogerle el tranquillo, voy a buscar a mi padre con cualquier excusa y me lo traigo al despacho y le presento al cliente, quien por supuesto se queda encantado de conocer al hombre fuerte del bufete; luego, cuando acaba la reunión, toca almuerzo con mi padre, y él no falla nunca, lo que dice va a misa; en una ocasión, cuando me vino a ver el gerente de una naviera, el viejo entró, lo miró durante un segundo, le estrechó la mano y se volvió a su despacho rumiando algo; más tarde, en la comida, durante el café, porque él odia que se hable de trabajo mientras se come, me recomendó que no aceptara el caso, que aquel gerente no era trigolimpio, así es él, este tipo no es trigolimpio, m'ija, mira revirado y tiene las manos sudorosas, eso es del miedo, hazme caso; pues tú quieres creer que, a los dos meses, aquel cabrón se largó al Brasil con quinientos mil euros que la naviera tenía para pagar los sueldos de los estibadores, ¿lo recuerdas?, fue hace dos años, sí, lo publicaron los periódicos nacionales, un escándalo, pues a ese hombre lo tuve yo sentado delante de mí pidiéndome asesoramiento para un negocio que quería montar en los Países Bajos, si no llega a ser por mi padre, me la hubiera metido doblada, todavía estaría escociéndome.

»¿Y mi vida afectiva?, no tengo de eso, qué va, me falta tiempo —aquí se le nubló la sonrisa— y, a qué negarlo, algo de confianza después de mi primer fracaso; sí, ya sé que todos tenemos derecho a equivocarnos una vez y que un grano no hace montaña, pero qué quieres, no te ofendas, ahora no tengo mucha fe en los hombres, y, claro, no puedo estar presentándole a mi padre a cada señor con el que salgo, sería humillante, ¿te imaginas?, ahora llegas tú y, como me gustas y me gustaría volver a verte, lo primero que hago es llevarte a cenar a casa de mi padre para que conozcas a Cochise, qué fuerte, a ver cómo te cuento luego que rompo el tratado contigo porque el viejo jefe dice que miras bizco y que escondes algo siniestro; además, yo soy la niña de sus ojos y el muy jodido seguro que le pondría pegas hasta al príncipe azul, empezaría por desteñirle el traje, como diría él, sí, m'ija, este tipo tiene rucios los calzones, son de un azul mareado, no te fíes.

Elvira hablaba con pasión del procurador. Había entusiasmo y orgullo en sus

palabras. Y había, más que nada, gratitud. Seguro que él la había arropado siempre, sobre todo tras la violación. Si ella había conseguido superarlo con éxito había sido, en buena parte, por Jesús Verona, que no dudó en utilizar su influencia en los juzgados y en la vida pública para rescatarla de aquel infierno con las menos magulladuras posibles y eso pasaba por que exiliaran de por vida al jodido marido. Pude leerlo entre líneas —si bien luego supe que me faltaron líneas por leer— mientras la escuchaba derretirse de veneración filial. Aproveché también para acercarme lo bastante a ella, con la excusa del ruido, y olerla, a ver si me sonaba su perfume, y huronear en su boca, en busca de lacras en las encías, y sumergirme en sus ojos, por si, como Cochise, podía encontrar un espacio libre por donde colar una duda. Todo fue en vano: Elvira olía a manzana, a colonia fresca de niño chico, y su sonrisa era limpia como ninguna, y en su mirada sólo hallé ternura y un poquitín de miedo, cualquiera no, después de lo que había sufrido. Y volví a avergonzarme, por segunda vez en día y medio, de mi profesión.

Fuimos después a un bar que conozco por el Mercado y que nunca cierra. Nos amaneció conjurando fantasmas y tomando café. Me dio tanta envidia la historia que se tenía con su padre, que me traje a la mesa una vez más a mi abuelo Colacho para equilibrar la partida. Compartimos ausencias porque ella había perdido también a su madre cuando más le hacía falta y el procurador tuvo que hacerse, de repente, padre y madre y cura y jefe y colega, algo asombroso para un hombre de su edad y su educación. Y puestos a confesarnos, le hablé, sin desvelar las causas, de mi reciente ruptura con Malena *canta el tango con voz de sombra*, no hay quien entienda a las mujeres, pasan de la gran seca a la gran remojada en lo que se para un trompo; pero no, no estoy siendo justo con ella, la verdad es que Malena fue siempre clarita como el agua y yo me suponía que, si había de romper con ella, ése era el método natural, otra cosa hubiera sido una sorpresa, así que no sé de qué me extraño.

La dejé en su ático de Maninidra —para ser más precisos, en la esquina con Primero de Mayo— cuando ya la mañana del sábado había estallado. Me despedí de ella con la firme promesa de llamarla para cenar o tal vez almorzar, así aprovecharía el día en que fuera a hablar con su hermano al bufete. Llegué a casa baldado, jamás me acostumbre a trasnochar, ni siquiera en la época de la universidad, en La Laguna. Sólo me desmadraba cuando había una muchacha de por medio, como la vez en que me enamoré de los pezones dulces de Rosa Montelongo en la noche lluviosa de San Diego, pero eso ocurría de higos a brevas. En el contestador no había mensajes desde la noche anterior y eso me animó bastante, *no news, good news*, que dicen los británicos. El reloj titilaba con una luz bermeja. Eran las ocho y media. El sol se había instalado en todos los rincones del salón. Me serví de la claridad para irme desnudando de camino a mi cuarto y, al llegar a la cama, ya sólo llevaba encima el sueño. No desconecté el teléfono. No corrí las persianas. Ni siquiera desplegué las

sábanas. Hice a un lado el edredón de cuadros, que se quedó abatido y mustio en una esquina, y me dispuse a dormir doce horas.

No llegaron a doce. Tan sólo fueron ocho pero hicieron el mismo efecto. Luego de soñar una aventura extraña en la que me perseguía la policía con sus coches patrulla por las calles de la ciudad, y todo el mundo —la mujer con el niño gordo y pusilánime, Marieta, la estudiante de la biblioteca, y hasta el abuelo Colacho con una botella de licor de canela— se empeñaba en chivarse de dónde me escondía, a las cuatro y veinte abrí los ojos. Me despertó el cansancio, el molimiento de cuerpo de tanto tiempo tumbado en la misma posición. Sin embargo, anduve ganduleando un poco más. Decidí dilapidar todo el fin de semana en no hacer absolutamente nada, con la firme convicción de no dejarme avasallar, luego, por el remordimiento. Era el primer sábado después de Malena y me propuse olvidarme de que cantaba el tango como ninguna y de su pena de bandoneón y de sus periódicos tirados sobre la cama y del olor de su cuerpo recién amanecido. Me levanté a la cocina a beber agua. Tenía la lengua acartonada y resacosa. Y entré, luego, en el baño a tontas. Cuando salí llevaba encima el albornoz y la sólida idea de volver a la cama a dejarme morir un rato más. Pero me lo impidió la lucecita del contestador. Me estaba picando el ojo con descaro. Alguien había llamado durante la mañana. Acaso confundí el timbrado con las sirenas de los coches del sueño. Descolgué el auricular esperando que fueran, para variar, buenas noticias o simplemente alguien que se hubiera equivocado de número y le dejase un mensaje a otro, a una peluquería de señoras por poner un ejemplo.

Pero no iba a tener esa suerte. La voz eléctrica y postiza de la operadora, tiene-un-mensaje-nuevo-mensaje-número-uno-recibido-hoy-a-las-trece-horas-veintiún-minutos, dejó paso a otra más sepulcral e inquietante, no te hagas ilusiones, detective, no eres tan bueno como crees; pasa que anoche no *se me apetecía* volver a hacerlo, pero no me he olvidado; ya tengo preparada una ropa preciosa para el próximo; ah, y arregla el fechillo, no vaya a ser que entre alguien cuando estés dormido y se aproveche de tu desnudez; por cierto, detective, es verdad que tienes un bonito culo.

Me dirigí hacia la puerta de entrada y no vi nada extraño, nada que delatara una presencia intrusa. Estaba cerrada por dentro, como siempre, la cerradura intacta. Sólo el pasador, colgando igual que el cuerpo de un ahorcado, revelaba que esa mañana me había olvidado de fijarlo. No le di mayor importancia. Sin duda, la asesina intentaba ponerme nervioso, jugaba a hacerle un siete a mi equilibrio. Aunque estaba lo de la despedida. ¿Cómo habría averiguado que dormía desnudo? Di vueltas por la sala buscando alguna falla: una lámpara encendida, una silla descolocada. En mi obsesión, revisé el aparato de teléfono, el televisor, la radio, las juntas de las puertas y las paredes, en busca de micrófonos, de cámaras ocultas, pero no encontré nada. Volví al dormitorio y me asomé a la ventana. Podía ser que me estuviera observando desde algún lugar de afuera. Imposible. La manzana entera estaba poblada de edificios

rocosos de no menos de diez plantas. Ningún tejado a la vista. Ninguna casa terrera por donde colarse a espiar.

Algo se me estaba pasando. Eso era evidente incluso para un entendimiento embotado como el mío aquella tarde. Pero ¿el qué? ¿Dónde no había mirado? Regresé al salón y me senté en el sofá. Le di vueltas a todo. Revisé desde allí cada esquina de la casa. *Pena que vas, cavilación que vienes*, cogí un cofre de madera que me habían regalado con motivo de una conferencia, tan aburrida como celebrada, que impartí en unos festejos populares; versaba sobre la relación existente entre el clima de algunas zonas de las Islas y la abundancia de suicidios y delitos de sangre. El cofre llevaba una placa dorada con una inscripción, el Ilustre Ayuntamiento de Agaete a don Ricardo Blanco en agradecimiento bla, bla, bla. Lo devolví a su sitio. Pero no era su sitio. Ese cofre había estado siempre en la segunda balda de la mesilla de cristal. Lo había desterrado allí porque me molestaba, ocupaba demasiado espacio y me impedía colocar las piernas encima de la mesa cuando escuchaba música o leía. Y entonces se aclaró todo. O se ensombreció. Alguien había estado allí. Y había utilizado el cofre para dejar constancia de que había estado allí. Era el quinto elemento. Sonaba a película de ciencia ficción, pero así era. Lo habían colocado en el primer baldón de la mesa, junto a otros cuatro objetos que sí que iban allí, para poder escribir, bien clarito, una *eme* mayúscula, por entonces ya la *eme* de *mierda*, de *maldita* tu estampa, de *muérete mucho*, de *me-cago-en-tus-muertos*.

Pero tenía que controlar mis nervios. De nada me servía el pataleo. Había que pensar con frialdad, con la misma que actuaba la mujer misteriosa, la mujer calculadora que había hecho de su capa un sayo y se me había colado en el apartamento, la mujer fría como un iceberg que había ingeniado, con enorme eficacia hasta la fecha, un método de desprenderse, de mofarse, de humillar a los hombres. Porque no nos enfrentábamos, era ya obvio, a una loca, a una desequilibrada que obraba por impulsos, a una paranoica que se transformaba en mensajera de la muerte cuando caía la luna de los viernes. Era lista como el hambre. Y quería que supiéramos que era lista como el hambre. Que supierámos que ella sabía que lo sabíamos. Jugaba con nosotros al ratón y al gato, ella se acariciaba sus bigotes de gato y a nosotros nos venía que ni pintada la piel del ratón. Tenía claro lo que estábamos haciendo y nos lo iba a poner difícil. O no. Tal vez quería ponérselo fácil para que la atrapáramos. Había leído, en algunos tratados de psicología, que la mente humana es más enrevesada de lo que creemos, que a veces enseña lo que quiere esconder y esconde lo que quiere enseñar, que a los asesinos puede moverlos la vanidad, el exhibicionismo, la ostentación: no consiste sólo en cometer un crimen, ni siquiera el crimen perfecto; existe, además, una necesidad, reivindicación casi, de que el resto del mundo se entere, de que admire su obra maestra. Ella parecía de ésas.

Porque, al principio, se contentó con poco, buscó la nocturnidad, la soledad de un

apartamento de soltero, el escondite de un fin de semana. Así fue con los dos primeros muertos: Mario Bermúdez, Carlos Ventura. Luego se atrevió a más. Yo había achacado a la suerte —o a una información privilegiada que la asesina había obtenido soplándole al oído al pobre Lucas Travieso— el hecho de que Raquel Calvo no estuviera con su marido la noche de su muerte. Pero ahora, a tenor de la nueva perspectiva que se me ofrecía, la cosa cambiaba: tal vez, la asesina empezara a quedarse con hambre de notoriedad y quisiera subir la apuesta y se citara con Travieso en su casa a punto de que los sorprendiera Raquel. El placer morboso fue superior a su instinto de supervivencia. ¿Qué hubiera pasado entonces?, ¿la habría matado también a ella? Eso, claro, ya no lo sabríamos.

Lo que sí sabíamos era que había perdido la compostura. Ya no tenía miedo a dejarse ver, y eso era —como le había dicho a Álvarez— bueno y malo. Bueno, porque se exponía más y resultaba más fácil de atrapar. Malo, porque igual que les ocurre a los niños, la mujer misteriosa obraba por impulsos, se había vuelto atrevida, ya no la detenía nada: se había comprometido en casa de Ventura, cuando lo del bastonazo; y lo había vuelto a hacer esta vez en mi propia casa. ¿Qué sería lo próximo? Ya sólo le quedaba presentarse en mi oficina a tomar una taza de café, hola, Blanco, qué tal, me llamo M. y he matado a tres hombres... por ahora, a ti te dejé escapar porque me diste lástima, m'ijo, allí desangrándote, tan poquita cosa, porque no tenía nada contra ti, porque no llevaba a mano un conjunto de ropa interior que hiciera juego con tus ojos, pero todo se andará, de hecho ya te he visto en pelotas y te he tomado medidas, no quieras saber lo bien que te sentaría un body color hueso con pespuntos calados.

El resto del sábado me lo pasé eludiendo presentimientos. Salí a dar una vuelta, buscando el aire que me faltaba dentro de un piso cada vez con más olor y color y sabor a ratonera. Como había visto hacer en las películas de detectives, me arranqué un pelo y lo pegué con saliva a la puerta, a cinco centímetros del suelo, para coger en un renuncio a la enigmática asesina si se atrevía a regresar. Cuando volví, el pelo seguía en su sitio. Y yo tenía media cogorza de coñac barato. La otra solución para espantar fantasmas era la de pedirle asilo político por un fin de semana a mi abuelo, pero no me atreví a hacerle esa putada a Colacho, con el disgusto que ya tenía a cuenta de su vejez. Me prometí ir a visitarlo el domingo a mediodía. Y ni siquiera eso pude cumplir.

Porque esta vez sí que lo oí. Eran más de las dos de la tarde. No hubo pesadilla que impidiera que el timbrazo me hiciera dar un brinco. Salté de la cama —llevaba unos calzoncillos y una camiseta, a ver quién era el guapo que volvía a dejarse las vergüenzas al aire con lo que estaba cayendo— con el convencimiento de que mi suerte podía mejorar. Pero empeoró. Era Malena y estaba muy asustada. Su voz sonaba a miedo, a miedo en estado puro, desparramado y silvestre. Y tras el miedo,

un escándalo de pitas y de voces. Estaba en un teléfono público, a dos manzanas de su apartamento. Intenté calmarla y enterarme de algo, porque lo contaba todo atropelladamente, espera, mi cielo, espera, ¿qué haces en una cabina?, ¿por qué no estás en casa? Y ella se sonó la nariz y cogió resuello, yo allí no vuelvo ni loca, haz el favor de venir tú, que para eso es culpa tuya. Y yo, más desorientado, ¿culpa mía?, ¿el qué es culpa mía?, ¿qué diablos ha pasado? Y ella, del miedo a la rabia no hay más que un paso, me la han matado, coño. Y yo, ¿a quién te han matado? Y ella, ¿a quién va a ser, tonto del culo?, a Salma.

El salón de su casa estaba patas arriba. Había signos evidentes de lucha: cojines por el suelo, una lámpara caída sobre una mesa con su tulipa destrozada, el perchero de caoba con dos abrigos oscuros y una bufanda a cuadros escoceses contra la pared, un cartel —un lago azul y quieto, un bosque al atardecer, siete artistas cubanos en el Museo Español de Arte Contemporáneo, Madrid, marzo-abril 1983— desflechado por los bordes. Toda la pulcritud y limpieza que había mantenido la asesina en los anteriores crímenes se había tornado tosquedad e imprecisión. Porque, evidentemente, si se es mujer fascinadora y lista, no es lo mismo lidiar con un tipo lujurioso, dispuesto a morir si es preciso para apagar el celo de su entrepierna, que con una gata de angora sin apetencias, esquiva y huraña. Salma se había defendido como lo que era, un animal acorralado. Había luchado, había cobrado cara su muerte. Y ahora yacía en una esquina, detrás de un mueble bar de bronce y vidrio, con los ojos abiertos y la cabeza despedazada. Un sendero de sangre revelaba que la asesina la había lanzado, con furia desatada, contra la pared. A través del cristal los rasgos del animal se distorsionaban, se deformaban en una mueca horrenda. Recordé el episodio del bastón con remate de perro perdiguero y un escalofrío me recorrió la nuca.

Malena se mantuvo lejos de ella, de pie, con los brazos cruzados de impotencia, meneando la cabeza, negándose a aceptar que hubiera alguien tan salvaje. Comenzó a llorar, muda, igual que si estuviera rezando. Me recordó a las mujeres indias doliéndose por sus muertos con el corazón quebrado y la dignidad intacta. Cuando me acerqué a confortarla dio un respingo y me detuvo con las palmas de sus manos grandes, primero atrápame al que hizo esto, y luego ya veremos si te perdono. Acepté su recelo, al fin y al cabo ella tenía razón: todo era culpa mía. No podía quitarme de la cabeza la idea de que la había puesto en peligro. No sabía entonces cómo había llegado la asesina a relacionarla conmigo, pero ya no podía negar que estábamos juntos y hasta el cuello en aquel caso. Di la vuelta al sillón. Me acerqué al cadáver de la gata. Inspeccioné la sangre de su cabeza y de la pared. Busqué restos de piel entre sus uñas. Volví sobre mis pasos. Recompuse la escena mentalmente. Debió de empezar todo en el sillón individual, el sillón veteadado verde y ocre. Salma estaría adormecida cuando apareció la asesina. Habría intentado huir del ataque a través del sofá, dejando un rastro de cojines esparcidos. La mujer la habría perseguido por el

cuarto. Salma habría buscado refugio detrás de la biblioteca y, en su carrera, habría tropezado con el perchero, que a duras penas se mantenía sustentado por uno de sus cuernos. Luego, la asesina se lanzó tras la gata y se apoyó en la pared a la altura del cartel de los artistas cubanos contemporáneos. En su impulso se llevó por delante medio rótulo, medio lago, media palmera y un pedazo de cielo azul de primavera. Salma giró en seco, como sólo los gatos son capaces de hacer, y mendigó un poco de respiro, de nuevo, en el sillón. La mujer tropezó con el cable de la lámpara que, al caer, perdió la caperuza color marfil. Y, por fin, la atrapó en la esquina del mueble bar. Implacable, frenética, acaso cabreada de tanta pejuguera, la agarró por la cola o por las patas y la reventó contra la pared. No necesitó más que un instante para comprender que todo había acabado, seguramente Salma habría lanzado el último gáñido, el último lamento de su séptima vida.

Hasta ahí todo concordaba. Si la asesina mantuvo su costumbre de ponerse guantes —como después comprobé, usando una tintura doméstica de ceniza y polvos de talco— no habría ninguna huella. Pero el tiempo la apremiaba. No había podido recogerlo todo como hubiera hecho en uno de sus crímenes rituales. No había dejado su marca del zorro, la *eme* siniestra sobre el aparador. Y tal vez hubiera también descuidado su retaguardia en otros detalles. Así que desanduve la travesía mortal que habían seguido Salma y su verdugo procurando pisar con cuidado. Y mis pasos me devolvieron, tras una breve peregrinación por la sala de estar, de nuevo al mueble bar. Ya había perdido la ilusión de hallar una mínima señal de esperanza que dejarle a Malena —¿o era para espantar el exceso de culpabilidad que me abrumaba entonces? — cuando sentí crujir un trozo de cristal. Levanté con cuidado el pie y lo recogí. Revisé la bandeja del mueble buscando mellas en el vidrio. Pero estaba limpio. Igual que los vasos —había cinco— y la jarra de licor que estaba a un lado. Me volví hacia Malena, escúchame, ¿no tienen que ser seis los vasos? Ella me miró, atónita, sus grandes ojos como lunas luneras, ¿qué dices?, ¿vas a hacerme inventario de la casa? Y yo, impaciente, responde, por favor, ¿cuántos vasos de whisky venían en este juego? Y ella, joder, pues seis, cuántos quieren que vengan, seis, media docena es seis, carajo, lo que pasa es que uno se rompió al desembalarlo y aún no he encontrado repuesto, parece que son de un diseño original, ¿por qué? Y yo, conteniendo la euforia, acercándome el vidrio roto al ojo, mirando a través de él, porque me da que a esta cabrona yo le he visto el hocico.

Retrocedí en el tiempo un par de días. A una mañana dura de calvario. A un dolor de cabeza desmedido. A una biblioteca atestada de gente. A una estudiante de Derecho que adoraba el riesgo. Y a una rubia igualita que Kim Bassinger igualita, a su vez, que Veronica Lake con zapatos de tacón y medias y, sobre todo, con unas gafas de concha negra a las que seguro les faltaba ahora un pedazo de cristal. Comenzaba a atar cabos. Estaba más que claro: la mujer —ya menos enigmática—,

tras el trance del bastonazo, me había esperado en la calle, agazapada en algún lugar; me había seguido, primero, a casa de Pancho Viera y, luego, a mi apartamento; había descubierto dónde vivía; y había vuelto al día siguiente; y yo, torpe de mí, confiado, ingenuo, la llevé a la biblioteca; y le presenté a Marieta; y se hicieron amigas; y, por lo visto y por lo oído, hablaron de mi trasero —*es verdad que tienes un bonito culo* había dicho la voz en el contestador—; y la guie más tarde hasta el trabajo de Malena; me vio llegar con un regalo para ella; me vio salir cabizbajo y sin regalo; y sumó quebrados —Malena y yo—; y, al fin, decidió darnos un susto a los dos, entrar en mi apartamento mientras yo dormía y visitar a Malena cuando ella trabajaba; y nos dejó recado, a mí un mensaje en el contestador, y a la pobre Malena, *más buena que yo*, pero más desdichada, lo de Salma, tremenda hijoputada.

—Una tía con esas características estuvo anteayer en la oficina. Dijo que se llamaba Evangelina nosequé. Preguntó por una cartilla de ahorros que ofrece un interés muy alto.

—¿Hablaste con ella?

—Yo qué sabía. Parecía agradable. Y es cierto: se da un aire a Kim Bassinger.

—¿De qué hablaron?

—De nada. Yo le informé de las deducciones fiscales que tenía la cartilla. Le advertí que tenía que abrir una cuenta con nosotros para beneficiarse de esas ventajas. Le entregué un formulario para que lo rellenara. Y ella se lo llevó. Dijo que se lo pensaría.

—Y bien que se lo pensó, mierda. ¿Recuerdas algo más?, ¿algún rasgo llamativo?, ¿cicatrices?, ¿un acento en su voz?

—Hablaba con acento y con giros canarios. De eso sí me acuerdo porque entró cojeando y yo le pregunté si estaba bien y ella me contó que se había *esconchabado* una pierna, y que había ido a un estelero a que se la remendaran. Así lo dijo.

—Eso lo suponía. Por el mensaje que me dejó ayer. Utilizó la palabra *fechillo* para cerradura y también *se me apetece*. Está claro que es de Las Palmas. Y no puede tener menos de treintaicinco.

—Y bastante pasta también: vestía muy elegante y llevaba unos pendientes y un collar de oro picado a juego preciosísimos. Me faltó el canto de un duro para preguntarle dónde los había comprado.

—Pudo haberlos heredado.

—Por poder sí que pudo. Pero que tiene dinero no lo dudes.

—¿Lo dices por la colonia?

—Lo digo por las tetas. Las llevaba operadas.

—¿Estás segura?

—Joder, Ricardo, ¿vas a enseñar a tu madre a hacer hijos? Si aquello era natural yo soy la reina de Inglaterra.

—Y eso debe de costar un huevo.

—Y parte del otro. Calcula cuatro mil euros por lo bajo.

Dejé para más tarde una idea que me había venido mientras la oía relatarme su encuentro con la mujer: tetas postizas, el pie esconchabado, un cuerpo imponente. Curioso perfil. Pero lo primero era lo primero. Le recomendé a Malena que cambiara la cerradura y reforzara la puerta. Y me apliqué el cuento. No podíamos correr más riesgos. Se encargaría de buscar un buen cerrajero y, de paso, llevarlo también a mi casa, a lo mejor nos hace rebaja, dos por uno, o algo así. Le hice prometer que estaría atenta por si volvía Kim Bassinger, aunque no hubiera apostado un euro por ello. Y le prometí a cambio que compraría un teléfono móvil, a pesar de la antipatía que siento por esos aparatos, para estar comunicados en todo momento. Por lo pronto, ese domingo, Malena se quedaría conmigo, lo siento, *ma chérie*, pero no me atrevo a dejarte sola, no creo que se atreva a volver si estamos juntos, demasiada desventaja, así que coge lo que necesites para un par de días por si las moscas y mételo en una bolsa. Ella recuperó el color pero se hizo la dura y siguió en sus trece, vale, si crees que es lo mejor, me quedo contigo esta noche, pero esto es sólo un armisticio, aún seguimos peleados. Y yo, de acuerdo, de acuerdo, y para que veas que pienso respetar las reglas, mientras estés bajo mi techo, dormiré en el salón.

Malena entró en su cuarto a hacer la maleta, mientras yo esparcía inútilmente polvos de talco mezclado con ceniza por si encontraba huellas, mientras limpiaba la sangre de la pared con un paño húmedo, mientras enderezaba el perchero y ordenaba los cojines y recomponía la lámpara y buscaba una espumadera de la cocina y recogía el cuerpo de Salma y lo envolvía en la alfombra desastrada y vieja donde el animal dormía. De repente salió con su equipaje y me vio, de pie, en la puerta, con lo que había sido su gata en los brazos. Y se erizó. Y suspiró. Y se pensó mejor lo de andar peleados, bueno, Ricardo, tampoco es para sacar las cosas de quicio, no voy a permitir que te quedes en un sillón incómodo mientras yo duermo en una cama enorme, como sé que te vas a portar bien, puedes quedarte conmigo. Con mi sonrisa le volvió el calor, estupendo, mi cielo, una buena decisión, ahora toma las llaves del coche y espérame allí, que voy a hacer un mandado. Malena se acercó a la alfombra con cara de duda. Fue a descubrirla, pero se lo pensó mejor y la acarició sin tocarla, apenas con la mirada. Desconfiaba de sus fuerzas. No era tan dura. Lo suyo era únicamente algo de pose para salir indemne de una batalla, tan extraña como turbadora, que amenazaba con dejarle marcas de viruela hasta en el alma. Luego, fue a la mesilla donde estaba el retrato de Salma que una vez me tiró a la cabeza, lo cogió y se lo metió en el bolso, agarró las llaves y salió de la casa sin pronunciar palabra.

Yo tardé diez minutos en llegar a unos jardines cercanos que dan a la bahía, donde en otro tiempo estuvo el Hotel *Metropol*. Medio siglo antes se alojó allí —me lo contó Colacho Arteaga con la mirada truhana que ponía a veces— una tal Mary C.

Miller, la C. de Clarissa, si la memoria no me traiciona, una inglesa que escribía novelas de misterio. Me dio por pensar en ella. No me extrañaría que tuviera un gato. Así que decidí brindarle el entierro con el convencimiento de que, si Agatha Christie me hubiera visto entonces —un tipo sigiloso, en un domingo, escarbando en un parterre con una espumadera de latón para hacerle sitio al cadáver de una gata de angora—, hubiera comprendido que la realidad siempre acaba por superar a la ficción.

Cuando regresé al coche, Malena estaba adormilada y sonaba un programa de música clásica en la radio. Al abrir la puerta, dio un respingo. Pero, no más me reconoció, volvió a cerrar los ojos y ya no habló durante el trayecto de vuelta. Dejamos que gimiera el violonchelo de Pau Casals, *Piano trío número uno en Re menor, opus cuarentainueve*, de Félix Mendelssohn, eso dijo el locutor, paladeando cada sílaba, arrastrando las eses, respetando con fervor cada pausa, con esa voz arcana que ponen los locutores de música culta cuando quieren darse pisto. Una vez en mi apartamento, noche cerrada ya, apenas nos dio tiempo para preparar una cena ligera —ninguno de los dos tenía demasiado apetito, máxime después de lo ocurrido—, darnos una ducha y acostarnos. Ella se quedó o fingió quedarse dormida mucho antes, no en vano yo me había despertado después del mediodía. Me dediqué a sentirla respirar a mi lado, a escucharla gemir, a oler su perfume, a velarle el sueño, a acogerla en el hueco de mis brazos cuando se dio la vuelta y se acurrucó allí como si tuviera intención de quedarse a vivir para siempre. Y me dediqué a devolverle cada uno de sus besos, reales o soñados, y a aceptarle el calor de su cuerpo y a quererla de nuevo y siempre con dulzura.

El lunes amaneció triste. El cielo estaba encapotado y borroso como un cuadro a medio terminar. Malena se había marchado temprano, tenía que estar en la sucursal antes de las ocho para poner al día a todo el mundo. Yo me dejé dormir un rato más hasta las ocho y media. Me afeité como pude. Me barnicé la cara —aún me quedaban migas moradas de la guerra de los Balcanes— y desayuné apresuradamente. Quería llegar a la biblioteca cuanto antes, a quien madruga Dios le ayuda. Pero Dios estaría en otras cosas porque Marieta no apareció por ningún lado. Quien sí lo hizo fue el otro muchacho. Allí seguía, sorbiéndose la nariz, debía de ser un *tic* nervioso. Le pregunté por ella, por si la conocía. Me respondió que, en efecto, la conocía pero no la había visto esa mañana, tal vez estaría en la facultad. Supe por él que Marieta estudiaba en Tafira, en el nuevo aulario, y que, a pesar de llevar tres años allí, estaba más cerca de primero que de tercero, si la anda buscando, yo lo intentaría en la segunda planta, en la doscerouño o doscerodós, también puede estar en la cafetería, es de las mejores de toda la universidad. Le di las gracias y lo dejé con su concierto de secreciones.

La hallé efectivamente, en un cambio de hora, en la doscerodós. No me reconoció al principio, es por el maquillaje, el otro día estabas hecho una porquería, casi me gustabas más. Y yo —mejor, el yo del otro día— le agradecí la galantería. No quise entrar en discusiones sobre su dudoso gusto en cuanto a hombres. La invité a un cortado en esa cafetería tan buena que dicen que tienen aquí. Y ella me lo aceptó, okey, encantada, es verdad, los precios están bien, los donuts son frescos y es razonablemente limpia. Cuando la conversación me dejó un hueco, le hablé de la mujer rubia de las medias de seda, estoy intentando dar con ella desde el miércoles, tengo un recado que darle. La muchacha me miró. Dio un sorbito a su café. Hizo una mueca con la nariz en plan no me creo nada pero allá tú. Y me contó una historia.

Resultó que no había visto nunca antes a la rubia, que le preguntó por mí, que hicieron conjeturas sobre lo que me habría podido pasar en la cara, Kim Bassinger apostó por un marido celoso que trabajaba de forzudo en el circo y Marieta, más pragmática, por que yo era profesor de instituto y el padre de una alumna de bachillerato quiso dejar bien sentado que no le gustaban las tonterías que me tenía con su hija. Ganó Marieta —*malos tiempos para la lírica*— porque su versión explicaba mejor mi presencia en la biblioteca Pública, yo debía de andar buscando a mi amante adolescente. Luego se despidieron y ella volvió a sus apuntes. No recordaba nada más, apenas hablamos unos minutos, la mujer llegó antes que tú, lo sé porque todo el mundo tuvo que ver con ella, es una tía despampanante, no hay duda, y no pasa desapercibida, entró y pidió por un libro, uno de los bibliotecarios, un baboso prejubilado, ¿sabes lo que te digo?, salió disparado de su mesa para

acompañarla al estante, luego yo volví a lo mío, tengo un examen la semana que viene, estoy en quinta convocatoria con el Internacional Privado y como no me espabile, me la llevan a sexta, ¿eh?, ¿la mujer?, Jesús, sí que estás interesado, ¿que no es lo que parece?, ja, a mí me la vas a dar, ¿te piensas que soy idiota?, bueno, hombre, te perdono por invitarme al cortado, pues, ¿por dónde iba?, ah, sí, por el libro, era un libro raro, de ésos de filosofía o algo por el estilo, la cubierta era un cuadro renacentista, ¿sabes lo que te digo?, había mujeres medio desnudas, así —hizo un gesto deslizado sus manos por el talle—, con tules y gasas transparentes, parecían *Las tres Gracias* de Rubens pero bastante menos gordas, ni idea de qué iba el libro, no me dio tiempo a ver el título, pero lo tienes fácil, habla con el viejo verde que se lo buscó, siempre está allí, detrás del mostrador buitreando a las niñas, pues eso es lo que hay, la mujer llegó antes y se marchó un minuto después de irte tú.

Dejé a Marieta en la cafetería charlando con unos compañeros. Antes de despedirme volví a ejercer de chico bueno paternalista, no te quedes mucho aquí si no quieres llegar a sexta convocatoria con esa asignatura, y gracias por la información, no sabes qué bien me viene. Ella me respondió con una sonrisa burlona, que tengas suerte con la rubia, yo no me fiaría mucho de ella pero tú mismo, ah, Ricardo, y, por si no es lo que aparenta, mi oferta sigue en pie. Siempre me ha sorprendido la capacidad de las mujeres para descifrar enigmas, para ver en la oscuridad. Tienen desarrollado el instinto felino de percibir sonidos de baja intensidad, en miradas y poses, en silencios y gestos. Nos llevan siglos en eso. Debe de ser algo genético o alguna célula cerebral de más, porque algo así no se aprende ni se enseña, qué coño, se tiene o no se tiene. No hay escuela para ello. Conduje desde Tafira dándole vueltas a la advertencia de Marieta: puede que fuera cierto lo de que la rubia no era lo que aparentaba. Por si las moscas decidí andarme con cuidado.

El viejo bibliotecario me atendió con desgana, sin levantarse de su asiento. Sólo cuando le hablé de Kim Bassinger parecieron iluminársele los ojillos. Si me dan a jurar, juraría que también suspiró, pero a mí sólo me interesaba el libro. Por supuesto que el viejo se acordaba de ella, cómo no iba a acordarse, con esa elegancia, ese porte, ya no hay mujeres así, vino buscando un estudio sobre el erotismo en el arte, curioso, ¿verdad?, un libro extraño, ¿antiguo?, no, qué va, creo que se publicó a finales de los ochenta, es de una tal L. Lawner, se titula *Los dieciséis placeres*, sí, fíjese qué nombrecito más sugestivo, ¿perdón?, ¿la ficha de la mujer?, bueno, ejem, eso es materia reservada, no voy a poder dársela, sólo puedo decirle su nombre, Evangelina, Evangelina Lynne, de padre irlandés me dijo, de ahí su pelo y su acento, ¿eh?, sí que tenía acento, un acento extranjero aunque se le entendía perfectamente.

Salí de allí cabreado. La rubia lo había engañado como a un chino, irlandesa dijo, Lynne dijo, con acento, dijo. No insistí en pedirle la ficha. Podía, incluso, haberlo amenazado con volver con la policía a echarle abajo el quiosco pero no hubiese

servido de nada. Va la paga de julio a que ni siquiera le había pedido el carné. Me imaginé la escena: una mujer de cine, sensual, meneando las caderas, pestañeando, poniendo morritos, sorprendida de su mala memoria, gagueando, *migue usted*, qué estúpida, he olvidado la documentación en mi *apartamento*, ¿quién iba a desconfiar de alguien así? Y el viejo, no se preocupe, lléveselo y tráigalo cuando pueda, no se lo diga a nadie, aunque no pasa nada porque, además, resulta que yo soy el jefe de sección, tengo libertad para fiarme de quien me plazca y usted me place, ejem, perdón, quiero decir que de usted me fío.

Manda huevos.

No me fue difícil, sin embargo, encontrar el libro. Lo había editado Temas de hoy en el año ochentay ocho. Y en la portada —Marieta tenía buen ojo para el arte— lucía *La Primavera* de Botticelli, Galería de los Uffizi, Florencia. Su autora, Lynne —mira por dónde apareció el seudónimo— Lawner, analizaba una serie de grabados y poemas renacentistas de lo más eróticos, dieciséis sonetos y un epílogo, dieciséis posturas sexuales y un comentario, dieciséis formas de amarse con lentitud o pasión, con ternura o arrebato, con delicadeza o ardor guerrero. Ahí estaba la clave: la jodida era una entendida en el arte del placer, una Venus que honraba los viernes. Y los había enganchado a todos, a Mario Bermúdez, a Carlos Ventura, a Lucas Travieso, que seguro habrían alucinado con sus saberes, que seguro se habrían dejado arrastrar a una aventura funesta. Y seguro ahora estaría preparando, en cualquier lugar de la ciudad, un nuevo crimen. Igual de despiadado, igual de cruel, igual de premeditado. Sólo faltaba saber —además del nombre de la víctima— qué posición elegiría para su puesta en escena, por qué postura optaría. ¿Por la número cuatro, *la cortesana ayuda a su compañero a insertar su órgano*? ¿O tal vez por la quince, *el hombre lleva en brazos a la mujer mientras copula con ella*? Y ¿le recitaría unos versos —*de acuerdo, mi bien: empújalo de canto / más allá, más abajo, está, ¡no escupas!* / *¡Oh pene, fiel compañero!*, *¡oh, pene santo!*— mientras se dejaba hacer? Tenía todo tan poco sentido. Lo único cierto era que la hechicera rubia disponía de cinco días para su sortilegio.

A las doce y media llegué a mi oficina. Inés me tenía reservados dos avisos: uno de Álvarez, preocupado por mí y algo perdido en su investigación, y otro de Pablo Ferrera, del periódico, me habían respondido a lo del anuncio, una tal *Eva, puedo llenar hasta el último de tus vacíos*. Llamé a Pablo y me contó la historia, parece ser que la voz al teléfono se quedó impresionada con mis encantos y quería comprobar *in situ* y uno por uno si eran reales o producto de un exceso de presunción. Pedía una cita. Ferrera le propuso, como yo le había sugerido, que la chica fijara fecha y emplazamiento. Y Eva eligió el viernes, a las nueve y media, en la cervecería irlandesa del Bulevar Monopol —cuando se pone de moda un sitio no hay quien se le resista—. ¿Significaba algo? Tal vez sí. Tal vez Eva era la asesina. Tal vez era su día

de función. Tal vez vendría preparada para armarla. Por otra parte, el viernes y el Monopol no dejaban de ser lugar y fecha muy propicios para una cita a ciegas.

Pero ¿a ciegas? Imposible. Si Eva era la mujer de la biblioteca, la que me atizó un perrazo, la que entró en mi piso, la que estampó a la pobre Salma contra la pared, de «a ciegas» nada. La tipa se había memorizado hasta el último lunar de mi espalda, había contado hasta la última cicatriz de vacuna contra la escarlatina que me adornaba el trasero. A quién carajo pretendía yo engañar. No iba a poder acudir a aquella cita. Tenía que enviar a alguien en mi lugar, alguien a quien la rubia peligrosa no conociera, alguien a quien ni siquiera asociara conmigo.

Maldita la gracia que le hizo a Pablo Ferrera mi proposición indecente. No había otra opción, te lo prometo, Pablo, el cielo sabe que no te enviaría a ti a una misión de esta naturaleza si pudiera ir yo personalmente, pero no hay más cera que la que arde, o te presentas tú o se nos va todo a la mierda, además, hombre, dónde está tu espíritu aventurero, dónde la utopía del periodista que fuiste, que eres, que sé que has sido siempre, no vas a tener otra oportunidad como ésta de pasar a la historia como el hombre que capturó a Eva, alias Kim Bassinger, alias Veronica Lake, alias Evangelina Lynne, que viene a ser como el hombre que mató a Liberty Valance, pero sin tiros, que sí, joder, te lo aseguro, será lo mismo, fíjate, tú haces —dediqué mi alegato a Elvira Verona— de James Stewart, o sea, nada, te dejas caer por allí, y te ganas la fama y a la chica, mientras, a mí me toca hacer de John Wayne, o sea, todo, esperar tras una columna, disparar, si se precia, seguir en el anonimato y morirme de soledad al final, ¿eh?, sí, claro, ya sé que era al principio, que era una película en *flash back*, qué más da eso ahora, me muero yo de todas formas, ¿o no? Pablo seguía sin convencerse, a mí James Stewart me pareció siempre un infeliz, Ricardo, se las metían dobladas. Y yo, sí, vale, pero ¿a que no moría nunca?, ¿eh?, bueno, al principio sí, en un par de películas del salvaje Oeste y el nacimiento de una nación y la vida de Glenn Miller, joder, con la Iglesia hemos topado, pero ahí se mueren todos, si no los mata un indio, lo hace el frío o una enfermedad chungueta, carajo, Pablo, no jodas, ¿me vas a comparar?, ¿dime?, claro que estaré contigo en todo momento, jurado, a menos de diez pasos, ¿y llevarás un micro?, por supuesto, ¿y policías?, no, policías no, que no me fío, cantan demasiado, si la rubia es la rubia y se huele la encerrona puede encendérsele la mecha y hacer una burrada, mejor nos arreglamos nosotros dos, de todas formas habrá que prepararlo con cuidado, tenemos cinco días, ¿cuándo te va bien?, ¿el miércoles libras?, pues el miércoles, ¿en mi casa?, no, mejor en la tuya porque no sé si la mujer me espía aún, y no es cuestión de que nos vea juntos, ¿peligro?, venga ya, qué peligro va a haber.

Después de dejar a Pablo Ferrera con la angustia de corbata —me dijo que se sentía como si se le hubiese atravesado un polvorón en el gaznate—, llamé al inspector Álvarez a la comisaría para darle nuevas. Le conté lo de la mujer

sospechosa, lo del libro de recetas sexuales, lo del allanamiento de morada y lo de la gata, y le pedí que le pusiera un hombre a Malena, alguien discreto para no hacerla sentir incómoda, para no asustarla. Aquí no puse pegas al trabajo de la policía. Me importaba un huevo que los descubrieran. En realidad era eso lo que quería: desanimar a la asesina, si se acercaba demasiado a Malena. Álvarez me preguntó si yo quería escolta también y me hice el ofendido, cojones, inspector, cómo voy a quedar después ante mis colegas detectives, estamos locos o qué, qué va, yo me las apañó solito, ya he cambiado la cerradura —le devolví una mentira que le debía desde el asunto de Elvira Verona— y he tomado precauciones, ¿perdón?, ah, lo del anuncio aún está frío, no ha respondido nadie —le ganaba al mentiroso dos a uno—, no creo que lo haga, ni que fuera tonta, se habrá mosqueado con tanto movimiento, ¿y ahora?, yo llamaba precisamente para hablarle de eso, he estado dándole vueltas al asunto y el único arreglo que se me ocurre es vigilar las salidas, ¿eh?, no, hombre, Álvarez, no estoy otra vez con acertijos de la gran puñeta, qué poca paciencia que tiene, joder, lo que quiero decir es que la asesina, si va a ejercer este viernes, que ya debe de andar con ganas, se procurará un sitio público, no ha tenido tiempo de trabajarse a nadie desde que sabe que le seguimos la pista, y tantos sitios públicos no hay en Las Palmas, así que le propongo que nos dividamos la faena, por ejemplo, usted y sus hombres se encargan de la zona del puerto —la Plaza de la Victoria, Las Canteras, el Parque de Santa Catalina...—, ustedes saben de qué va aquello, están todo el santo día detrás de descuideros y chulos; yo, mientras, vigilo los garitos de este lado de la ciudad —San Telmo, San Bernardo, la Plaza de las Ranas— que los conozco como la palma de mi mano; y mañana o pasado, no, el miércoles no puedo, el jueves mejor, me paso por su despacho y me da hora con el artista que tengan ahí ustedes para hacer un retrato robot, yo le sirvo de chivato, que me sé de memoria las facciones de la jodida mujer, luego lo distribuye usted entre su gente y a ver si hay suerte, ¿y si no?, pues, si no, mi amigo, mucho me temo que el sábado por la mañana habrá una peste a muerto que tumbe de culo.

Al inspector le pareció buena mi oferta —tampoco es que tuviera mucho donde elegir— pues se garantizaba una semana descansada con sus superiores si jugaba sus cartas con tino: podría hablarles del plan que había ideado para trincar a la asesina en serie, alardear de idea genial, mantener ocupados a sus muchachos con reuniones y preparativos, limpiar el arma, quitarle el polvo al manual del buen policía. Si era creyente —en todos los años que lo he tratado jamás y nunca le escuché nada en contra de la religión— hasta podría rezar para que la hija de puta quedase con su próxima presa en uno de los lugares que íbamos a acordonar.

Por mi parte, iba a estar muy ocupado en los siguientes días. El martes, guiando la ligera mano de un joven dibujante, desaliñado, mustio, de ojos muy separados y sonrisa algo triste, que le cogió muy pronto la luz y el gesto maquiavélico a

Evangelina Lynne —opté por no contarle el parecido de la mujer con Kim Bassinger no fuera a ser que afectara a su objetividad o, aún peor, a su entendimiento— e hizo un retrato que parecía una fotografía, de tan depurados que eran sus trazos. Y el miércoles, como estaba previsto, ensayando con un periodista aventurero, aunque manifiestamente arrepentido de haberme hecho caso —Ferrera no paró de menearse y de repetir que aquello no había sido buena idea y que no se le había quitado la sensación del polvorón clavado en la nuez—, cada uno de los pasos que íbamos a seguir el día de la cita con la rubia.

El jueves, me tomé el día libre. Me aseguré de que Malena estaba bien. Fui, a media mañana, a llevarle unas flores y la secuestré media hora para tomarnos un café. Cuando cruzábamos la calle, le hice señas con disimulo al policía que estaba de guardia en la puerta de la Caja Postal —coche barato, cara de sueño, dos o tres envases de agua mineral vacíos sobre el asiento del copiloto, un cenicero lleno de colillas y chicle para ahuyentar el gusto apelmazado del tabaco: conocía bien esa sensación— en un ademán indiscutible, tranquilo, yo me ocupé de la dama, te la devuelvo en seguidita. Y conduje a Malena a una cantina cercana. Estaba algo agitada. Jugaba a parecer calmada, pero la traicionaban sus manos de titiritera. No paraba de moverlas, de pellizcarse los brazos, de alisarse la falda. La dejé desahogarse. Y, cuando cesó de hablar acelerada, casi violentamente —habría jurado que, más que temor, era una incontenible ira lo que sentía en aquellos instantes— de la cantidad de mandados que había hecho en la mañana, intercedí para calmarla, para hablarle de cosas que no tenían que ver con el peligro, para prometerle otro fin de semana en el sur, gastos pagos, y un viaje a Lanzarote y quince días, cuando acabara todo, en Londres, en Hyde Park, en Carnaby, en Bond Street, en el Royal Albert con un *ballet* cojonudo, en el zoo, ¿que si tiene osos panda?, pues claro, bobilina, cómo no va a tener. Malena dejó de preocuparse por su seguridad y pasó, tras un zumo de naranja que le dejó un bigotito preciosísimo de espuma, a preocuparse por la mía. Y yo seguí jugando a pacificador trolero, qué dices, mujer, la policía llevará el peso de la búsqueda, he hablado con el inspector Álvarez y me ha confesado que lo tiene todo controlado, que esa tía está en su punto, más temprano que tarde la pifiará y allí estarán ellos para caer sobre la cabrona con todo el peso de la ley, anda, tranquilízate y límpiate el reguero de naranja del labio.

La dejé en su trabajo, una hora más tarde. Ya había casi olvidado sus temores y me regaló una sonrisa de oreja a oreja y un beso que me supo a gloria, a la gloria de cuando Malena se enfadaba conmigo para hacerme las paces contra cualquier rincón de nuestro cuarto, de cuando me amaba con pasión ilimitada, de cuando era feliz besándome y queriéndome y contándome cada una de las cicatrices de mi cuerpo. El resto de ese día me lo pasé recordando sus besos. Y aproveché también para pasar revista al abuelo Colacho, que había recuperado el color y las bromas después de un

par de días con sus convecinos del *casinillo*, carajo, m'ijo, no sabes cómo andan ellos, mucho peor que yo, les conté mi aventura en el hospital y ahora soy el héroe, no hacen más que preguntarme en qué idioma habla la muerte y si había luz o no había luz al final de un jeringado pasillo que dicen que tiene que estar en algún lado de ese trance, yo les digo que la muerte es muda y que no hay pasillo ni puerta ni nada, y que demasiado canutas las pasa uno para estar buscando lucecitas, pero ellos no me creen, dicen, fíjate tú, que sólo unos pocos regresan de ese encuentro y que ellos únicamente me conocen a mí, así que no han parado de invitarme a cafés y a rones para saber más. Colacho Arteaga, pues, llevaba una semana en plan estrella y eso le había devuelto el desparpajo que siempre había tenido. Por lo pronto, había conseguido que no le volvieran los malos presagios. Me preguntó por el caso del que hablaban todos los periódicos, quería saber si habíamos hecho progreso alguno en la investigación, se encorajinó con el asunto de la gata muerta, enarcó una ceja con el atrevimiento de la Lynne persiguiendo al perseguidor, qué desahogada, qué falta de pudor, parece que jugara contigo y como, en tratándose de mujeres, eso no es nada difícil, haz el favor de andarme con cuidado, Ricardillo, sobre todo, no llegues, ¿estamos?, ni se te ocurra llegar, ya sabes que a ti las faldas no acaban de dársete bien, no sé qué tienes que siempre terminas cagándola, o te pasas o no llegas, y aquí, con una hembra que no siente respeto ni por los animales, para qué engañarte, nieto, prefiero que no llegues.

Lo que llegó fue el viernes. Y con él volvió el tiempo revuelto del norte: cielos plomizos, viento chinchoso y, a ratos, chirimirí. Mientras me afeitaba con agua caliente, ya sin dolor —no volví a necesitar, al menos por un tiempo, los emplastos de Inés para esconder chichones—, una corazonada se me desveló en el vaho del espejo. Con el reverso de la mano aclaré el cristal y allí estaba, mirándome a los ojos, retándome, advirtiéndome: «mal día, viejo amigo, para tomar decisiones». En las novelas y en el cine, todos los desastres sobrevienen en días así. Las mañanas luminosas y las tardes radiantes quedan para el amor, para los reencuentros, para la música de violines y besos. Pero, cuando algo malo se cierne sobre los protagonistas, de repente, sea invierno o verano, llega la lluvia y el frío y la noche oscura, *más oscura sin ella*, llegan los abrigos embozados, las esquinas sombrías, las navajas. En la radio, Carmen McRae comenzaba a entonar *A foggy day in London town* y entonces me acordé de la promesa que le había hecho a Malena de llevarla a tirarle trocitos de manzana verde al oso panda. Creo ahora —como diría Colacho, «a cojón visto, macho seguro»— que esa promesa me ayudó en los momentos más crudos de aquel larguísimo fin de semana. No estaba dispuesto a quebrantarla ni por Kim Bassinger ni por nada en el mundo.

Ferrera parecía nervioso de comerse las uñas. Las ocho que tenía, porque a Pablo le faltaba un dedo y parte de otro, a causa de un accidente con un serrucho. Se vistió para su cita con algo más de esmero del que acostumbraba. Debajo de la chaqueta —prohibido tener calor—, llevaba una camisa oscura. Debajo de la camisa —si sudas, te jeringas—, una camiseta sin mangas. Debajo de la camiseta —si te pica, te jodes, y no se te ocurra rascarte no vaya a ser que te desconectes—, un entramado de micrófonos de gran sensibilidad que me había agenciado unos meses atrás para emplear en otro caso y que jamás necesité. Resultó que la historia se resolvió antes de lo esperado. Sin embargo, no creí preciso que Pablo supiera que aquella iba a ser no sólo su primera vez, sino también la mía.

Qué equivocado estaba.

Cuarentay ocho horas después, desnudo, en una habitación oscura y fría, hablando de la muerte negra con la muerte rubia, me iba a acordar de esta escena. Pero, entonces, yo quería tener a Pablo lo más sereno posible, por si se torcían las cosas. Probamos tres veces, para su tranquilidad, el aparato y funcionó en las tres. Tenía un alcance de quinientos metros, así que le prohibí terminantemente que se moviera de la zona del Monopol, pueden ir a cenar a media docena de sitios sin que te me salgas de cobertura, ¿estamos?, llévala al italiano de la esquina de Plaza Cairasco, a la jamonería del bulevar, a *El cucharón*, aunque sea caro, ya le pasaremos la cuenta al alcalde, llévala al restaurante griego que han abierto detrás de la Plaza de Santa Ana

junto al vegetariano, o a una de las tascas del barrio viejo, adondequiera que no tengas que coger coche, ¿me entiendes?, búscate una excusa, dile que te mareas, dile que te encanta pasear de noche, dile que Vegueta en primavera es más romántica que Venecia en cualquier época del año, que no tienes el incordio de mojarte los zapatos a cada paso, lo que se te ocurra menos salir de este radio; cuando ya no haya más hilo para la cometa, te entrarán unas ganas enormes de mear y yo te estaré esperando en el retrete para darte instrucciones, ¿cómo?, ¿un audífono?, tú has visto mucha televisión, carajo, ¿cómo vas a ocultar un bicho de éstos en la oreja?, ¿qué le vas a decir?, ¿que eres un poco sordo o que juega esta noche la Unión Deportiva?, no jodas, Pablo, audífonos ahora, a ti no te hace falta oírme a mí, el cotilla soy yo; si me necesitas, estaré ahí en un segundo.

Le di a oler *Opium* para que se familiarizara con el perfume de la rubia, si era rubia, si era *la* rubia. Le pedí que se fijara en cualquier cosa extraña, como un gesto, un cambio de humor, la forma de colocar los platos y los cubiertos, hasta lo más estúpido podía ser esencial para reconocerla. Si algo de eso ocurría, tendría que comentarlo en voz alta para que yo supiera cómo iba la partida. Pero no era cuestión, ¿me escuchas, Pablo?, de que radies la jugada, esa tipa es muy lista y se mosquearía, tienes que proponerlo en la conversación, como quien no quiere la cosa, yo qué sé, por ejemplo, puede recordarte a alguien, a una antigua novia que también gesticulaba así o dejaba así las manos, tampoco te pases con la evocación, sólo me interesa saber qué ocurre, ¿yo?, yo estaré a la vuelta de la esquina.

El plan era sencillo. O eso pensaba yo cuando daba instrucciones a Ferrera. Se trataba de que la mujer dejara ver sus cartas antes de la medianoche, como en el cuento, y seguir, luego, la huella de su zapatito de cristal hasta donde nos llevara. Si la chica era Evangelina Lynne, o como coño se llamara, removería cielo y tierra para que la llevara al piso de él. Allí ya teníamos el escenario preparado: algunos micros repartidos por la casa, una pistola en un sitio estratégico por si las moscas, un duplicado de la llave en la maceta del pasillo por si yo necesitaba entrar en el último momento; incluso colocamos en el dormitorio una cuerda aparente para que ella jugara a atarlo a él y que se rompía con un movimiento seco que le enseñé a mi amigo. Lo único que yo no podía controlar —ahí sí que estaría solo ante el peligro— era la bebida. Le advertí de los riesgos de beber de una copa que estuviera demasiado cerca de la mujer, ya en los otros crímenes había echado un barbitúrico con codeína para atontar a sus víctimas. Repasamos el programa varias veces para no dejar nada al azar. Y hasta que no lo vi convencido no lo dejamos.

Eran las nueve y veinte cuando Pablo Ferrera se sentó en la terraza de la cervecería irlandesa. El que llega primero logra cierta ventaja: ve llegar a los otros. Eso importa, sobre todo si hay que actuar rápido. Pidió una caña y no perdió comba de quién entraba y salía del bar. Se le notaba incómodo. No dejaba de mover las

manos. De menear el cuello con un tic neurótico. De tamborilear con los dedos en la mesa. Pidió una cerveza negra y espumosa, que le trajo una camarera joven con desgana de vieja. Pidió después unos frutos secos. A la muchacha no le hizo gracia que le pidiera las cosas con cuentagotas. Se notó por la forma de arrojar el platillo de los manises, se le desparramaron unos cuantos por la mesa. Ferrera le hizo un comentario irónico que la chica, a juzgar por su gesto, no alcanzó a entender. A las nueve y media, puntual como la muerte, llegó la mujer. Llevaba un vestido corto, beige y sin mangas, con un bolso ancho a juego y un chal turquesa alrededor de los hombros. Cojeaba imperceptiblemente, tan poco que ni siquiera Pablo se dio cuenta. Parecía más baja que la de la biblioteca —llevaba zapatos planos—, más sencilla, más ingenua. La otra hubiera llamado más la atención al aparecer en escena. Hubiera despertado el interés de media cervecería. Hubiera hecho correr los comentarios en voz baja. Hubiera encendido las miradas. Ésta, no obstante, pasó entre las mesas sin pena ni gloria. Era una mujer hermosa, pero nada despampanante, nada escandalosa. Llegó a hacerme dudar de mi primera impresión. No parecía, así vestida, capaz de nada malo. Sin embargo, no cabía duda de que era la misma mujer que había conquistado al bibliotecario: Evangelina Lynne. Venus devastadora.

Se presentó discretamente. Nada de besos en la primera cita. Extendió su mano derecha para recibir el saludo de Pablo Ferrera, encantada, soy Eva, la que respondió a tu anuncio, ¿permities que me sienta? Vengo caminando desde casa del carajo. A Pablo la franqueza lo desconcertó. Esperaba más raza, más empuje en la chica. Al fin y al cabo se suponía que intentaría matarlo, yo soy Marcos, es un placer conocerte, ¿te apetece una cerveza? Y ella, sí, gracias, una *Tropical*. Eva se sentó. Cruzó las piernas debajo de la mesa. Dejó su bolso en una silla desocupada. Se cerró el chal sobre su pecho. Tomó un maní y le aplastó la cáscara, con el pulgar y el índice, para sacar los frutos. Empezó a contar la historia que uno espera oír en esos casos, estoy algo azorada, no suelo responder a anuncios, de veras, es la primera vez, bueno, lo cierto es que es la segunda, pero la otra no cuenta porque lo había puesto un pibe de diecinueve añitos haciéndome creer que tenía treinta, cuando lo vi me sentí una asaltacunas, te lo juro, menuda vergüenza pasé, me prometí no volver a hacerlo, pero tu llamada me llamó la atención, parecía la de un buen tipo, la de un hombre maduro que no pierde el tiempo, la de un solitario al que le disgusta alternar de noche y cogerse una cogorza para agarrar el valor que necesita para acercarse a una mujer y decirle lo bonita que le parece a la luz de la luna.

Continuaron hablando alrededor de una hora. Pablo le contó que trabajaba de fotógrafo para la Agencia Efe. Ella dijo ser profesora de *ballet*. Él le habló de su trabajo tranquilo y algo aburrido, esperar teletipos, ver los telediarios, leer toda la prensa, ahí fue donde se le ocurrió la idea del anuncio. Eva adoraba —así lo expresó— su profesión, había nacido para bailar, lo vivía intensamente, le nacía el baile

desde la punta de sus pies, que a veces creía que le iba a romper las sandalias, y se desparramaba luego, como un corrientazo, como un vértigo loco por el resto del cuerpo. Y el cuerpo de la chica —eso era lo único cierto en aquel desvarío de amor y muerte— parecía ir a un ritmo distinto al de su rostro. Era una flamenca invitación a la sensualidad, a ese juego extraño y arriesgado al que, en ocasiones, juegan algunas mujeres, al tira y afloja sutil de un movimiento que te llama y una mirada fría y azul que te rechaza, de un gesto que te convoca y una caída de ojos que te desprecia, todo junto, amazotado, igual que en una coctelera.

Desde donde yo estaba, sentado en las escalinatas de la Biblioteca Universitaria fingiendo leer un periódico, podía ver a la pareja con cierta impunidad. Le había prohibido terminantemente a Pablo que me buscara con los ojos, y él —se notaba— estaba haciendo un esfuerzo magnífico por no apartar su vista de la rubia. Ferrera se portó, mantuvo el tipo como un hombre. Sólo una vez pareció agarrotarse. Fue cuando ella le preguntó por el plan de vuelo, ¿el plan de vuelo?, y Eva, buena amazona, agarró las riendas con nervio, Jesús, hombre, pareces tonto, el plan de vuelo, claro, ¿adónde me vas a llevar a cenar?, ¿y a la penúltima copa?, eso es el plan de vuelo, hasta ahí hay que trazar un programa, el resto lo dejaremos al destino. Él tomó un trago, más para ganar ese segundo de tiempo que se necesita para una respuesta decorosa que por auténtica sed, dejó el vaso sobre la mesa y le sonrió, ¿qué te apetece comer? Ella le devolvió la carantoña, me da lo mismo, soy muy buena de boca, no le hago ascos a nada, tuve una infancia bonita, pero sin lujos, en la mesa siempre hubo un plato lleno, pero plato único, al que no le gustaba se iba a quejar a la marea. A Pablo se le arrugó la mirada, en un gesto mitad admiración mitad duda —«si ésta es la asesina que buscan, yo soy Napoleón»—, ¿qué te parece el vegetariano que está detrás de la catedral? Eva alabó su gusto, me encanta la comida vegetariana.

Y al otro lado de la catedral fuimos los tres. Ellos a tomar un solomillo de soja y un zumo de zanahoria, y yo a un restaurante griego que estaba enfrente a ventilarme una nefasta ensalada de tomate y perejil —el rastro verde que me dejó entre los dientes se convertiría al poco rato en un quebradero de cabeza— y una musaka. A su camarero no le vi la cara, el mío puso cara de pasmo cuando rechacé un vino excelente de la tierra que me ofrecía y le pedí sólo agua natural. Ellos hablaron, animadamente, largo rato de sus años de instituto y sus primeros escarceos en asuntos de amor. Yo casi memorizo el periódico y, cuando me aburrí de él, empecé con el menú del restaurante. Apenas llevaba medio año abierto. Se llamaba *El Egeo* y, siendo un lugar muy pequeño, no daba sensación de sofoco. El dueño, Zisis, un hombre bajito y movedizo que llevaba el negocio con su mujer y un hijo adolescente, había dispuesto el local de un modo inteligente: unas pocas mesas y muchos espejos. La comida era casera y poco variada, pero estaba claro que los ingredientes eran

frescos y de gran calidad. Además estaba siempre limpio, algo que se agradece tantísimo en restaurantes de comida exótica. Me entretuve en comparar los títulos del menú en los distintos idiomas. En sus cuatro hojas, estaban descritos los platos en español, en inglés, en alemán y, por supuesto, en griego. Siempre me había llamado la atención su alfabeto. Cuando era estudiante, me encantaba jugar a descifrar textos, a contrastar sus grafías con las nuestras. Así que, mientras escuchaba trivialidades entre Pablo y Evangelina, me dediqué a interpretar el catálogo del mesón. En la primera página de la relación de platos había un mapa de Grecia. Una lupa pintada agrandaba la isla de la que era oriundo el dueño. Me recordó a los cuentos de Astérix y Obélix. Allí aparecía en letras originales, mayúsculas y oscuras el lugar de nacimiento de Zisis, ΣΑΜΟΣ, Samos, una hermosa isla del Egeo, cuna de la diosa Hera.

Cuando me trajeron la ensalada, aparté la carta de los platos, que acabó en una esquina de la mesa junto a la aceitera y la botella de agua medio llena. Se me quedó colgada la imagen del mapa de la isla vuelto del revés, pero no le di mayor importancia, porque hube de volver a poner todos mis sentidos en la conversación que andaba espiando. Mis sentidos, sin embargo, no debían de estar muy afinados esa noche porque, si no, no se explica lo que ocurrió después. En primer lugar, pesando cada una de las palabras del periodista y la bailarina para no perder detalle, descuidé otros sonidos que tuvieron que hacerme sospechar.

Por ejemplo un objeto, posiblemente la cartera de la chica, que se cae de la mesa; y, un segundo después, un arrastre de silla, la de Pablo, cuando se agacha a recoger el bolso; y, entonces, un brindis por una velada maravillosa que propone, claro está, ella. Resulta manifiesto que la mantis religiosa había iniciado su ritual de apareamiento —ya no me cabe duda, ahora, de que vertió algún hipnótico en la copa de Ferrera—, pero yo estaba demasiado preocupado por algo de aquel mapa en el menú, algo que me rondaba por la cabeza, algo que no acababa de fijar en la mente, como esa impresión extraña de haber vivido antes un acontecimiento que está ocurriendo en estos instantes. Por si fuera poco, después de que el camarero se hubo llevado la ensalada, mi lengua experimentó la irritante sensación de descubrir restos de perejil entre mis dientes, algo que acabó de descentrarme.

Fue en los lavabos del restaurante griego cuando se hizo la luz. Pero, para mi desgracia, resultó ser ya tarde. Primero se me reveló el enigma de la letra griega y, luego, surgió el caos. Cuando tomé la toalla para secarme las manos, el paño llevaba bordada en azul marino la inicial del local, pero en su versión griega. No era una «S», sino una «Σ», una sigma o, lo que es lo mismo, una «eme» de pie, muy parecida a nuestra «E» mayúscula. Estuve equivocado desde el principio. Me empeñé en escarbar en una tierra equivocada. Buscaba a una asesina cuyo nombre empezara por «eme» cuando, en realidad, siempre había sido una «E». La «Σ» de Eva. Fue tal la alteración que me produjo el descubrimiento que no caí, hasta unos instantes después,

en el escándalo que se estaba produciendo al otro lado del micrófono. Se oían varias voces, algunas muy alteradas, pero no distinguí la de Pablo. Alguien pedía ayuda para un cliente que se había mareado. La voz de Eva explicaba, con calma suficiente, que no hacía falta, que en cuanto le diera el aire, se le pasaría el mareo. Otra voz femenina, más acelerada, se presentó como enfermera. De nuevo, Eva replicó que no se molestasen, que a *su marido* ya le había ocurrido otras veces y que no era nada serio. Para cuando los otros quisieron contestarle, la mujer ya había pagado la cena y llegado a la calle antes de que nadie —y menos que nadie, yo— hubiese reaccionado.

Salí del retrete aun sin haberme secado del todo, dejé treinta euros sobre mi mesa y, sin esperar el cambio, le agradecí a Zisis su amable trato y su excelente comida. Alcancé el callejón justo para observar, con toda la impotencia del mundo instalada en el ánimo, cómo la mujer doblaba la esquina de la calle Mendizábal sosteniendo a un Ferrera aturdido con su brazo derecho. Corrí tras ellos rogando que Pablo estuviese lo suficientemente quebrantado para retrasar el paso de la mujer. Pero, cuando llegué a Mendizábal, no había rastro de ellos. Parecía que se los hubiese tragado el asfalto. Recorrí la calle de arriba abajo una y otra vez, sin recompensa alguna. Entré en bares, en tascas, pregunté a un limpiacoches renegrido de grasa, a una pandilla de muchachos que bebían a morro de una botella mancomunada. Nadie supo darme señales de la pareja. Era imposible que hubieran tenido tiempo de tomar un taxi. Imposible que la mujer tuviera un coche preparado, a fin de cuentas fue Pablo quien sugirió el vegetariano. Imposible que alguien la estuviera esperando, la mujer trabajaba sola. La única explicación plausible era que se hubieran metido en un zaguán. Revisé los portales. Me pegué a los cristales por si veía alguna luz. Interrogué a una mujer que fumaba un cigarrillo en una ventana sobre si había visto a una mujer y a un hombre. Ella, tapándose para que no se le vieran las enaguas, gritó algo como a quién coño le importa con el ruido que hay aquí todos los putos fines de semana. Parecía cabreada de verdad.

Por fin, una voz llegó en mi auxilio. No era muy lúcida pero me servía. Un tipo entrado en carnes y en alcohol —barriga cervecera, voz aguardentosa, mirada turbia, aliento a cebolla, pelos apelmazados contra el cráneo, borrones ambarinos de sudor en las axilas— me contó que había visto a una pareja extraña cruzar la calle y entrar en un pasadizo que daba a unas casas medio en ruinas que el Ayuntamiento nunca acababa de demoler. Llegué allí sofocado de correr. Me detuve a recuperar el aliento y, de paso, a reconocer bien el terreno. Era una construcción antigua abandonada, de dos pisos, con un pequeño jardín descuidado al que se accedía mediante una verja herrumbrosa y sacada de quicio. Estaba empenada. Bastó un leve empujón para que cediera. Un caminito, *que el tiempo ha borrado*, de losas cascadas, barro y arenisca llegaba hasta la casa. La mayoría de los cristales de la puerta estaban rotos. Olía a madera podrida y a orines rancios. El jardín se había convertido, con los años, en

letrina particular de los clientes de los bares cercanos. Hube de esperar unos segundos para acostumar los ojos a la oscuridad. Luego, con mucho cuidado y aguzando el oído, entré en la casa. Me recibió un crujido de tarugos y tablones cruzados. No obstante, estaba más preocupado por oír que por que me oyeran a mí.

Saqué un mechero del bolsillo y lo encendí. Me encontré con cuatro cuartos y una escalera al fondo de un pequeño rellano. Pisé en las zonas menos castigadas por la carcoma y eché un vistazo a los cuartos. No había un alma. En uno de ellos hallé una hilera de cartones extendidos sobre el suelo y varias mantas viejas y periódicos. Los mendigos se habían hecho los amos de la posada aquella y debían de andar, a esas horas, de faena por la calle Mayor. Proseguí hasta la escalera. Los desconchados del techo dejaban entrar, a cada poco, los rayos de luz de una luna furiosa. Afuera retumbó la pita de un coche y un griterío ruidoso. Insultos. Carreras. Portazos. Otro bocinazo. Una discusión que amenazaba con volverse pelea abierta. Aproveché el escándalo para subir los primeros peldaños. De pronto, el silencio de arriba se quebró con un choque, un cuerpo que caía y, finalmente, alguien que corría hacia la parte trasera del caserón. A mitad de la escalinata, un rumor apagado se vino a entremezclar con el ruido de afuera. Era una respiración agitada, ronca, alguien que se añurgaba. Un golpe ahogado de tos. La segunda planta tenía idéntica distribución que la de abajo: un pequeño descansillo y las puertas de cuatro habitaciones. Seguí el eco de la respiración. Me llevó al último cuarto de la izquierda. Cuando llegué pude ver una silueta tendida en el suelo, agitándose, y otro cuerpo agachado sobre aquélla.

No quise esperar a enfocar bien la escena y, con la visión nebulosa aún, me lancé a aquella silueta. La agarré por el cuello. La tumbé. Rodamos los dos por el suelo. Sentí un codo horadándome las costillas. Me la saqué de encima con una trompada. La otra se defendió a manotazos torpes, como su instinto le dio a entender. Repetía sin cesar, con una voz lastimera que daba más pena que miedo, yo no fui, se lo juro, yo no fui. Un olor nauseabundo, más que unas palabras que ni siquiera entendía, fue lo que me hizo parar. Y entonces comprendí. No era ella, era él: un vagabundo desharrapado y cochambroso, un pobre diablo más asustado —si, para entonces, ello era posible— que yo. Le pregunté, simulando una firmeza de la que carecía, qué demonios hace usted aquí, hombre de Dios. Y él, más calmado, me respondió yo duermo aquí, en el piso de abajo, con unos colegas, me despertó el crujido de la madera y subí a ver qué pasaba, entonces alguien me empujó y salió corriendo por la galería hacia el patio de atrás, luego me encontré con ese tipo medio muerto, tenía un pañuelo alrededor del cuello, estaba intentando quitárselo cuando usted me atacó.

De día, el caserón no parecía tan misterioso. El techo y los ventanales dejaban entrar la luz por todas partes. Hasta el pestilente olor a descomposición parecía haberse evaporado con el aire de la mañana. Me encontraba agachado delante de una abertura en la pared, comprobando por dónde había saltado Eva, calculando la altura del salto, explorando las huellas de sus sandalias, cuando llegó el inspector Álvarez. Traía el rostro serio, apretaba los dientes, contaba hasta diez antes de decirme una barbaridad que, a qué negarlo, me merecía con creces. Sacó una píldora de su bolsillo y se la echó a la boca, ¿te das cuenta de lo que has hecho, Ricardo?, si el periodista llega a morir, hubiera tenido que detenerte por negligencia y homicidio involuntario, no me hubiera hecho falta mucha labia para convencer a un juez de que te retirara la licencia y te enviara unos cuantos años al Salto del Negro, ¿en qué estabas pensando?

Me levanté con cierta dificultad —aún me dolían las costillas de la pelea con el menesteroso—, me enfrenté a sus ojos, duros como piedras negras, y probé una disculpa, lo siento, inspector, creo que la he jeringado; la teníamos, pero es más lista de lo que pensaba, y más rápida, incluso coja; necesitaba atraparla con las manos en la masa, no quería que por cualquier majadería legal se nos escapara viva, por eso pensé en tenderle la trampa, la podía haber capturado en el restaurante pero no teníamos nada contra ella, ¿de qué íbamos a acusarla?, ¿de robar un libro de la biblioteca?, la única forma era que lo intentara con Ferrera y...

—¿Que lo intentara? Será que lo consiguiera, porque intentarlo, vaya si lo intentó.

—De acuerdo. Pero Pablo sólo tiene un morado en el cuello y un buen susto.

—No será gracias a ti, coño. Siempre con tu manía de trabajar solo. Nos mandaste a la otra punta de la ciudad para ganarte otra medalla. A ver, ¿cuándo tenías pensado avisarnos a nosotros?

—Estaba calculado.

—Calculado y un huevo, Ricardo. Al carajo. Al carajo tú y la tipa ésa. Has jugado con fuego y te ha faltado un pelo para arder a lo bonzo. Y nos has hecho perder, además del tiempo de la policía y el dinero de los contribuyentes, una oportunidad de oro para cogerla. Encima, para remate de la puñeta, la víctima es periodista, no quieras saber la de lindezas que nos soltarán mañana los periódicos.

—Los periódicos sacarán una nota de prensa en la que se dirá que la policía estaba al tanto de todo, que yo llegué primero a la casa abandonada, pero ustedes aparecieron a los cinco minutos, que nos habíamos repartido el trabajo y fue una cuestión de suerte que la mujer actuara en la zona que me tocaba vigilar a mí. Pablo confirmará la noticia, déjelo de mi cuenta.

—¿De tu cuenta?, ¿como lo de anoche?

—Lo de anoche fue una pifia. Pero fue una pifia mía. Si hubiera sido usted (ésa

será mi declaración) ya la habríamos cogido. No obstante, ahora sí que tiene un motivo para detenerla: intento de asesinato.

—Y ¿quién declarará eso?

—También yo. Y un vagabundo que anda por los alrededores. Y media docena de testigos más que cenaron anoche en el vegetariano, incluida una enfermera que vio cómo Eva *comoseapellide* sacó a Pablo de allí con evidentes síntomas de envenamiento. También atestiguará que la mujer mintió, que dijo que Pablo era su marido, y quien miente una vez miente mil. Con las huellas que hallaron sus hombres en el pañuelo, con los resultados de los análisis que le han hecho a Ferrera que, me juego lo que quiera, coincidirán en el grado de codeína con los de los tres cadáveres, tiene usted a su homicida, el *modus operandi* y las pruebas que necesita. Sólo nos falta el móvil.

—El móvil y la asesina.

En eso no le faltaba razón a Álvarez. Las huellas del pañuelo serían contrastadas con las de los archivos de la policía. Pero unas huellas sueltas no nos llevan a ninguna parte: si uno no está fichado, es como no tener nada. Y Eva no tenía antecedentes. Era su primer delito. No estaba mal para ser primeriza, tres de una tacada, casi cuatro si no llega a ser por el mendigo. Estábamos casi como al principio. Como medida de cautela, se mandó distribuir por la ciudad el retrato robot que teníamos de la mujer. Con algo de suerte y la colaboración ciudadana, la atraparían en un par de días. Sin embargo, a mí me preocupaba que la rubia peligrosa volviera a actuar antes de que la delatara alguien. Me preocupaba y me hacía sentir terriblemente culpable. Álvarez me confirmó que uno de sus muchachos seguía escoltando a Malena. La llamé para asegurarme de que se encontraba bien. Y me fui a la oficina a bucear, de nuevo, en el ordenador. Quería revisar otra vez los casos mal resueltos.

No podía contar con la ayuda del inspector. Me hubiera mandado a la mierda antes de formularle la pregunta. Así que me esperaba una larga, agotadora y solitaria sesión de prensa digital. Me calenté un culito de café que quedaba en el termo y me senté delante de la pantalla. Pinché el archivo que me había enviado Álvarez, en el que venía una nómina de nombres y casos y pistas *que van a dar a la mar que es el morir*. Anoté en una libreta cuantas fechas pudiera aprovechar. Luego, entré en la página de uno de los periódicos locales y fui cotejando las noticias. Esta vez no presupuse nada. Cualquier información podría resultar vital. Una por una, comprobé las reseñas de sucesos. Fui descartando casos resueltos, casos evidentes, casos que no tenían relación alguna con el nuestro. Pero sólo después de haberlos leído todos de cabo a rabo.

Los números 3, 7 y 8 trataban de ancianas, dos de ellas violentadas por sus propios hijos. A la tercera la habían dejado morir de hambre atada a la cama. La descubrieron quince días después de muerta. Los culpables cumplían condena en

prisión. Asimismo, los tres últimos sumarios de la lista tenían que ver con adolescentes menores de edad. También allí estaban implicados familiares: un padre, un padrastro, un tío. Todos condenados de igual forma. Uno de aquellos nombres me sonó. Comprobé mis registros. No me costó mucho dar con él. Se trataba de un tipo que había estado violando a la hija de su novia desde que la chiquilla tenía once años hasta que se atrevió a denunciarlo cuando contaba quince. Cuatro años de infierno y de silencio. Al final, lo sentenciaron a doce años de prisión mayor. Pero apenas pudo disfrutar de dos meses. A los cincuenta días, apareció ahorcado en su celda. Había una nota escrita de puño y letra en la que pedía disculpas por todas las atrocidades cometidas en su vida. Nadie cayó en la cuenta de que el hombre era analfabeto. A nadie le importó. Gracias a Dios no es lo mismo ley que justicia. E, incluso, entre individuos fuera de la ley, existe algo parecido a la justicia. Resulta bastante primitivo e inextricable, pero hay un código de honor entre malhechores por el cual alguien que asesina a su mujer y a su mejor amigo, después de haberlos trincado en la cama juntos, se convierte en un héroe, en el hombre del año, mientras que alguien que viola a una niña de once años es escoria, mierda pura, y merece colgar al final de una soga.

Volví a mi escritorio a seguir indagando. Había media docena de casos de abusos sexuales en pueblos pequeños, donde al parecer se estilaba también la endogamia. En uno de ellos estaban mezclados hasta tres miembros de una misma familia. Por supuesto, las víctimas tenían siempre el mismo perfil: casi niñas, calladas, temerosas. Y un final parejo: todas acababan en mujeres amargadas, alguna de las cuales repetía —permitían que sus maridos cometieran idénticos abusos— experiencia. El café hizo un amago de agriarseme en el estómago. En qué mundo vivíamos. Recordé la conversación mantenida con mi abuelo en la que saqué a colación el tema de la muerte para verlo cabreado. Recordé lo que Colacho me había dicho sobre lo de vivir demasiado. ¿Demasiado para qué? ¿Para ver el horrendo espectáculo en que, a veces, se convierte la vida?

Regresé a los tres incidentes que más me habían llamado la atención la vez anterior: el de la mujer violada por una pandilla de imberbes y abandonada en un descampado de Jinámar; el de la muchacha de buena familia cuyo padre quiso echar tierra encima del asunto para evitar, de una manera obscena, no la vergüenza de su hija sino la suya propia; y el número 5, el de mi amiga Elvira Verona. El primero de ellos se había resuelto en los tribunales: once meses después de la violación, el periódico hablaba del juicio a los cuatro chiquillos, *supuestos* agresores. Se habló mucho en su día de ese proceso porque entre el momento del delito y el de la causa, dos de los chicos habían alcanzado la mayoría de edad, y aquello se convirtió en un punto de controversia entre el fiscal y el abogado de la defensa a cuenta de los años que se podían pedir y el lugar donde había de cumplirse la pena. En cualquier caso, aquel incidente nada tenía en común con el que a mí me traía por la calle de la

amargura.

A pesar de que, como he dicho, el padre de la segunda víctima removió cielo y tierra para que no se publicara ni una línea acerca del atropello del que fue objeto su hija —sobre todo porque hubiera tenido que explicar a qué jugaba la niña en un solar abandonado, a las tres de la madrugada, en el asiento trasero de una furgoneta, con un surfista—, no fue difícil averiguar de quién se trataba. Era una familia suficientemente conocida en Las Palmas como para disimularlo: el abuelo de la muchacha había sido todo un personaje durante el franquismo, siempre en lugar azocadito y cerca de donde se repartía el pastel; un tío suyo, reciclado a demócrata, fue diputado a Cortes; su padre era un afamado constructor con un patrimonio personal incalculable. No obstante, me bastaron un par de llamadas para descartar a la sospechosa. La chica —supe entonces que se llamaba Silvia— vivía en Madrid. Estaba estudiando, cuando lo de Jinámar, cuarto de Ciencias Empresariales, y sus padres decidieron que era conveniente que acabara la carrera fuera de la isla. Al parecer llevaba un año sin pisar Las Palmas.

Así fue como me encontré de nuevo con el expediente de Elvira. Todos mis caminos conducían a Verona en vez de a Roma. Allí estaba, otra vez, el episodio del garaje que tanto impresionó al inspector Álvarez. *E. V. P.*, Elvira Verona Pallarés, la mujer de un policía, anda, mi cielo, cuéntame algo que yo no sepa. Releí el reportaje, qué podía perder, con poca convicción pero línea por línea. Y en la línea catorce me encontré de narices con una carambola, con una casualidad, con una conjetura cogida por los pelos, con un *¿y-si-resulta-que...?* A Elvira la había encontrado una vecina cuando regresaba ¡de madrugada! de su clase de baile. La noticia venía acompañada de la fotografía de un aparcamiento poco iluminado. Seguramente se trataba de una imagen de archivo. No había ningún otro documento gráfico: ni de la víctima, ni del supuesto agresor, ni de la testigo principal. En los días posteriores a aquél, el periódico dedicaba renglones sueltos, sin continuidad, sobre el estado de salud de *E. V. P.*, pero ahí se acababa el carrete.

Eran las tres y media de la tarde del sábado. Yo estaba más muerto cadáver que otra cosa. Tenía sueño, hambre y me dolían los huesos del frío. Pero la duda es una mosca cojonera que no te deja ni a sol ni a sombra. Necesitaba resolver el misterio de la bailarina nocturna. ¿Se trataría de la misma que atacó a Pablo Ferrera? Y, de ser cierto, ¿su vocación criminal tendría algo que ver con la violación de Elvira? Tenía que prepararme para el último asalto. Llamé a su bufete, sólo para cerciorarme de que Elvira no trabajaba los sábados. Me topé con su buzón de voz. Así que apagué el ordenador, cerré la oficina y me fui a hacerle una visita a su casa. De camino, me paré en una pastelería a tomar un bocado. Estaban cerrando. Debí de darle lástima al encargado porque volvió sobre sus pasos para ponerme un par de canapés y una coca-cola, que me tomé de un trago como si me fuera la vida en ello. Le agradecí hasta el

empalago la gentileza. Me despedí de él con una propina que ni siquiera se molestó en coger y que se quedó flotando en un platillo, sobre el mostrador. Las calles de Las Palmas estaban casi desiertas. Apenas dos o tres coches circulaban a esa hora. Pocas tradiciones se respetan en este país como la siesta. Y los sábados adquiere tintes de dogma religioso, con más devotos que la misa de doce o el ayuno de carne o los pasos de Semana Santa.

Me salió —qué menos— una voz adormilada al otro lado del interfono. Era ella, pero con rumor de sueño, con una voz apelmazada y ronca, diga, sí, ¿quién llama? Le respondí soy Ricardo Blanco, nos conocimos el viernes pasado, ¿me recuerdas?, tomamos unas copas. Tardó en replicar, no supe si porque hacía memoria o porque la había pillado en mal momento. Me adelanté a su contestación, discúlpame, ¿estás ocupada?, es sólo un par de minutos, necesito hablar contigo. Ella recobró el aplomo, no, está bien, sube, es el último piso, a la derecha, al final del pasillo. Mientras esperaba el ascensor, medité sobre lo que iba a contarle. Elvira se merecía una explicación. Ya no tenía excusa para no exponerle la pura verdad. Podía estar implicada sin saberlo y no era justo que corriera un riesgo inútil. Sabía que la Verona se disgustaría, lo más probable era que me echara a patadas de su casa, y nadie podría reprochárselo: a fin de cuentas, yo no había parado de contarle embustes desde que la conocí.

Elvira Verona me aguardaba en la puerta de su apartamento. Llevaba prendas deportivas —un pantalón de lycra ajustado a media pierna y una sudadera de manga larga— que me recordaron a la forma de andar por casa de Malena. Debía de ser una costumbre moderna, de mujer siglo XXI o algo así. Elvira dio un paso adelante para darme un beso, ¡qué sorpresa!, no te esperaba, tienes que perdonar la facha, es que los sábados es día de hacer la compra y organizar un poco la casa. Ése fue el primer detalle desconcertante de una tarde plagada de sobresaltos. Era lo natural que no me esperase, no en vano solamente nos habíamos visto en una ocasión. Entonces a qué venía aquello. «No te esperaba» se le dice a un amigo que suele visitarte los martes y te aparece, sin avisar, otro día de la semana, no a un casi desconocido a quien ni siquiera le has dado el número de teléfono. La abogada en ningún momento mostró sorpresa por que yo conociera dónde vivía. Y eso que el viernes anterior, el del extraño encuentro en *La Ronda*, la había dejado en la esquina. Recuerdo que me dijo, con la sonrisa maliciosa que da la madrugada, no es necesario que me lleves al portal, aquí mismo me bajo, total son diez metros y tú tendrías que dar un rodeo enorme, ¿no ves que Primero de Mayo es una calle de guaguas?, venga, déjame aquí y tira para tu casa, que ya está amaneciendo.

Elvira Verona se hizo a un lado para dejarme pasar. Me señaló a la derecha, porque a la izquierda está la cocina y anda hecha una mierda, que aún no he tenido ni tiempo ni ganas de fregar los cacharros. Cerró la puerta a su espalda y me siguió

hasta un espacioso salón-terraza abierto al mediodía de par en par. Inundada de luz, la estancia tenía primeramente una mesa rectangular, con seis sillas de respaldo alto. Luego, un biombo con ilustraciones orientales no lograba esconder un enorme sillón en «ele» y una librería que se llevaba toda la pared. Completaban la decoración, antes de llegar a la terraza, media docena de plantas de interior y un espejo con marco envejecido. Había, además, dos puertas —sin contar la que habíamos atravesado—: una, de madera y cristal esmerilado, daba a un pasillo del que sólo alcancé a ver, en penumbra, una repisa sobre la que descansaban algunos objetos; otra, la única cerrada, parecía llevar a una habitación más pequeña y oscura.

La leche con el ático de la Verona, se me tuvo que notar en la cara el deslumbramiento, anda que no viven bien los abogados, m'ija, en tu salón cabe mi apartamento entero. Y ella, no quieres caldo, toma dos tazas, pues ésta es la salita de estar, el salón *de verdad* está al fondo de ese pasillo, es que son dos áticos unidos, ¿sabes?; y no tiene ningún mérito: lo heredé de mi madre. No quise resultar descarado y me guardé para mí lo meritorias que me han parecido siempre las herencias. Elvira me ofreció un café recién hecho y yo, más por ganar unos minutos que por verdaderas ganas, se lo acepté, vale, solo y sin azúcar, por favor. Y ella, de perdidos, al río, ¿quieres una copa?, ¿coñac?, ¿whisky?, ¿un orujo de hierbas?, si te gustan las mariconadas de licorcitos dulces vas a tener que ir a comprarlo al veinticuatro horas porque yo odio la fruta, no soporto ni el limón de los *gintonic*s. Y yo, gracias, lo que tú tomes estará bien. Y ella, pues orujo de hierbas, pega más con esta tarde. La abogada se perdió unos minutos en la cocina. Yo aproveché para rondar por la sala, husmear en las fotos de familia, conocer las aficiones literarias de la dueña, sorprenderme con el exquisito gusto por los grabados y las acuarelas, contemplarme de arriba abajo en el inmenso espejo. La voz de Elvira me llegó de lejos, ¿me oyes, Ricardo?, elige un disco y pon música, anda, el aparato está en el mueble rústico, detrás de la mesa de comedor. Obedecí sin rechistar. Opté por algo clásico —que pega con esta tarde y con cualquier otra tarde de la vida entera— y ligero, y puse una sinfonía de Sibelius, del que, a tenor de la cantidad y la calidad de los discos, la Verona era fiel admiradora. La oí relamerse de placer por lo bajo en la cocina, buena elección, detective, tienes buen oído.

Ésa fue la segunda sorpresa. ¿Me había llamado «detective»? ¿O había sido una jugarreta de mis maltrechos sentidos? Cuando regresó, con una bandeja grande de madera en la que ya humeaba un café aromatizado con canela y las copas estaban servidas, se lo pregunté, ¿qué me decías? Y ella, nada, que tienes buen oído, juraría que has llevado a más de una chica a un concierto de Sibelius. Y yo, a ninguna, pero pienso apuntar esa sugerencia, ¿crees que daría resultado? Elvira coqueteó con la cucharilla, tú sin azúcar, ¿verdad?, yo tomo dos, ya bastante amarga es la vida, ¿en dónde estábamos?, ah, sí, claro que daría resultado, por lo menos conmigo. Y yo,

abandonando la esperanza de que volviera a caer en la trampa de llamarme detective, seguí por ese rumbo, pues tendrás que esperar al próximo Festival de Música.

Hablamos de todo un poco, igual que la primera vez. Recordamos la noche en que nos conocimos, parece el título de un bolero, ¿verdad?, y nos reímos del infierno que estaría viviendo el pobre camarero de cuya pierna colgaba Noelia Correa la última vez que la vimos. Elvira se sirvió otro café y volvió a endulzarlo dos veces. Luego, llegó el tiempo del orujo y ella lanzó un brindis, por tu inesperada visita, que nunca las mañas pierdas, y se quedó esperando a que yo lo aceptara y que bebiera. Me demoré un segundo largo en oler el orujo, en examinar su color endrino, y ella siguió en sus trece, con la copita en la mano sin probarla. Mantuvimos el desafío otro instante, hasta que rompí el fuego —hubiera sido demasiado descarado desconfiar de su envite— y probé el licor, humm, delicioso de veras. Entonces, ella, sonriendo enigmáticamente, complaciéndose en su pequeña victoria, dio buena cuenta de su bebida, por supuesto que es buena, no iba a ofrecerte un mejunje después de haberte molestado en llegar aquí; por cierto, ¿para qué necesitabas hablar conmigo?, ¿aún no sabes cómo atrapar al estafador de la compañía de seguros?

Me disponía a contarle la verdad verdadera, yo no soy lo que parezco, esto se ha complicado, tú no lo sabes pero estás en peligro, cuando sonó el teléfono. Ella se levantó y, a pesar de que había un aparato en uno de los estantes de la librería, se disculpó y entró en la habitación pequeña para coger la llamada. Apenas dejó una rendija abierta de la puerta, lo suficiente para que su gesto no resultara descortés y lo justo para que yo no pudiera ver ni escuchar nada de lo que sucedía al otro lado. Y no pude. Ni ver. Ni escuchar. El sonido y la luz son dos materias fácilmente disfrazables y confusas: basta con un pañuelo en el auricular para apagar la voz, con un paño opaco sobre una lámpara para mitigar los reflejos. Algo distinto ocurre, sin embargo, con los olores. Se desparraman. Se desatan por toda la casa sin que puedas evitar su huida.

Presumo de tener un olfato afilado como navaja de barbero. Y mi olfato se despertó, de pronto, para reconocer un olor. Un olor penetrante, nítido, que no dejaba lugar a la duda. Del cuartito semicerrado —ni la rendija más estrecha del mundo hubiera podido refrenarlo— emanó el inconfundible aroma a madera, al perfume de *Opium* que había estado persiguiendo durante tanto tiempo. Mis nervios se tensaron al instante. A esas alturas del partido, estaba obligado a asociar *Opium* con peligro de muerte. Con la disculpa de que soy un invitado en extremo considerado, tomé la bandeja con las tazas de café y las copas vacías y la llevé a la cocina. Necesitaba pensar. Quería caminar para que me llegara la sangre al cerebro. Y quería ver algo más de aquel apartamento. No obstante, en la cocina —Elvira no había mentido: estaba patas arriba, el fregadero lleno de calderos y platos en remojo, la mesa aún con el mantel sucio y un frutero con mondas de naranja— todo parecía natural. Como no

encontré sitio para dejar la bandeja, volví al salón con ella y la puse, otra vez, en la mesilla. La Verona continuaba hablando por teléfono. Se oían murmullos seguidos de silencios y murmullos de nuevo. Entonces me acerqué a echar una ojeada a la puerta del pasillo. Buscaba el testimonio de que no me había vuelto, de repente, grillado, de que mis sospechas eran fundadas. Y, justo cuando el silencio de la abogada se hizo definitivo y colgó el teléfono, cinco objetos de cristal de Sevres, cinco figuritas delicadas sobre el aparador, cinco adornos en forma de Σ , surgieron de la penumbra.

Me bastó dar un paso a mi izquierda para encontrarme frente a una pila de libros. Tomé el primero que se me ocurrió y fingí interesarme por su contenido. Cuando Elvira regresó a la sala, me volví hacia ella, perdona mi curiosidad, pero con el tiempo he aprendido que a una persona se la conoce mejor por lo que lee que por lo que dice. Ella me miró a mí, miró el libro que tenía en mi mano, miró la bandeja que estaba en la mesilla —¿buscaba alguna falla en la posición de las tazas?— y volvió a mirarme, espero que eso no sea siempre cierto, Ricardo, porque me encanta leer la vida de los santos. Volví a colocar el ejemplar en el espacio que había dejado libre y regresé a sentarme en el palo largo de la «ele» del sofá. Ella hizo un intento de excusarse, siento haberte descuidado tanto, no pude deshacerme antes de la llamada, era mi amiga Ana, que anda con problemas, una separación atravesada y amarga, bueno, supongo que como todas, ¿verdad?, pues puedes imaginártelo, Ana no para de llamarme, cada vez que habla con su *ex* se le agrava la depresión, ¿en dónde estábamos? Y yo, por supuesto, la excusé, y la historia de su amiga Ana —no sé si falsa o cierta sólo a medias— me abrió los cielos, lo imagino, las separaciones son el pan de cada día, no tienes que contarme, pues estábamos en que tenía que decirte algo, pero la verdad es que te he mentado, Elvira: después de salir de trabajar me metí en una cafetería a comer, y odio comer solo, pero más odio pasar solo la tarde de un sábado, así que me acordé de ti (lo pasamos tan bien la otra noche) y me dije vamos a ver si Elvira Verona está en casa y me invita a un café y aquí me tienes. Ella se encogió de hombros, agarró la bandeja, que ya debía de estar mareada de tanto trajín, y se levantó, pues si vas a pasar la tarde aquí habrá que preparar más café y sacar la botella del orujo, espabila y pon otro disco.

He de reconocer que la serenidad de la abogada me desconcertó. Esperaba que desconfiara, que se mosqueara con mi atrevimiento, que buscara un pretexto para echarme de allí, que se ofendiera incluso. Sin embargo, Elvira se tomó la cosa con la mayor naturalidad del mundo. Demasiada para venir de alguien con un pasado tan tortuoso con los hombres. Salí tras ella y la encontré de espaldas, frente al fregadero, lavando una cafetera de aluminio resistente, de las antiguas. Estaba linda, a contraluz, con su malla elástica y su pelo recogido en una coleta. Me entraron ganas de besarle un hombro que se le había salido del jersey, dejando una región de piel bronceada y tersa. Me acerqué por detrás discretamente. Y al llegar a su altura, algo se

descompuso en aquella escena de comedia romántica. Otra vez el olor, maldita sea mi suerte. La Verona olía a lavanda. No había rastro en su cuello ni en su ropa de otro olor que no fuera el de la frescura del espliego, nada de madera sin tratar. Volví sobre mis pasos procurando no parecer indeciso, ocultando mi confusión, buscando en el aire alguna explicación convincente pero topé otra vez con la mesa puesta, el mantel manchado y las cáscaras de naranja. Y recordé la aversión de Elvira por la fruta: «no soporto —había dicho— ni el limón de los *gintonics*». Entonces, por supuesto, el que desconfió, el que se mosqueó, el que buscó un pretexto para salir de allí, el que se ofendió incluso fui yo. Tanto me ofendí que me dio vértigo. Pero, a pesar del vértigo, regresé a duras penas al salón-terraza. Con falta de aire, crucé la estancia. Atropelladamente, rodeé el biombo. Sin fuerzas, llegué a la puerta cerrada. Y la abrí. Me dio tiempo a reconocer su melena rubia, sus largas piernas de bailarina, sus gafas de concha negra, su rostro vivo en el que se reflejaba una sonrisa ansiosa, antes de que el techo y el suelo y las paredes todas comenzaran a dar vueltas igual que tirovivos y la escena de comedia romántica acabara en un *thriller* con fundido en negro.

Me desperté en una cama extraña, en un cuarto pequeño y oscuro, de techos altos y ventanas ciegas. Intenté incorporarme, pero mis manos y mis pies estaban atados a los travesaños del camastro con sogas de esparto. Tenía calor. Por dentro y por fuera. La boca pastosa. Amarga. Con un desabrido regusto a medicina. Levanté cuanto pude la cabeza para hacerme una idea de mi situación. Y mi situación era deplorable. Patética. Me habían desnudado por completo. Me habían tapado con una manta vieja y áspera de éstas que dan en los aviones. Ignoraba cuánto tiempo llevaría allí. Ni siquiera fui capaz de calcular el que tuve que esperar a que apareciera alguien. Pero al rato —repito: no sé cuánto— la puerta de la alcoba se abrió. Y entró Eva *comoseapellidase*, la rubia peligrosa en persona, sonriendo, esta vez sin ansia alguna. Traía un plato con un vaso de agua, una píldora ovalada, blanca y amenazadora y un par de roscones de canela. Lo de canela, claro, lo supe después de haberlos probado. Entró tarareando una canción, algo parecido a un bolero, a la que le fue añadiendo mensajes subliminales del tipo ¿cómo amanece hoooooy nuestro pacientee?, supooooongo que algoooo aturdidooooo, pero no se preocupeee porque eso es normaaal. Bailaría como los ángeles, de eso no tengo dudas, pero cantaba como el mismo diablo.

Le hizo gracia el comentario, es bueno que aún tengas ganas de bromear, detective, huevos no te faltan. Y yo, sacando fuerzas de donde no las había, no crea, tengo poco que perder, al fin y al cabo sólo pueden matarme una vez y en esta aventura ya hemos cubierto el cupo. Y ella, explotando al máximo la renta que le daba tenerme bien atado, sí, eso es bien cierto, pero no olvides que hay muchas formas de morir. Aproveché que venían las aguas mansas y estábamos de humor para alargar la conversación. Me preocupaba —le dije a la mujer— su pasado y, sobre todo, mi futuro. Quería saber cómo habían llegado a asociarse dos ejemplares tan diferentes como ella y la Verona, qué motivos tan graves las llevaron a transformarse en las desalmadas asesinas de tres pobres tipos. Y quería saber, por el mismo precio, qué demonios pensaban hacer conmigo. La mujer se sentó a mi lado. Dejó el plato en la mesilla de noche. Encendió la lámpara para darle empaque a su discurso. Alisó con su mano delgada y huesuda la sábana que cubría el colchón. Me miró. Me acarició la frente. Volvió a sonreír de un modo perverso. Levantó la manta para verme desnudo. Hizo un comentario de lo más obsceno que me niego a reproducir aquí. Con una parsimonia exasperante, como en todo lo que hacía, cogió la píldora y el vaso de agua, vamos a hacer un trato, detective, yo te cuento la historia de mi vida si tú eres bueno y te tomas la medicina, ¿te vale? Le pregunté si tenía opción y me contestó que sí, claro, cómo no, tampoco voy a pelearme con tu dentadura, pero si no te la tomas vas a pasar un frío y un hambre y una sed de puta madre porque pienso llevarme la

manta y abrir los ventanucos de par en par, y se te van a quedar los huevos como guisantes: verdes y chiquititos; además, detective, me iré y no volveré por aquí en una semana, de modo que tú decides. Decidí que la pastilla me sabría a gloria, seguro, pero dígame, al menos, qué diablos es. Eva me respondió que no me preocupara. Y yo, claro está, fue ahí que empecé a preocuparme.

Le hice creer a mi secuestradora que me la estaba tomando cuando, en realidad, la disimulé bajo la lengua hasta el momento en que pudiera escupirla. Supuse que sería un tranquilizante y opté, para no despertar al tigre, por tranquilizarme, a medida que la mujer me contaba que, bueno, la historia es bien simple, empezó como un ajuste de cuentas y se nos fue la mano, jamás pudimos imaginar que llegaríamos hasta aquí, y tampoco creímos que nadie pudiera asociarnos a las dos, eso dice mucho en tu favor, si no llegas a meter las narices, la vaina hubiera acabado ya porque el pobre diablo de la otra noche iba a ser el último, el quinto, sí hombre, no me mires así, tú sólo sabes de cuatro muertos pero te falta el primero, el principal, el mayor cabrón de todos, Juan Simón Toledo, más conocido por *el Retaco*, la gente dio por buena la versión de que había regresado a Burgos después de violar a Elvira, corrimos esa trola, pero la verdad es que a Juan Simón ya se lo habrán comido los peces del muelle; lo hicimos cojonudamente, detective, a la manera de la *cosa nostra*, de noche y sin titubeos: lo drogamos, lo metimos en el maletero de mi coche alquilado, robamos por unas horas una barca, nos alejamos cien metros mar adentro, le metimos los pies en un bidón de cemento fresco, dejamos que fraguara y lo tiramos al agua frente al farillo que hay en el muelle de Santa Catalina, *pasarán más de mil años, muchos más*, antes de que a algún barco se le joda la quilla y lo descubran o la marea arrastre lo que quede del cuerpo a la orilla; como ves, un trabajo limpio.

»¿Qué tengo que ver yo en una discusión matrimonial?, joder, detective, ¿tú también?, aquello no fue una discusión, fue una pesadilla, lo sé, lo sé porque yo lo viví en carne propia, a mí también me hizo lo mismo el hijoputa del *Retaco*, tú no podías saberlo claro, no lo conociste y tampoco me conoces a mí, me llamo Laura, Laura Antúnez y estuve casada con el famoso inspector Toledo, que en la hoguera se queme, yo fui su primera mujer o, lo que es lo mismo, su primera víctima; te aseguro, detective, que era una chiquilla normal y corriente, tenía mis ilusiones y mis sueños como cualquier chavala de mi edad, pero entonces llegó a mi vida el perro de Juan Simón y me la destrozó, la volvió del revés igual que un calcetín, me las hizo pasar putas, me engañaba con quien quería, me trataba como un trapo viejo, y después tenía el morro de pegarme si miraba a otro tío, de pegarme si otro tío me miraba, de pegarme por sí o por no; me violaba, me obligaba a hacerlo con él en todas las posiciones imaginables, ¿cómo crees que me hice bailarina?, pues de tantas posturas estrambóticas que tuve que aprender, decía que era mi obligación, que para eso era mi marido, y yo era una chiquilla, tenía diecinueve añitos cuando nos casamos, él fue mi

primera vez en un tiempo en que eso lo significaba todo, lo quería, creía en él, pensaba que, en efecto, era mi obligación, que eso era lo normal, y permití que me humillara cada vez que se calentaba, me dejó tantas llagas en el cuerpo y el alma que no te lo creerías, aún me despierto en la noche con pesadillas, apenas duermo, tengo una leve desviación en la cadera, me sangran las encías... ¿eh?, no, no solía beber, simplemente era un maldito cabrón frustrado que la pagaba conmigo, hasta que se cansó de joderme, en todos los sentidos, y me abandonó; al año me enteré de que se había liado con Elvira y pensaban casarse, así fue como la conocí, un día cogí un avión y me vine a verla, a prevenirla, a Las Palmas, entré en su despacho, le dije quién era y lo que era Juan Simón, le dije que estaría en peligro si se juntaba con él, pero ella no me creyó, pensó que me había vuelto loca, que deliraba, que me sentía dolida por el abandono y quería vengarme de él, nadie escarmienta en cabeza ajena, así que me limité a esperar a que apareciera el verdadero *Retaco* Toledo y apareció, vaya que sí, aunque antes le hizo pasar, como te dije, el mismísimo infierno.

»¿Y qué culpa tuvieron los otros?, a ese infierno me refería, al perro de Juan Simón le dio por la novedad de los anuncios guarros y se dedicó a los tríos, a las orgías, empezó nada más que por probar pero, después, se aficionó y ya no hubo Cristo que parara aquello, sólo invitaba a la fiesta a hombres, a tipejos igual de asquerosos a que se lo montaran con Elvira y con él, a veces se dedicaba solamente a mirar mientras alguno se tiraba a su mujer; a los otros, claro, les daba lo mismo, les gustaba, a lo mejor creían que ella se lo estaba pasando cojonudamente, pero ella lo hacía porque quería a Juan Simón, tanto como yo lo quise en su día, y una mujer enamorada es capaz de aguantar lo que no aguanta nadie, sí, detective, no me mires así, pensarás que la culpa es nuestra, y tal vez tengas razón, pero nadie tiene derecho a aprovecharse de la ceguera de otro, del amor de otro, eso es lo más rastrero que hay, y Juan Simón lo hizo pero con ella se pasó un huevo: se dedicó a prostituirla y Elvira tuvo que apencar con la afrenta; así se desmoronó la pobre, ahí fue cuando me llamó y me pidió auxilio, yo lo esperaba, claro, sabía que tarde o temprano vendría a mí, era cuestión de tiempo, ya te digo; pues me llamó, estaba muy alterada, lo normal, temía estar sola, así que me instalé en esta casa, que es suya, bueno, de su abuela, pero nunca viene nadie de la familia por aquí, por eso la utilizaba su marido para las orgías, por lo discreta y apartada, entonces yo me escondía en una habitación contigua y lo filmaba todo, sí, todito, ¿te extrañas?, tengo media docena de cintas de tres horas, bien escondidas, Elvira no lo sabe, por supuesto, no lo hubiera admitido, pero yo lo grabé, por si las moscas.

»¿Dónde estaba?, ah, sí, en los otros, pues eso, trazamos un plan y no paramos hasta que nos vengamos de todos y cada uno de ellos: del pobre vendedor de neveras que no había roto un plato en su vida pero al que le encantaba el sexo anal, créetelo, tan mosquita muerta que parecía; y del enfermero que estaba cabreado porque su

novia lo había botado y se dedicaba a ajustar cuentas, a escupir, a arañar, a morder de pura rabia a la pobre Elvira; y del otro cerdo, el grandullón que jugaba a baloncesto —lo siento por su mujer; no sabíamos, te lo juro, que estaba casado—, y que se reía de ella cuando le suplicaba que la dejara porque la tenía enorme y a Elvira le hacía un daño horrible, una vez se trajo a un amigote del equipo, a un negro mastodóntico, ¿cómo se llamaba?, tenía nombre de trompetista o algo así, lo recuerdo porque los hijoputas hicieron broma con el tamaño de su instrumento, ¿sabes que Elvira tuvo que ir a urgencias con la vagina hecha polvo?, ¿que se pasó quince días en cama, sangrando, con una infección del carajo?, ¿que su *comprensivo* marido la insultaba y le decía que estaba exagerando para no follar con él?, tú qué vas a saber; fíjate si fue fuerte que el negro vomitó, se acojonó de veras cuando la vio doblada por el dolor, se le amustió la sonrisa de negro, y no volvió a aparecer, él nunca lo sabrá, pero eso le salvó la vida, si llega a regresar, por Dios que estaríamos hablando de la media docena.

»¿Y qué pasó con el último?, el último era el quinto, en este cuento sí que hay quinto malo, el que siempre llevaba una máscara puesta, el periodista, ¿cómo?, claro que lo conocíamos, tenía mis dudas porque nunca le vimos la cara, pero la otra noche lo calé en seguida, por las manos, le falta un dedo y la falange de otro en la derecha, me costó encontrarlo, tuve que responder a un montón de anuncios hasta que el viernes me llegó la hora de la venganza, era un tímido, para que no lo reconocieran se ponía una careta de cuero de ésas, le iba el sado, un cafre malnacido, sí, querido, le gustaba tocar la batería en el culo de Elvira con una fusta, nazi de los cojones, y pellizcarle los pezones con trabas de tender la ropa, eso lo excitaba; a ése no me dio tiempo de vestirlo de muñeca, de ridiculizarlo, de devolverle el sufrimiento y la vergüenza que le hizo pasar a mi amiga, cuando estaba en ello se me apareció un pordiosero en la casa abandonada, menudo susto, pensé que era la policía y salí por patas, pero es igual, el quinto también está muerto y la venganza cumplida.

»¿Quién los mataba?, yo, claro, quién si no, Elvira no sería capaz, ella sólo me ha servido de escudo, de carnada; como te dije, me escondió en su casa cuando la cosa se puso chungueta, pero la idea fue toda mía, bueno, en lo de Juan Simón sí que participó de buena gana, estaba enfurecida tras la violación, ¿por qué la violó?, eso vino después de medio año de aguantar las bacanales de Juan Simón, un día ella se hartó y le dijo que lo dejaba, que iba a pedir el divorcio, que ya no lo quería; él se puso violento, le pegó hasta casi matarla, fue en el garaje de esta casona, yo estaba arriba y lo oí todo, llamé a la policía, llegaron a tiempo de evitarlo, pero reconocieron a Juan Simón y no supieron reaccionar; Elvira se recuperó, al menos en lo físico, y al principio se contentó con el divorcio, con sacárselo de su vida para siempre, pero luego, cuando vio que todo quedaba en nada y que, en vez de condenarlo, se andaban con pañitos calientes porque era policía, cuando se percató de que sus influyentes

amigos iban a dejar que se saliera con la suya, no me costó nada convencerla para cargárnoslo; el resto fue fácil, ella declaró que Juan Simón se había vuelto a su pueblo avergonzado, con una depresión, fíjate tú qué mierda de embuste, y se lo creyeron, a nadie le interesó adónde, la cuestión era que se fuera, Juan Simón era como la lepra, mejor cuanto más lejos, por eso nadie preguntó por él, una simple llamada nos hubiera desmontado el tinglado, pero Juan Simón era un tipo huraño y antipático, no tenía amigos; ya te digo, fue todo tan fácil, nos salió tan bonita la labor que le propuse a Elvira acabar lo que habíamos empezado; a ella no le gustó esa segunda parte del plan y se desmarcó, le faltó sangre, es normal, los abogados son unos cagados, así que al vendedor y al enfermero los tuve que matar sin su ayuda, sin contarle nada a ella, fue coser y cantar como quien dice, sabía de sus perversiones y les monté un reclamo en la *Línea Confidencial* que no pudieron esquivar, *sexo anal* para Mario Bermúdez y *sexo duro* para Carlos Ventura; el más complicado fue el baloncestista, claro, después de que los periódicos sacaran los dos primeros asesinatos, se mosqueó, cualquiera no, y no hubo reclamo que valiera, así que tuve que recurrir de nuevo a Elvira, le lancé un ultimátum, la amenacé con llamar a la policía, con contarles la historia de un cuerpo hundido a pocos metros de la bahía, hubiera sacado lo de las cintas grabadas pero no hizo falta, es una blanda y terminó cooperando, siguió mi plan al pie de la letra: primero, se hizo la contradanza con Lucas Travieso a la salida de un partido y dejó que la invitara a una copa, le contó lo mucho que disfrutaba con él en las orgías de su marido, lo mucho que gozaba con su descomunal miembro, y Lucas cayó en la trampa, era un fantasma y un engreído, y acabó por invitar a Elvira a su casa aprovechando la ausencia de su mujer, te repito que no sabíamos que estuviera casado; después, cuando él preparaba las copas en la cocina, Elvira me abrió la puerta, y yo entré y me escondí en el baño hasta que hiciera efecto el soporífero; finalmente, la mandé a ella a casa para que no estorbara y terminé la faena, lo limpié todo como siempre y dejé la «e» en la mesilla igual que siempre, ¿por qué?, el truco del calamar, detective, para despistar, sabía que alguien como tú, tarde o temprano, repararía en el detalle y empezaría a buscar a una Eva, a una Elena o a una Esther, ¿cómo?, sí, claro, también a una Elvira, eres listo, jodido, así le cargarían el muerto a ella, otra prueba a añadir a la de las cintas de vídeo, guárdame el secreto, eso se llama cubrirse las espaldas, ya te lo dije, detective: ella es mi escudo.

»¿Qué voy a hacer contigo?, tú que eres tan astuto, ¿no lo adivinas?, lo tuyo tiene otro morbo, seguirte, dejarte pistas, jugar contigo a policías y ladrones ha sido divertido; cuando entré en tu casa, te lo juro, me tuve que tragar las ganas de comerte a besos, de probar el sabor de tu sudor, fue muy fuerte, hacía mucho tiempo que no sentía algo así, tú has sido lo mejor de esta historia, sí, no me mires así, aunque creas lo contrario no he disfrutado nada haciendo lo que he hecho, era una simple cuestión

de derecho, ¿qué?, sí, por supuesto, yo me erigí en juez y en jurado y en verdugo, me convertí en *Adrastea*, la Venganza, con mi báculo en una mano y mi copa de licor envenenado en la otra, ningún hombre por poderoso que sea escapa a su poder, crees que estoy loca, claro, lo leo en tus ojos, te espanta lo que ves; pero tú no lo entiendes, detective, si espero a la justicia humana, apaga y vámonos, no lo entiendes, aunque de todos modos, no ando buscando tu comprensión, pero, si hubieras pasado lo que yo, lo que Elvira, lo que otras tantas mujeres como nosotras, tal vez lo entenderías, no soy una bestia sanguinaria y ciega; mira, a ti pude haberte matado al principio, varias veces te pusiste a tiro, pero *entonces* no lo merecías; te di la oportunidad de vivir, sí, así fue, te puse a prueba, incluso intenté asustarte para no tener que llegar a donde estamos ahora pero, ni siquiera después de haberme cargado a la gata de tu novia, abandonaste, y ahí sí me cabré porque al final resultó que eres como ellos, te importa un huevo lo que pueda pasarle a la mujer que te ama, todo con tal de salirte con la tuya, con tal de ganar un caso que no te incumbe, tú no le pegas a... a Malena, no, no la humillas, no te pone cachondo que otro tío se la tire, hasta puede que la quieras, pero actúas igual que los otros, te aprovechas de que ella te quiere más a ti, eres un poco cabrón tú también.

»Sí, Ricardo, un cabrón y un coñazo majadero, y tu majadería te ha traído aquí, tú solito te lo has buscado, y ahora a mí me da igual ocho que ochenta, ¿cómo dijiste antes?, sólo pueden matarme una vez, así que te contaré lo que te espera: primero quiero ver qué ocurre con el periodista, aún no ha salido nada sobre su muerte y eso me amosca, luego dejaré que pasen unos días, claro, unos días que vamos a pasar juntos los dos, alégrate, de cuándo adónde ibas a imaginar estar tan cerca de la diosa de la venganza, y esta vez no pienso sujetarme las ganas, no pongas esa cara, sé que te va a gustar; después tendré que deshacerme de ti, pero te juro que no te putearé, una noche, cuando duermas, entraré en silencio, será muy rápido, ya verás, bueno, no, no lo verás, qué tonta; ésa es la buena noticia, la mala es que tengo que enterrarte sin mucho miramiento, en una zanja que tengo preparada en el jardín de atrás, pero haremos una cosa, cuando ya esté bien lejos y segura, pongamos dentro de uno o dos años, llamaré a tu amigo Álvarez y le diré que venga a buscarte para que tengas un funeral de verdad, con un coro cantando, con velas, con tus seres queridos, tienes seres queridos, ¿verdad, detective?, y rezaré por ti desde mi casa, en Barcelona, sí, vivo en Barcelona, en una residencia preciosa, blanca, llena de rosales, lo cierto es que la echo de menos.

En ese punto decidí dormirme. No tenía ánimos para seguir escuchando más desvaríos. Además, Laura Antúnez, *Adrastea* rediviva, estaba como una chota pero no era imbécil y podría sospechar. Me abrió un ojo para comprobar si la píldora había hecho su efecto, gritó mi nombre a dos centímetros de mi oreja, me dio una bofetada. Yo simulé una leve protesta. Se notaba que, a pesar de hacer uso frecuente de

narcóticos —después me enteré de que los había robado de su residencia blanca y con rosales: una clínica de reposo privada de Barcelona—, Antúnez no debía de saber mucho de medicina. La engañé. Se mostró satisfecha de la prueba. Se levantó. Tomó el plato y el vaso. Apagó la lámpara. Y salió de la habitación.

Lo primero que hice fue escupir la píldora. Tan lejos como pude. Vino a caer cerca de la ventana. Luego pensé en todo lo que me había dicho mi secuestradora. Ahora me explicaba tantos silencios y tantos miedos: el de Elvira, el de Charlie Parker, el de Pablo Ferrera, cómo me había engañado fingiéndose nervioso cuando era un experto en líneas confidenciales, tremendo maricón. Pero maricón con suerte. Laura Antúnez creía que lo había matado. Y yo la dejé creerlo. Me interesaba ganar tiempo. Quería estar fuera de allí cuando Eva se diera cuenta de su error. Con lo mal que estaba de la cabeza, seguramente decidiría acabar el trabajo, y entonces tendría una oportunidad de cogerla. Se lo debía a muchas personas. Sobre todo a Malena. Tal vez la única cosa sensata que había dicho Laura Antúnez era que yo la había puesto en peligro por mi maldita manía de resolver enigmas, mi manía absurda de conocer la verdad. Pensé en Malena y me juré cumplir la promesa de llevarla al zoo. Pero para eso tenía que salir de allí. Y pronto. Me había comportado como un tonto y dicen que a los tontos se les aparece la Virgen.

Y la Virgen se me apareció unas horas más tarde. Elvira Verona entró, ya de noche cerrada, con un vaso de leche y más galletas de canela. Encendió la luz y dejó las cosas, igual que su amiga, en la mesilla. Igual que su amiga, me tocó la frente —debía de ser un ritual pactado entre ellas por ver si seguía vivo—. Igual que su amiga, me habló en voz baja. Pero Elvira Verona no era igual que Laura Antúnez. No tenía la insolencia, la altivez, la estremecedora decisión de la rubia peligrosa. Al contrario que su cómplice, la Verona evitó mirarme a la cara. Bajaba la vista cada vez que yo buscaba sus ojos. Se notaba turbada, incómoda, medrosa. De inmediato comprendí que era la última ocasión que iba a tener de salir airoso de aquel embrollo. Si era capaz de meter el dedo en la llaga, tal vez podría vencer la indecisión de la abogada. Imité su manera de hablar susurrando, sin alterar el tono, buscando seducirla. Le pregunté cómo has podido meterte en este asunto tan turbio, vale que te convencieran para castigar a Juan Simón, tu marido era un malnacido, conozco a más de uno que lo juraría ante un juez, pero la cosa ya se ha desmadrado bastante, ¿no crees?, han muerto otras cuatro personas, Elvira, *cuatro* —no creí conveniente todavía contarle que Pablo había sobrevivido al atentado—, sí, ya sé que eran unos capullos, unos depravados, pero si fuéramos a matar a todos los que utilizan los servicios personales de citas, no quedaría con vida nadie en Las Palmas, además, ¿dónde ponemos el freno?, empezamos eliminando a tipos que participan en una orgía y acabamos deseándoles la muerte a los que alquilan películas verdes, a los que espían a sus hermanas en la ducha por el ojo de la cerradura, a los que le compran a sus novias

picardías de colores, y no es eso, Elvira, no es eso; ¿cuánta gente inocente más tiene que morir para que te sientas mejor?, mira, lo que a ti te ha ocurrido es una desgracia, lo que has sufrido no está en los escritos, nadie lo duda, pero eso no va a repararlo Laura con su locura vengadora, sí, me lo ha contado, ¿dónde está ahora?, ah, salió a comprar el periódico, qué mujer tan informada, coño, ¿crees que se va a parar aquí?, yo no daría un duro por eso. Laura es como una alimaña, una vez que prueba la sangre ya no vuelve a la leche, fíjate lo que hizo con Bermúdez y con Ventura, ¿y se contentó?, ni hablar, tuvo que seguir con Travieso y con Ferrera, y ahora ¿qué crees que me pasará a mí?, no, no hace falta que me lo digas, ya me lo ha contado ella, si bajas al jardín verás un pedazo de tierra removida y húmeda, es mi tumba, ¿no lo sabías?, ¿tampoco ha contado contigo para esta muerte?, no, por supuesto ¿y sabes por qué?, porque...

Elvira salió de la habitación corriendo sin dejarme acabar la frase. Pensé que allí se había chafado mi oportunidad. Pero, a los pocos minutos, la sentí subir las escaleras. Entró otra vez, descolorida, entregada. Había ido a comprobar mi tesis y estaba más que claro que había hallado mi sepulcro a punto. Intenté continuar por donde lo había dejado, pero Elvira no me oía. Su mirada se perdió en alguna parte, muy lejos de aquel cuarto. Meneaba la cabeza. No quería creerse lo que estaba pasando. Iba a seguir hablándole de los malvados planes de su cómplice, pero ella me tapó la boca con su mano. No quería oírlo. Me tapó la boca con tanta fuerza que taponó con sus dedos mi nariz. Pensé que allí se acababa todo. No podía respirar y Elvira Verona ni siquiera era consciente de que me estaba asfixiando. Cabeceé con ahínco pero no podía liberarme de su mano. La última bocanada de aire se me iba y aquella mujer no reaccionaba a nada. Pero durante un segundo, para mi fortuna, su presión se relajó y pude abrir, a duras penas, la boca. La mordí. La mordí desesperadamente. Le hice daño. Ella lo sintió. Dio un grito. Me rescató del ahogo. El aire me inundó, de sopetón, los pulmones y lo respiré como si fuera el último que me tocaba. Elvira, por su parte, volvió en sí a tiempo de darse cuenta de lo que había ocurrido. Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas. Le corrieron barbilla abajo igual que un diminuto río salado. Le mojaron la blusa color perla. Intentó, sin suerte, secarse las gotas. Intentó serenarse sin lograrlo. Intentó hablar pero no emitió sonido alguno.

Aproveché la situación para volver a las andadas, escúchame, Elvira, tienes que detenerla, tienes que ayudarme a acabar con esto, antes de que esto acabe con nosotros, no creas que estás a salvo, ella también te tiene preparada una sorpresa; las cintas, busca las cintas, ha grabado en vídeo lo que Juan Simón te obligó a hacer con ellos, sí, todo, las escondió, me lo ha contado hace unas horas, las piensa utilizar para dejarte el muerto a ti, para dejarte todos los muertos, no te miento, la muy jodida ha ido dejando pistas en cada rincón, ¿no te has fijado en las figuras decorativas de tu

casa?, sí, seguro que has notado que las ha cambiado de posición, las vi en tu pasillo, forman un diseño extraño, te habrás preguntado qué es, es una «e», la inicial de Elvira, hizo lo mismo en todas las casas, en la de Carlos Verona, en la de Lucas Travieso, la muy marrullera me las dejó en mi salón, yo pensé que era una «eme», pero estaba equivocado, la policía lo sabe, es una pista que los lleva hasta ti, y ella escapará, al final se saldrá con la suya, hará una llamada para decirles a qué distancia del muelle está el cuerpo de tu marido, les mandará las cintas, les contará que fue idea tuya, ¿no te das cuenta?, carajo, Elvira, espabila, m'ija, porque te vas a hundir con ella.

La Verona iba asintiendo, reconociéndose a cada palabra mía igual que en un espejo, empezando a entender el enrevesado plan de Laura Antúnez. Pero no se decidía a actuar. Le hacía falta el empujón definitivo. Me acordé de la adoración que sentía por su padre, piensa en Cochise, le dije, aunque puedas escapar de Laura, aunque te deje tranquila después de matarme a mí, jamás y nunca podrás huir de la mirada de tu padre, a él no podrás engañarlo, ¿cuánto crees que tardará en leer la verdad en ti?, y ¿cuánto crees que tardará en morirse?, porque como que mañana saldrá el sol, Jesús Ventura se morirá de pena al segundo siguiente de saber que su hija pudo prestarse a este juego diabólico, yo no lo conozco, no he tenido esa suerte, pero conozco a su hija y ella me ha hablado de él, de su honestidad, de su hombría de bien, no lo hagas por mí, Elvira, hazlo por él, no se merece vivir esta pesadilla.

La Verona se ablandó. Cerró los ojos. Se enjugó las lágrimas. Cobró fuerzas. Y empezó a liberarme. Pero no había llegado a desatar el primer nudo cuando se le vino el cielo encima. Laura Antúnez, silenciosa como la misma muerte, entró gritando y maldiciendo. En dos zancadas, frenética, se lanzó encima de Elvira y le estampó una botella de cristal que traía envuelta en papel de estraza, en un cartucho de los que daban antes en las tiendas —debíamos de estar cerca de algún pueblillo—. La abogada se desplomó encima de mí. La sangre comenzó a brotar de su cabeza mezclándose con el vino rojo. Y los olores de la sangre y el vino estuvieron a punto de provocarme arcadas. Varios cristales del tamaño de mi puño amenazaron con rajarme el pecho.

Laura Antúnez estaba trastornada. Más que nunca. Se le había caído la máscara de chica fría y calculadora. La mujer que tenía enfrente de mí era una desconocida. Hasta las facciones de su rostro se habían desencajado. Comenzó a gritarme, estarás contento, ¿verdad?, esto no tenía que haber ocurrido así, cabrón, por tu culpa he tenido que hacerlo, yo sólo quería ayudarla, y ahora está muerta, tan muerta como tú, y como el nazi de Ferrera antes de que acabe el día, tú lo sabías, ¿verdad?, sabías que aún está vivo, lo dicen en el diario, parece que tu amigo Álvarez llegó a tiempo de salvarlo, también hablan de tu desaparición, voy a tener que ajustarte las cuentas y solucionar esta equivocación, está visto que una no puede esperar a que los demás

hagan su trabajo, tiene que hacerlo todo, me cago en tu estampa, detective, me cago en tus muertos, te acordarás de mí, voy a comerme tu corazón antes de acabar contigo, te voy a hacer más daño del que puedes soportar, incluso después de muerto la gente te verá como un ser despreciable, si te pareció cruel que vistiera a los otros de ramera, espera a ver lo que tengo para ti; ahora he de hacerle una visita al periodista, pero luego tú y yo nos veremos las caras, cabrón de mierda.

La situación se había vuelto de lo más adversa, harlemiana, que hubiera dicho Inés. Elvira estaba inconsciente. Respiraba pero lo hacía con dificultad. Estaba perdiendo sangre con demasiada rapidez. Me moví lentamente. Intenté que reaccionara, pero la abogada no respondía a mis señales. De repente, noté un agujonazo. Con el zarandeo, la arista de uno de los cristales del Rioja Bordón — tenía buen gusto la bruja de Laura Antúnez— se me había clavado en la muñeca, tan cerca de la vena que me estremeció. No obstante, vi una luz. Si lograba coger el pedazo de vidrio con la mano, tal vez podría cortar la cuerda y liberarla. Tras varios intentos dolorosísimos —a cada movimiento, el cristal se me hundía más en la carne—, conseguí sacarlo de mi antebrazo. Lo cogí con la palma de la mano. Presioné con los dedos sobre el cristal para fijarlo ahí y que no se me resbalara con mi propia sangre. Si lo perdía, allí iba a morir hasta el recepcionista. Lo afiancé. Comencé a girar la muñeca de izquierda a derecha, en un movimiento arriesgado. Era lo único bueno en mi situación: o lograba soltarme o me cortaba las venas y acababa con todo de una puñetera vez. Cualquiera de las dos cosas era más halagüeña que la-pasión-según-Laura-Antúnez que me aguardaba al regreso de la bruja rubia.

Poco a poco, noté que el dolor menguaba y cedía paso a una sensación de alivio. La soga se deshilachaba. Me bastó un golpe seco para desasirme de ella. Solté el pedazo de vidrio. Y con la mano libre rescaté el resto de mis miembros con suavidad para no hacerle daño a Elvira, que continuaba desmayada sobre mi cintura. Luego, la acomodé en la cama. Hice varias tiras con la sábana y las utilicé de vendajes para su cabeza. Me aseguré de que su respiración fuera estable y salí a escape en busca de un teléfono. En el piso de arriba de la casa no había. Pero abajo, en el recibidor, encontré uno. Me salió al otro lado la voz resacosa —llevaría al menos tres días sin pegar ojo— de Álvarez, soy yo, inspector, no me interrumpa, que no tenemos tiempo, sí, coño, estoy bien, pero escuche y calle, voy a dejar descolgado este teléfono para que localice la llamada porque no tengo ni idea de dónde estoy; mande una patrulla y una ambulancia echando leches, hay una mujer malherida que sangra mucho, no se entretenga, y corra usted a casa de Pablo Ferrera, la asesina va a por él, allí nos veremos, vamos, no hay tiempo que perder. Sólo entonces, al sentir el suelo de mármol frío en mis pies, me di cuenta de que estaba desnudo. Volví a subir la escalera. Entré en la habitación. Busqué mi ropa en los armarios, en un aparador con espejo desconchado, siete años de mala suerte, en los cajones de una alacena. Al final

la encontré doblada sobre una silla, en una esquina oscura de la alcoba. Me vestí a toda prisa dejando un reguero de sangre en la camisa blanca y en los pantalones. Con una de las tiras de la sábana me envolví la muñeca dañada. Di el último vistazo a Elvira, que seguía dormida, pero viva. No podía hacer más por ella. La tapé con la manta. Y salí a escape.

La casona de la abuela de Elvira estaba en la falda de un risco. Debían de ser las seis de la mañana. Yo creía que del lunes. Pero ya era martes. Me habían tenido adormilado a pastillas durante más de dos días. Eso explicaba que los diarios se hubieran hecho eco de mi desaparición. Lo que no aclaraba era que hubieran tardado tanto en publicar que Ferrera seguía con vida. Después supe que el bueno de Álvarez había ordenado que, por si acaso, nadie soltara prenda hasta pasar cuarentay ocho horas. Entonces, aprovecharon mi noticia para sacar la de Pablo. Eso le salvó la vida. Comenzaba a amanecer. Aún había restos de luces en las casas de los alrededores. Busqué un vehículo —un coche, una moto, una bicicleta— pero ni siquiera había un mísero tractor en el garaje. No era una finca agrícola sino un viejo chalé. Lo que sí había eran huellas de neumáticos que salían de la casa hacia un camino sin asfaltar. Lo seguí. Estaba entumecido aún, pero corrí lo más deprisa que pude. Unos trescientos metros más abajo, en la falda del risco, estaba la carretera general. Tenía que decidir qué dirección tomar. Elegí la izquierda porque, antes de llegar a la siguiente curva, había un contenedor de basura. Eso significaba que cerca de allí tenía que vivir gente. Y, en efecto, justo cuando llegué a la desviación, alguien arrancaba una furgoneta aparcada en un claro, junto a una verja. Era un hombre mayor. Llevaba un cachorro canario medio calado en la cabeza y un chaleco de estameña negro. Fumaba un resto de cigarro sin filtro que, posiblemente, habría liado él mismo. Cuando me vio cruzar la carretera hacia él, saltó con presteza de la furgoneta y agarró una estaca de madera que tenía en la parte de atrás, junto a otros utensilios de labranza. Se cuadró delante de mí dispuesto a hacerme frente, amigo, no se ensucie las manos si no quiere que me ensucie yo las mías. Me detuve en seco con los brazos abiertos, dejando claro que no llevaba nada con que *ensuciarme*. Aproveché el momento de duda del viejo para coger resuello y explicarle, no vengo buscando guerra, caballero, ya he tenido bastante, se lo juro, me han tenido todo el fin de semana secuestrado en un caserón que hay al final de esa curva, sí, ésa, la que parece abandonada, no le engaño, fíjese, aún tengo las marcas de las cadenas —le enseñé mis muñecas—, necesito ayuda, además hay una muchacha herida todavía en la casa, puede usted comprobarlo si quiere, aunque perderíamos un precioso tiempo, ya he llamado a la ambulancia y a la guardia civil —la *Benemérita* ha impuesto siempre más en los campos que la policía—, están de camino, pero me urge llegar a Las Palmas cuanto antes porque mi familia está en peligro, ¿podría llevarme?, no importa adónde vaya, me vale con que me acerque a una parada de taxis o algún sitio desde

donde coger una guagua. Debió de verme mal, debió de tenerme lástima, debió de pensar que nadie podía inventarse una trola tan necia y disparatada, porque se relajó en seguida. Apoyó el madero en el suelo y respondió con una voz ronca y socarrona, ¿a una parada de taxis?, y ¿qué taxi lo lleva a usted a algún sitio con esa facha, cristiano?, ande, déjese de zarandajas y suba a la furgona, que hay prisa. La virgen de los tontos no me había abandonado.

Don Néstor, que así se llamaba el viejo, Néstor Ruano, me contó que había sido guardián en una finca, que estaba jubilado desde hacía diez años, que ahora se dedicaba a sus plataneras, que el dueño de la finca se las había dejado en testamento, que aquello que se veía a la derecha era Almatriche, que llegaríamos a Las Palmas en quince minutos, que se conocía la carretera como la palma de su mano, que él no tenía problemas en llevarme a donde quisiera, que sus plataneras podían esperar dos horas más, que no quería explicaciones, que le bastaba con mi palabra y con la sangre de mi camisa y de mis muñecas, que a él no le gustaba hacer preguntas y que le quedaban dos afeitadas de estar sobre la tierra para pasarlas con remordimientos. No sé ni cuántas veces le di las gracias a Ruano, no sabe cómo se lo agradezco, don Néstor, no sabía a quién recurrir, temí que iba a pegarme medio día buscando ayuda, todo el mundo debe de andar preocupadísimo por mí en Las Palmas, al menos todo el mundo que a mí me incumbe, además hay un hombre, un periodista de *La Provincia*, cuya vida corre serio peligro. El viejo estaba a punto de hacer un comentario, cuando la furgoneta tuvo que hacerse a un lado en la vereda para dejar pasar a una ambulancia y a un coche de la policía que iban en dirección contraria. Don Néstor me miró y me sonrió con una franqueza y un alivio en su rostro que lo rejuvenecieron varios años, parece que van a llegar a tiempo de salvar a su amiga.

Al cuarto de hora, como había predicho Ruano, estábamos en Las Palmas. Le hice una seña para que tomara la calle donde vivía Ferrera, justo a dos pasos de mi casa. Y, entonces, no pude contenerme. Sabía que el hombre había hecho por mí más de lo que podíamos exigirle su remordimiento y yo, pero estaba preocupado por alguien, dirá que soy un ingrato, don Néstor, pero ¿podría hacerme un favor más?, será el último, se lo prometo: se trata de mi abuelo, tiene la misma edad que usted y andará comiéndose las uñas por mi culpa, acaba de salir de un arrechucho y tengo miedo a que pueda recaer, se llama Colacho Arteaga, el más hábil calafate de la isla, lo encontrará en la playa de Las Canteras, en la Puntilla, sentado delante de una vieja barca que lleva mil años reparando. Néstor Ruano volvió a sonreír, pierda cuidado, amigo, si su abuelo está donde dice, lo encontraré, hablaré con él, le diré que está usted bien, ah, y no cuente con que sea el último favor, eso nunca se sabe: siempre puede haber otro esperando a la vuelta de la esquina.

Cuando bajé de la furgoneta ya no me quedaba gratitud para nadie más. Se la había dado toda a Néstor Ruano, de quien me despedí con un apretón de manos y el

sincero deseo de volver a encontrarnos en otras circunstancias. La imagen de aquel hombre rozando apenas con un dedo el ala de su cachorro me acompañaría siempre. Pero en aquel momento tenía que regresar a la cruda realidad. Iba a entrar en el portal de Ferrera cuando un tipo de traje y corbata y un cigarrillo apagado en la boca me detuvo, disimule, Blanco, haga que busca usted algo para darme fuego, revítese los bolsillos, así, no mire ahora, el inspector lo espera en el coche azul oscuro que está en la acera de enfrente, sonríame y discúlpese por no tener un mechero a mano, eso es, ahora vaya a verlo. Acaté sin discutir la consigna del agente y volví sobre mis pasos a encontrarme con Álvarez. Me hizo un sitio en el asiento de atrás y me recibió exultante, coño, Ricardo, no sabes lo que me alegro de verte, estás hecho una mierda pero respiras, menudo susto nos habías dado, joder, ¿qué pasó? Le respondí al saludo como pude y le conté, muy por encima, mi visita a Elvira Verona y mi secuestro y la declaración de Laura Antúnez, pero no era el momento de rendir cuentas, más tarde, cuando hayamos resuelto el caso, le contaré toda la historia, ahora dígame cómo anda la cosa por aquí. El inspector me puso al día: habían llegado hacía veinte minutos y habían avisado a Ferrera, a quien no pareció extrañarle el relato que le contaron sobre una desquiciada que le tenía ganas, me dio la impresión, Ricardo, de que no se sorprendió, no sé, no fue lo que dijo, fue lo que no dijo, lo que no hizo, se comportó de un modo muy raro, como si lo esperara, de cualquier forma hemos dejado a uno de nuestros hombres en su casa, a dos más en los pasillos, otros dos en el zaguán y nosotros aquí, tremendo despliegue, ¿eh?, he dejado la comisaría en cuadro; nos hemos asegurado de que no hay más entradas al edificio, ni salida de incendios ni esas mariconadas, si la tipa aparece no se nos escapará, llevamos un buen rato esperando, pero aún no ha dado señales.

Una hora estuvimos en el coche acechando sin que Laura Antúnez apareciera. Hablamos muy poco, sólo para quejarnos del oficio de espías, de la incomodidad de los coches modernos, del calor pegajoso de principios de mayo. No dejamos, mientras conversábamos, de mirar al otro lado de la calle, buscando atentamente reconocer algún detalle: un modo de caminar, un gesto de colocarse bien las gafas, una manera de alisarse el cabello. Pero fue en vano. Laura no apareció. Lo que debió ser un alivio, se convirtió muy pronto en inquietud. Si la mujer no había ido allí, ¿dónde podía haberse metido? Porque lo que era obvio era que estaba soliviantada, alguien se encontraba en peligro y a nosotros nos iban a pillar fuera de juego.

Tuve que estar muy cansado, tuve que tener los nervios muy quebrados, los reflejos muy malos para no haberme fijado antes en el policía sentado en el asiento del conductor. Eran las diez y cuarto. Fue entonces que el hombre se volvió para decirle algo a Álvarez. Y me encontré con su rostro redondo, sus ojillos saltones y un ridículo bigotito pasado de fecha. Yo lo había visto antes en algún sitio. Sí. Era el mismo que, la semana anterior, estaba vigilando a Malena. El mismo que... Y fue

como un trallazo de luz en los ojos. Rápido y doloroso. Me vino todo junto a la mente: la espera infructuosa en el edificio de Pablo Ferrera; el guardia que debía de estar protegiendo a Malena pero que no estaba protegiendo a Malena; Laura Antúnez que me gritaba, ciega de rabia: «Te acordarás de mí, voy a comerme tu corazón antes de acabar contigo, te voy a hacer más daño del que puedes soportar». Le arrebaté el teléfono móvil al inspector, permítame, es urgente. La primera en la frente: en la Caja Postal me informaron de que Malena había llamado a primera hora de la mañana para decir que hoy no iría, que se encontraba indispuesta. La segunda en el pecho: en su casa me salió el contestador.

No quise ni pensar en dónde iba a alcanzarme la tercera. ¿Qué más había dicho la bestia de Laura? Era algo sobre mí, sobre lo que pensaría la gente. Dijo: «Incluso después de muerto... la gente te verá como un ser despreciable... espera a ver lo que tengo para ti». Estaba claro. Me lo había dicho ella misma y yo no había escuchado. Iba a utilizar a Malena para herirme, para desacreditarme. Y eso sólo podía hacerlo en mi casa, en mi cama. Salí del coche y eché a correr como alma que lleva el diablo. Me olvidé de que aún estaba débil, de que no iba preparado para enfrentarme a una asesina, de que ni siquiera llevaba las llaves de casa, de explicarle a Álvarez adónde iba. Sólo pensaba en llegar a tiempo de evitar que Malena sufriera más de lo que ya lo había hecho. Todo por mi culpa. Adrastea, la Venganza, me estaba castigando por mis pecados. Para ella yo era igual que los otros y tenía la perversa intención de escarmentarme en la inocente espalda de Malena.

Gracias a Dios, el portero de mi edificio estaba barriendo la escalera y la puerta de la entrada estaba abierta. No le di tiempo más que a saludarme, buenos días, don Ricardo, los periódicos hoy hablan de usted... Puso cara de asombro cuando le arranqué el cepillo de barrer de las manos, lo siento, Agustín, te lo devolveré en seguida. El ascensor tardaba más de la cuenta. Me desesperé. Subí por la escalera los tres pisos. Llegué sin aliento. Me dolía el pecho. Me costaba respirar. La puerta de mi apartamento estaba entornada. Abrí muy despacio, procurando no hacer ruido. El salón permanecía en penumbras, las persianas corridas. Pero no había nadie. Me acerqué lentamente a la alcoba intentando escuchar algún rumor sospechoso. Asomé la cabeza con cuidado. Desde mi posición sólo veía el ropero y una esquina de los ventanales. Decidí dar un paso para situarme al otro lado de la puerta. Y la vi. Triste Malena. Atada de pies y manos. Igual que yo en la casona de Almatriche. Desnuda también. Pero ella tenía una mordaza. Le había tapado la boca con una tira gruesa de cinta de embalar. Aquí sí había vecinos que podían oír los gritos y alarmarse. La pobre me miró con los ojos abiertos, desorbitados. Estaba aterrada, había llorado, qué menos. Meneaba la cabeza de un lado a otro. Me cercioré de que la rubia no estaba allí con ella. La habitación estaba en un silencio sólo roto por la respiración abrupta de Malena. No podía correr riesgos, pero no tuve agallas para verla tan desvalida y no

hacer nada. Quería, debía estar con ella. Volví a mirar. Dentro y fuera del cuarto por si se me escapaba algo. Me acerqué con cautela a los pies de la cama con la escoba de Agustín entre las manos, preparado para cualquier sorpresa.

Malena, de pronto, comenzó a hacer muecas frenéticas con los ojos, con la nariz. Intentaba indicarme, advertirme del peligro. Señalaba detrás de mí, pero detrás de mí solamente estaba el armario. Le pedí con un gesto que se serenara, que estuviese tranquila, que todo iba a salir bien, que había llegado la caballería para salvarla en el último momento. Pero yo tenía pinta de cualquier cosa, menos de general Custer. Noté en sus ojos —¿fueron suposiciones?— que no quedaba muy convencida de mi actuación. Las gotas de sudor me empapaban la camisa, se mezclaban con las manchas de sangre reseca. Me sequé la frente con la manga dejando en ella un trazo de humedad pegajosa. Me di la vuelta para abrir el ropero. Me detuve. El silencio era mi única baza. Si la asesina estaba dentro no podía verme. Se tendría que guiar por el oído. La puerta de la izquierda escondía una cajonera de arriba abajo. Ni un niño podría haberse escondido allí. La del centro era enteriza —allí guardaba los trajes y las chaquetas— y la de la derecha sólo tenía dos gavetas abajo, donde colocaba los pañuelos y las bufandas. Así que yo tenía que decidirme, en un segundo, por cuál abrir primero. La cosa era sencilla. Peligrosa pero sencilla: si acertaba con la puerta correcta, la sorprendería yo a ella; si fallaba, le daría toda la ventaja. Yo tenía una escoba en la manos; ella, cualquiera sabía. Fue el segundo más prolongado de mi vida. Un verdadero segundo eterno.

Me decidí por la puerta del centro, la de las chaquetas. Era más espaciosa. Cabía una persona sin mucho esfuerzo, con cierta comodidad, con espacio para maniobrar. Tomé, sin duda, la decisión más lógica. Pero no contaba con que Laura Antúnez no entendía de lógica. Actuaba por impulsos. Abrí la hoja de un golpe con la mano derecha mientras enarbolaba, con la izquierda, el cepillo de barrer de Agustín. Me recibieron mis trajes bien planchados y una gabardina oscura de botones hasta el cuello. Metí el cepillo a fondo. Pinché el vacío. Lo demás figuraba en el libreto, incluso para una reina de la improvisación como Laura: la puerta de la derecha se abrió de sopetón y una sombra en cuclillas se lanzó contra mí. Sentí un dolor lacerante en el brazo, un agujonazo que me hizo retroceder. Laura Antúnez portaba el cuchillo más afilado y largo de mi cocina, uno que usaba para trincar la carne. En la vida había visto a alguien tan trastornado. La Antúnez rozaba el delirio. En sus ojos tenía un brillo húmedo, febril. Su respiración se disparaba a cada segundo que transcurría. Meneaba el brazo del arma con furia. Lanzaba estocadas al aire y se reía. Se reía de un modo vesánico, violentísimo. Yo mantenía mi brazo bueno en alto, con la escoba agarrada con fuerza. El otro casi no lo podía mover. Entre la muñeca dañada y el cuchillazo que acababa de recibir, estaba como endormido, sin reflejos.

Allí estábamos los dos, encallados y rígidos, en poco más de seis metros

cuadrados, en el espacio libre que hay entre la cama y el armario. Fui volviéndome sin que ella lo notara hasta situarme de espaldas a la cama. Prefería estar en medio de Laura y Malena. No quería que Adrastea volviera por sus fueros y no me diera tiempo de impedir que llegara hasta mi amiga. Además, le ofrecía a Laura la puerta abierta —a enemigo que huye, puente de plata— por si quería escapar. Pero Laura rechazó mi oferta, aquí estamos, detective, tú y yo solos; te lo dije: tarde o temprano tenemos que enfrentarnos a nuestro destino y el tuyo es morir hoy delante de tu novia; sí, morir sabiendo que después a ella le espera un largo y penoso sufrimiento, sabiendo que mañana la encontrarán violada, maltratada, horriblemente mutilada en tu cama, con tu olor encima, sabiendo que todos creerán que fuiste tú, cómo pudiste hacerlo, sabiendo la deshonra que llevarán los tuyos para siempre; te lo dije: la Venganza no hace distinciones, nadie puede escapar a ella, ¿y ella soy yo?, por supuesto, ¿no lo has comprendido todavía?, la Venganza soy yo, la elegida para impartir una justicia a la que los hombres no se atreven a llegar.

Mientras aquella loca desbarraba, mientras se henchía de gusto delirando, yo buscaba la forma de acabar con la escena. No podía correr, no iba a dejarla sola con Malena ni un segundo. No podía arrojarme sobre ella, su cuchillo apuntaba hacia mí y, a su lado, mi escoba resultaba un chiste malo. Y no podía esperar mucho, con un brazo entumecido y agotado como estaba. Sólo reparé en una manera de salir de allí. Era drástica. Pero la situación lo requería. Era peligrosa. Pero yo debía de estar muerto hacía ya horas. Era una locura. Nunca mejor momento para cometer una.

Era preciso que Laura bajase el arma un instante, el que necesitaba para recorrer la distancia que nos separaba. Pensé que, si yo lo hacía primero, ella quedaría desconcertada. Entonces arrojé el cepillo de Agustín al suelo, lo siento, Laura, no pienso seguir luchando, estoy cansado de todo esto, no puedo más, no puedo. Ella dejó de sonreír. Por un momento no supo qué hacer. Se relajó. Su respiración se serenó de nuevo. Su rostro volvió a ablandarse. Casi recobró la belleza que un día tuvo. En otro lugar y en otro tiempo uno podría enamorarse de aquella mujer. Pero no en mi alcoba y ese primer martes de mayo. Por fin bajó el brazo con que portaba el cuchillo. Ésa era la señal. Aún no sé bien de dónde saqué los arrestos para hacerlo. Hay regiones de aquella aventura que hoy no recuerdo más que de pasada.

El caso es que bailé un tango con la muerte.

No puedo explicarlo de otra forma. Bailé un tango con la muerte en mi propia habitación. Corrí hacia ella. La abracé. Con mi brazo herido impedí que se moviera. Con el sano agarré el mango del cuchillo y lo estiré para alejarlo de mi pecho. Y en esa postura, las mejillas apretadas, en un paso perfecto de *Malena tiene pena de bandoneón*, me lancé con la muerte contra la ventana. Y encontré el aire fresco de la mañana. La salvación de mayo. Y tres pisos.

Me contaron varios testigos de primera mano que vinimos a enredarnos en las

ramas de un árbol. Me contaron que rebotamos contra el barandal de un balcón. Me contaron que nos esperaba abajo el capó de un coche antes de tomar tierra. Me contaron que a punto estuvimos de aplastar a un niño que dormía en su canastilla mientras la madre contemplaba bolsos en un escaparate. Me contaron que, ese mismo día, Lola estaba buscándome para despedirse, que había decidido hacer un viaje largo con su amigo Héctor, aquél con el que siempre acababa liándose, el de los dientes sensuales, el que le escribía poemas. Lola juró que ya me llamaría a su vuelta para arreglar lo de mi factura. Me contaron que, esa misma mañana, Pablo Ferrera dimitía de su puesto en el periódico y pedía un año de excedencia para poder recuperarse de una crisis nerviosa que, unos meses después, le produjo una embolia cerebral. Me contaron que, a esa misma hora, Colacho Arteaga y Néstor Ruano echaban a andar una recia amistad que les duraría seis años, hasta que a Ruano le dio por morir un jueves de agosto. Me contaron que, en ese mismo instante, Malena se bebía su pena de bandoneón y decidía, con gran dolor de su corazón, que *somos un sueño imposible que amando se muere*, y que *somos dos gotas de lluvia en una canción*, pero que lo sentía y que, a partir de allí, *nada más que eso somos, nada más*.

Y no hizo falta que me contaran lo demás: el dolor inaguantable, el suelo frío y duro, sangre por todas partes. Y a mi lado, un cuerpo inmóvil, plegado sobre sí mismo, con la empuñadura de un cuchillo sobresaliendo de su estómago. Un cuchillo de trinchar carne que trinchaba la carne, blanca y joven, de Laura Antúnez, alias Kim Bassinger, alias Evangelina Lynne, alias Adrastea.

Y los ojos abiertos, los ojos secos, los ojos sin vida de la muerte.



JOSÉ LUIS CORREA (Las Palmas, 1962). Es Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Doctor en Literatura Hispánica desde 1992, su docencia e investigación giran alrededor de la Literatura Juvenil y los talleres de creación literaria, que ha impartido en diferentes instituciones (universidades, ayuntamientos, casas de cultura, etc.). Destacan el ofrecido en la Universidad Cristóbal Colón de Veracruz (México) o en la Universidad de La Rioja (España), ambos en 2005.

En general, su existencia ha estado siempre ligada a los libros. Primero, en los años setenta, como lector apasionado de Verne, de Salgari, de Stevenson, de los Dumas. Más tarde, en los primeros ochenta, como estudiante de filología española. De 1985 a 1995, como agregado de Lengua y Literatura de instituto. Y, desde entonces, viene alternando su trabajo en la universidad con el oficio de escritor. Así pues, ha recorrido todos los pasos que tienen que ver con la literatura: la afición, la enseñanza, la investigación y la creación literaria.

Obra

Como escritor, sus comienzos están relacionados con el relato, cuentos breves que escribe para sus estudiantes de instituto. Algunos tuvieron la fortuna de cosechar diferentes premios: el Julio Cortázar (La Laguna, 1998) o el Campus (Las Palmas, 1999). Y muchos publicados recientemente por la editorial canaria Interseptem: *¿Qué quieres que te diga?* y otros cuentos y *La verdadera historia de Helena-con-hache*,

un libro de relatos y una novela corta.

A finales de los noventa, espoleado por la suerte de sus cuentos, comienza una carrera de novelista que ha sido refrendada con otras importantes distinciones. Obtiene el Premio Benito Pérez Armas (S. C. de Tenerife, 2000), el más antiguo y prestigioso de Canarias, con su obra *Me mataron tan mal*. El Premio Ciudad de Telde (2002), con *Quince días de noviembre*, inaugurando la saga del detective Ricardo Blanco, o el Premio Vargas Llosa (Murcia, 2002), con su obra *Échale un ojo a Carla*.

Es, asimismo, autor de *Muerte en abril* (2001), el segundo caso del detective Ricardo Blanco. Y de *La hija del naufrago. El último viaje del Alfonso XII* (novela histórica, 2004). José Luis Correa se ha erigido, por su prosa ágil y honda, su lenguaje directo y su visión moderna de la literatura, como una de las voces más genuinas del panorama narrativo canario de los últimos años. Sus últimas obras publicadas son *Muerte de un violinista* (2006, saga Ricardo Blanco) y *Una canción para Carla* (2008).

En 2010 publicó *Un rastro de sirena*, la cuarta entrega de la saga de Ricardo Blanco y la quinta en 2012, *Nuestra Señora de la Luna*. Entre medias (2011) vio la luz *Murmullo de hojarasca*.

En 2013 continúa la saga de Ricardo Blanco con *Blue Christmas* y, por último, Recientemente, acaba de publicar la séptima entrega del detective Blanco: *El verano que murió Chavela*.